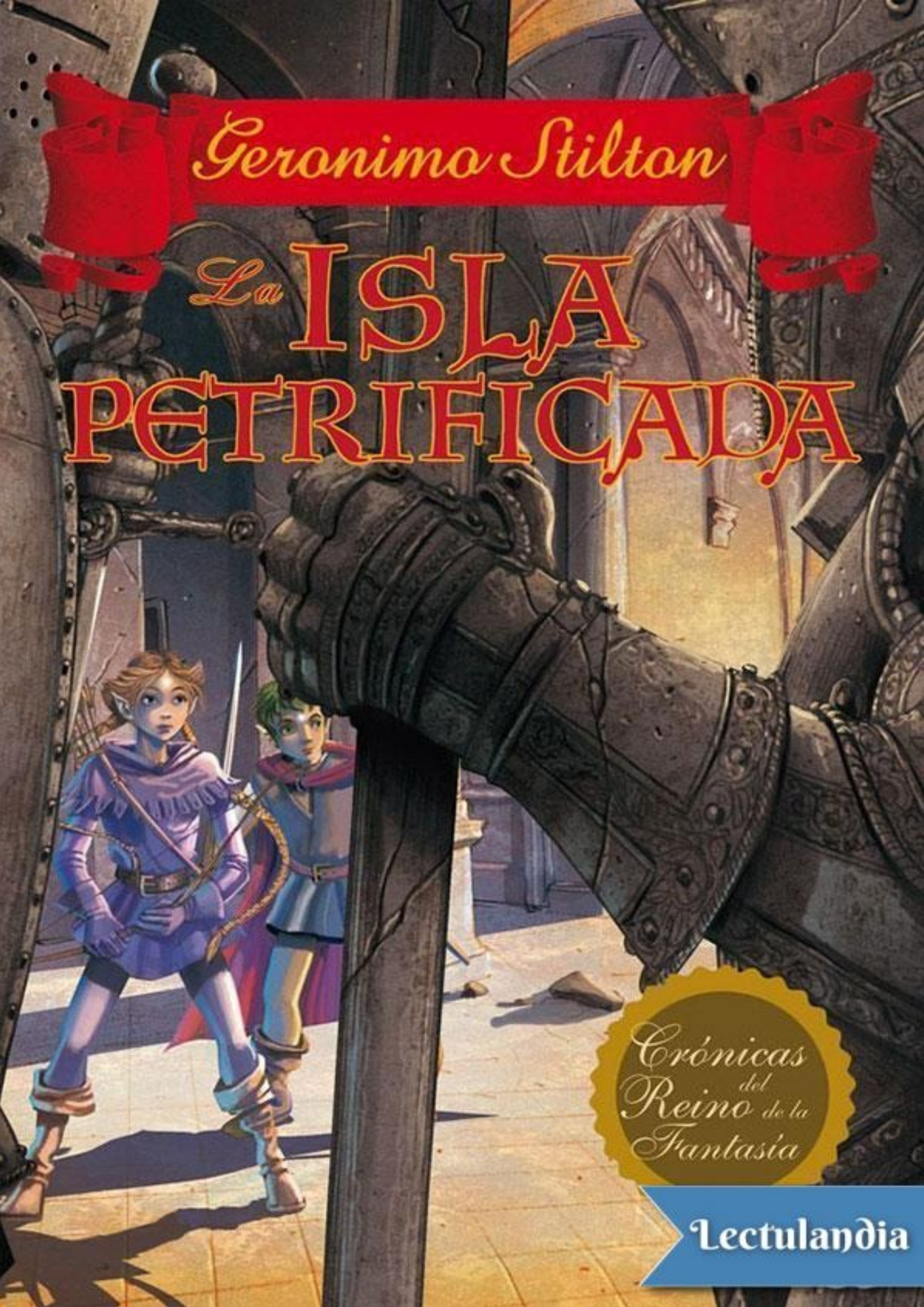




Geronima Stilton

La ISLA PETRIFICADA

*Crónicas
del
Reino de la
Fantasía*

Lectulandia

En sueños, el joven elfo Sombrío tiene una visión. Floridiana, la radiante reina de las hadas, lo reclama: para él ha llegado el momento de reanudar su viaje y liberar la isla de los Caballeros del malvado sueño embrujado que desde hace demasiado tiempo la tiene aprisionada...

Lectulandia

Geronimo Stilton

La isla petrificada

Crónicas del reino de la fantasía - 5

ePub r1.0

Titivillus 04.09.2017

Título original: *L'isola pietrificata*
Geronimo Stilton, 2010
Traducción: Miguel García
Ilustraciones libro: Danilo Barozzi
Ilustraciones historieta: Stefano Turconi
Ilustraciones Mapas: Carlotta Casalino
Diseño de cubierta: Iacopo Bruno

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PERSONAJES PRINCIPALES



SOMBRÍO

Joven y valiente elfo forestal que, a petición de Floridiana, reina de las hadas, decide luchar contra el Poder Oscuro de la Reina Negra y devolver la paz al Reino de la Fantasía.



ROBINIA

Orgullosa y testaruda elfa forestal, legítima heredera del trono del Reino de los Bosques y que, tras la liberación de su pueblo, se une a Sombrío para salvar los demás reinos perdidos.



RÉGULUS

Simpático elfo estrellado, hermano de Spica y el mejor amigo de Sombrío. Ha decidido acompañar al elfo forestal para luchar a su lado.



SPICA

Decidida elfa estrellada, hermana de Régulus, abandona a su familia para ayudar a Sombrío en su misión. Combate con un arco encantado.

MÉROPE

Aya de Régulus y Spica que cuidó de ellos cuando la madre de los chicos murió.



STELLARIUS

Poderoso mago del Reino de la Fantasía que lucha desde siempre contra el Poder Oscuro y la Reina Negra.



CORAZÓN TENAZ

Misterioso elfo al que Sombrío conoció en el Reino de los Bosques y que resulta ser uno de los antiguos caballeros de la rosa, los valerosos defensores del Reino de la Fantasía.



BRUJAXA

Es la pérfida reina de las brujas, subió al poder después de engañar y eliminar a la reina anterior. Su único deseo es derrotar a la reina de las hadas y conquistar todo el Reino de la Fantasía.



ANGUILA

Misteriosa elfa que, igual que Pavesa, creció como esclava en el castillo de la Reina Negra. Brujaxa en persona la arrojó a los Pozos de las Brujas, pero logró salvarse.



FLORIDIANA

Es la reina de las hadas. Se esfuerza en combatir el poder malvado de las brujas y mantener la paz en el Reino de la Fantasía. Gracias al anillo de luz, puede comunicarse con Sombrío y darle consejos en su misión.



MAREA

Es el hada guardiana de los Mares Orientales que da a Sombrío el reclamo de los mares, una gran caracola; al hacerla sonar, el chico podrá pedir ayuda y apoyo en su misión.



FÓSFORO

Simpático dragoncito plumado del Reino de los Bosques, compañero inseparable de Robinia.

BRECIUS

Fiero y valeroso elfo, cabecilla del ejército de los forestales.



ALDEBARAN

General de la Academia Real de los elfos estrellados. De él recibe Sombrío las órdenes dadas por el rey.



CEPHEUS

Célebre embalador de los elfos estrellados que es enviado a los reinos limítrofes para misiones diplomáticas y de paz.

ERÍDANUS

Padre de Régulus y Spica, es el astrónomo oficial de la corte del Reino de las Estrellas.



COLAMOCHA

Último ejemplar de los antiguos y nobles dragones azules, fue prisionero de fue prisionero de los orcos y por ello se volvió feroz y salvaje. Lo liberó Sombrío y pasaron a ser compañeros Inseparables.

*«Un día sucedió que de las aguas, como espuma de las olas, surgió una isla.
De ella, valor, paz y vida irradiaban como la luz del sol...
Pero desde hacía años, la isla había caído en la más negra oscuridad, solitaria e
inaccesible,
prisionera en el sueño de piedra del más poderoso y malvado sortilegio de las brujas.
Y el mar rugiente, desde sus profundos abismos, reclamaba aquella isla.
Vino luego el tiempo en que dos estrellas trataron de llevar de nuevo la luz.
Dos únicas y pequeñas estrellas,
pero capaces de incendiar de orgullo y coraje
el mar más profundo y el cielo más alto,
de oponerse a encantamientos y horribles criaturas,
para iluminar pasado y futuro
en busca de un presente más
resplandeciente...».*

*Mago Fábulus, Crónicas del Reino de la Fantasía,
introducción al Libro Quinto.*

INTRODUCCIÓN



STA es una historia de tiempos antiguos, tiempos en los que el mundo era distinto, la magia era fuerte y las hadas le hablaban aún al corazón de la gente; tiempos, en fin, en los que los mil y un territorios del Reino de la Fantasía luchaban por resurgir y brillar después de años de oscuro dominio... Justo entonces comenzó la historia de Sombrío y sus valerosos amigos.

En aquella época, las brujas habían urdido malvados planes para doblegar el mundo a su voluntad e incluso las hadas se habían visto obligadas a retroceder. Sólo el joven elfo Sombrío y sus amigos, con ayuda de Floridiana, la reina de las hadas, habían tenido el valor de intentar algo que siempre se había creído imposible: enfrentarse a las brujas y desafiar a la Reina Negra, la poderosísima Brujaxe, para liberar a los pueblos destruidos.

Pero ésta no es la historia de aquella difícil y peligrosa aventura, que ya ha sido narrada. Brujaxe fue derrotada y cayó en el olvido, las malignas tropas a sus órdenes fueron vencidas y las brujas, sus siervas, se dispersaron a los cuatro vientos mientras en el Reino de la Fantasía resurgían antiguas alianzas entre los pueblos largo tiempo oprimidos.

Concluida su misión, Sombrío, Spica, Régulus y Robinia volvieron a sus casas, a sus reinos de fiesta, llevando a sus nuevos amigos, como el dragón *Colamocho*.

Tal vez penséis: así pues, todos vivieron felices y contentos... Pero, ay, os llevaréis una decepción, porque el Mal que Brujaxe había desencadenado era tan potente que todavía influía en el mundo y oprimía con sus tenazas el corazón palpitante de todo el Reino de la Fantasía.

La isla de los Caballeros, que la Reina Negra había transformado en piedra usando incautamente un anillo de luz, seguía estando petrificada, al igual que el padre de Sombrío, el valiente Corazón Tenaz, que se había sacrificado para salvar a la joven Spica de la rabia de la reina de las brujas.

Y el pasado indica siempre el camino del futuro.

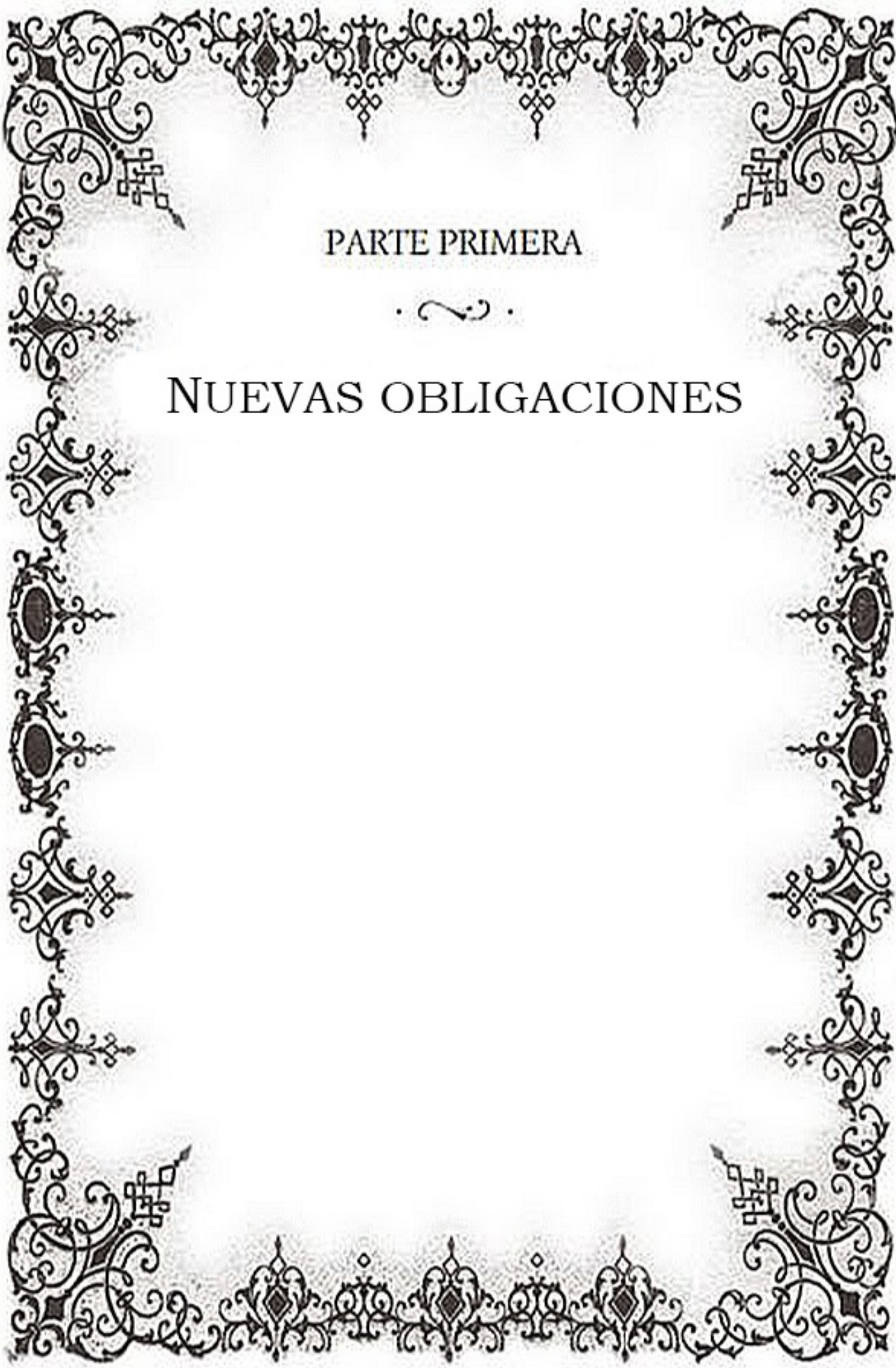
Floridiana había predicho que Sombrío refundaría la antigua Orden de los Caballeros de la Rosa, protectora del Reino de la Fantasía, pero nadie habría podido decir cómo ni cuándo, ni siquiera él mismo. Hasta que...

Si lo queréis saber, si queréis saber qué fue de Sombrío tras la derrota de Brujaxe, o cómo el joven elfo se convirtió en el heroico caballero del que hablan las crónicas

antiguas, estas páginas cuentan cómo cumplió su destino.

Y vais a leerlo en las propias palabras del mago Fábulus, tal como han sido transmitidas durante siglos en sus Crónicas del Reino de la Fantasía.

Leed, pues...



PARTE PRIMERA

• ~ •

NUEVAS OBLIGACIONES

1

VUELTA A CASA

UN espantoso sonido rompió la calma de los montes, donde sólo se oían los zumbidos del caluroso verano, e hizo sobresaltar a un joven mirlo que dormitaba en la rama más baja de un arce.

Sentada en el carro bamboleante de Larix, el comerciante de sombreros que estaba cruzando el Reino de las Estrellas, Spica reprimió una carcajada. Desde por la mañana temprano viajaban juntos por la carretera que conducía a Burgo de las Casas con Tejados en Punta. No faltaba mucho y la chica no tenía demasiadas ganas de hablar; además, él no era muy charlatán. En contrapartida, Larix disfrutaba cantando; siempre estaba haciéndolo, incluso por la mañana, cuando abría el tenderete para vender su mercancía. Pero su último sonido había sido tan desafinado que hasta el asno había rebuznado de disgusto.

El comerciante echó una mirada a Spica y carraspeó, avergonzado.

Ella hizo como si nada y pensó que lo mejor era cruzar unas palabras.

—Se lo ve muy feliz por volver a casa —observó.

Larix pareció aliviado por no haber molestado con sus gorgoritos a aquella señorita de ciudad, maestra en las Escuelas Reales.

—Oh, sí. He vendido mucha de mi mercancía y no veo la hora de abrazar a mi familia.

—Sí, ya he visto que en el mercado sus artículos se vendían como churros... ¡Eran muchos los que llevaban puestos sus preciosos sombreros!

Larix desvió el tema de él, ruborizado.

—Mi mujer estará muy orgullosa de todos los elogios que los elfos estrellados han hecho de los sombreros. En realidad, es ella quien los crea. Yo me limito a fabricar la estructura, pero mi mujer los embellece con los bordados de flores y hojas. ¿Sabe?, señorita... ¡soy feliz de haber ido a la ciudad, pero todavía más de volver a casa!

Spica se echó a reír.

—¡No sabe cómo lo entiendo!

—¿De verdad?

—Oh, sí. Hace tres meses que no pongo el pie en mi casa. ¿Conoce la Atalaya,

esa edificación con una torre alta que está allá abajo, pasadas las colinas? Yo vivo allí.

—¿Ah, sí? —exclamó Larix—. Su tía no me lo ha dicho.

—Bueno, mi tía Hydra no es mujer de muchas palabras —comentó Spica.

—Tiene razón, pero me ha contado que usted ha viajado mucho y que es una maestra muy apreciada en las Escuelas Reales. Por eso me siento honrado de serle útil trayéndola a casa y...

Spica lo interrumpió, asombrada:

—¿Eso le ha dicho? ¡Por todas las estrellas, mi tía no cambiará nunca! Sólo soy una maestra más y además sin mucha experiencia. ¿Ha tenido usted noticias del Reino de los Bosques? —preguntó alegremente—. Es que mi hermano Régulus está allí, con una amiga suya, Robinia...

Larix la miró estupefacto.

—Entonces no era sólo una impresión, ¿es usted! Usted formó parte del grupo de héroes que salvó el Reino de la Fantasía junto con Sombrío, el caballero mandado por Floridiana, y el mago Stellarius, ¿o me equivoco?

—¡No, no se equivoca! —contestó ella con una sonrisa—. Oiga, ¿y si nos tuteáramos?

—¡Será un placer! —exclamó él—. Bueno, eres una muchacha valiente. Enfrentarse a las brujas no es ninguna tontería. ¡Los pequeños elfos que te tienen de maestra son muy afortunados! Así que vuelves a casa para la fiesta de Medios del Verano...

—¡Sí y me muero de ganas! ¡Cuánto he echado de menos esto! El canto de los pájaros entre los arbustos, las voces de los labradores en los campos, el zumbido de las abejas, el crujido de la tierra bajo las ruedas de los carros, el murmullo de las hojas, el gorgoteo del río sobre los cantos rodados...

Soltó un gran suspiro y pensó en Sombrío. A él lo había echado de menos todavía más...

—¿Y...? —preguntó Larix, adivinando que había alguna otra cosa.

—Y a mi padre y a Mérope, mi aya, y a mi hermano Régulus y ¡a todos mis amigos! —respondió, sin poder evitar ruborizarse.

—Sí, la ciudad es bonita, pero allí falta algo, ¿verdad? ¡En mi opinión, tiene pocos árboles!

Spica asintió.

—Estrelláurea es maravillosa, pero las únicas plantas son las de los Invernaderos, donde enseño a los pequeños a cultivarlas y además...

—... no hay animales —concluyó Larix la frase.

—Exactamente. En cuanto a la gente, no se paran nunca, tan sólo se dirigen breves saludos. ¡Todos están siempre atareadísimos! Y mi tía Hydra, bueno, ya la conoces, es muy puntillosa y severa en todo.

Larix sonrió sin querer.

—Para elegir su sombrero, tardó medio día..., y hasta tuve que hacerle unos cambios. ¿Fuiste a vivir con ella después de volver al Reino de las Estrellas?

Spica asintió.

—Después de nuestro regreso, todo ha cambiado muy de prisa...

—Así son las cosas. Idénticas durante años y luego, de repente, cambian... Pero dime, ¿sólo erais tres los que os aventurasteis con Robinia en el Reino de las Brujas?

—Tres elfos: Sombrío, mi hermano Régulus y yo, sí, pero también estaban Stellarius, Pavesa, *Fósforo*... Y por el camino hicimos muchos otros amigos que nos ayudaron —recordó ella, mirando alrededor distraídamente. Los colores eran cegadores y los aromas tan fuertes que aturdían, pero quizá las sensaciones fueran más intensas por la alegría del regreso. La lucha con las brujas, en cambio, parecía ahora un recuerdo lejano.

—Y estaba también aquel dragón azul que os trajo de vuelta —prosiguió Larix.

Spica alzó los ojos al cielo despejado, como si esperara ver aparecer al dragón *Colamocha* y su jinete de improviso. La última vez que había visto a Sombrío sólo habían podido saludarse, pero él le había prometido que se verían en la fiesta de Medios del Verano. Quizá también por eso Spica estaba tan impaciente por llegar a casa.

—Y dime, ¿qué hacen ahora tus amigos? —preguntó el comerciante.

—Oh, bueno, mi hermano Régulus está en el Reino de los Bosques para ayudar a Robinia, *Fósforo* y los demás a reconstruir lo que fue destruido.

—¡Ah, sí, el chico rubio! Un muchacho de gran valía, según he oído decir —exclamó Larix—. ¿Y el caballero de Floridiana?

Spica tragó saliva.

—Sombrío... Ahora forma parte de la Guardia del Rey. Siempre está con su dragón, *Colamocha*.

—Un guardia real... ¡por todos los matojos! Un grandísimo honor, ¿eh? Claro, si derrotó a Brujaxa es que es alguien que sabe lo que hace. Si fuese rey, ¡yo también querría tenerlo a mi servicio!

Spica dejó vagar la mirada por la carretera que discurría suavemente frente a ellos, entre las espléndidas e inmensas colinas.

—Sí, un grandísimo honor —contestó poco convencida.

Un honor que Sombrío no había podido rechazar y que había comportado grandes cambios.

Tras la derrota de Brujaxa y su ejército, los chicos habían celebrado juntos la fiesta de Medios del Verano en la Atalaya. Había sido maravilloso. Pero aquella misma tarde todo había empezado a cambiar: Régulus había decidido acompañar a Robinia a su casa para ayudarla a reconstruir el Reino de los Bosques, mientras que Sombrío había tenido que partir pocos días más tarde a la Academia de la Guardia del Rey, vistiendo el uniforme que el general Aldebarán le había mandado.



Los primeros meses, Spica casi no lo había visto, así que, sola, había tenido mucho tiempo para pensar.

—Entonces, no os veréis muy a menudo —observó Larix como si le leyera el pensamiento.

—En efecto... —dijo ella en voz baja, pensando en las numerosas cartas que había intercambiado con Sombrío, su hermano y Robinia.

El comerciante se rió comprensivo al notar el centelleo inseguro de la estrella en la frente de la chica.

—Así que te pusiste a enseñar.

—Sí, me gusta mucho estar con los niños.

En realidad, no había aceptado el trabajo en las Escuelas Reales solamente por eso, sino también con la esperanza de ver a Sombrío más a menudo. Pero ni siquiera así conseguían encontrarse. Él, cada dos por tres tenía que llevar a diplomáticos a otros reinos en su dragón, así que Spica no había tenido ocasión, y tampoco valor, para hablarle abiertamente de sus sentimientos, como le aconsejaba Robinia en sus cartas. Sabía que le había demostrado muchas veces su cariño e intuía que también él la quería mucho, pero ¿cómo?, ¿cómo a una hermana?

—¿Esperas volver a ver a tus amigos en la fiesta? —continuó Larix.

Spica entornó los ojos a causa de la luz excesiva y sonrió.

—Sí, ¡al menos a Sombrío y a mi hermano! Robinia, desgraciadamente, tiene tantos compromisos que no podrá venir... Desde que volvimos, no hemos podido pasar tiempo juntas. Pero tarde o temprano podre ir a verla.

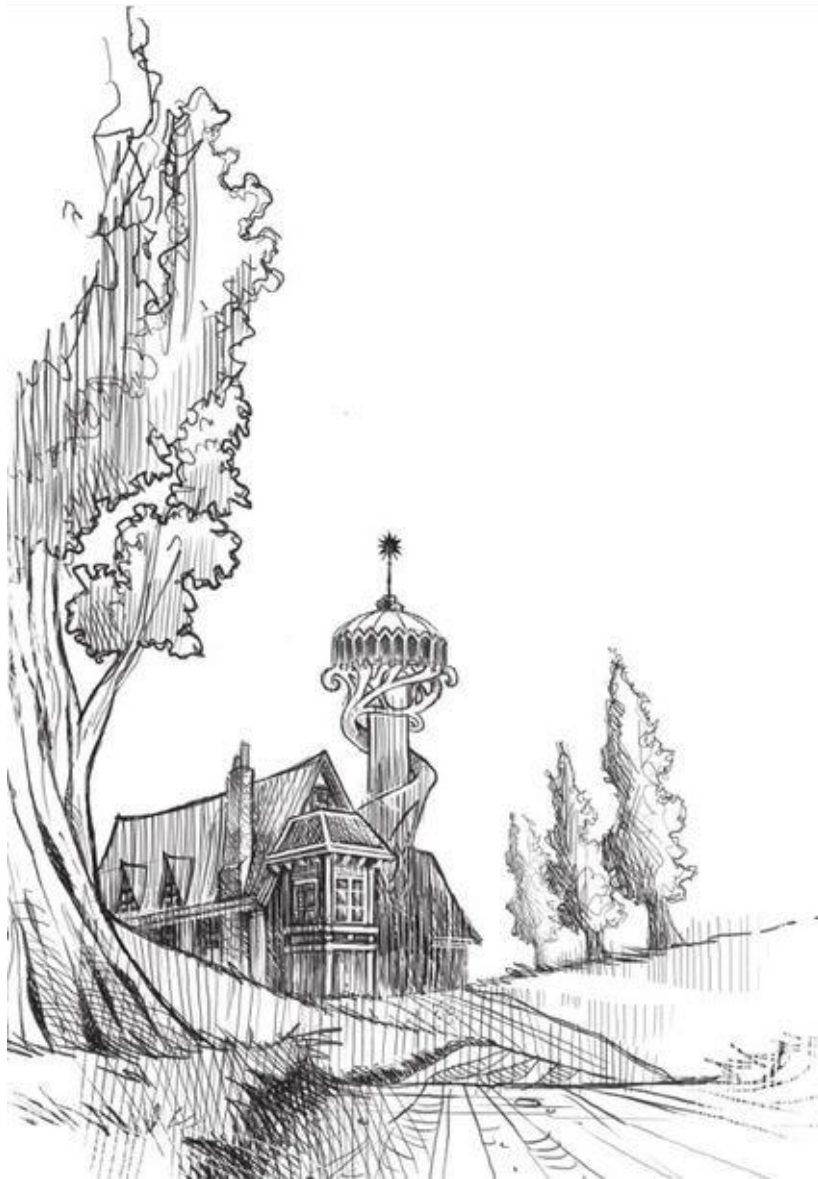
—Oh, es normal. ¡Algunos acontecimientos cambian la vida! Antes de la liberación de nuestro reino, nuestra princesa Robinia tenía que esconderse en los bosques como una ladrona para escapar de los hombres lobo, pero ahora que el mundo está en paz de nuevo, ha podido volver a su castillo. ¡Así puede ocuparse por fin de su reino y de su gente!

Spica se quedó callada. ¿De verdad el mundo estaba en paz otra vez? Ella sabía

bien que no era así: muchos malignos servidores de las brujas habían huido, el Mal oscurecía aún muchos reinos, un Mal más escurridizo y temeroso quizá, pero no derrotado. Para Sombrío, además, las dificultades no habían terminado: su padre, Corazón Tenaz, había sido petrificado por un hechizo de Brujaxe por salvarla a ella y, aunque el chico nunca le había reprochado nada, Spica se sentía culpable. Lamentablemente, parecía que por el momento nadie supiera cómo romper el malvado encantamiento y devolverle la vida a Corazón Tenaz. Sólo podían esperar. Si para ella era difícil, para Sombrío debía de serlo aún más.

—¡Ah, ya he llegado! —exclamó Spica, vislumbrando el tejado inclinado y la gran cúpula de la Atalaya no muy lejos—. ¿Puedo bajar aquí?

—¿No quieres que te acerque más? —preguntó Larix, deteniendo el asno.



Ella le sonrió alegremente y saltó del carro.

—No es necesario, gracias. Atajando por los campos tardaré poco, mientras que tú deberías dar un rodeo bastante largo por el camino.

Agarró con un gesto rápido su bolsa bordada, llena de deberes para corregir, y se

despidió:

—¡Mil gracias! ¡Buen regreso a casa!

—¡Feliz fiesta! ¡Y descansa! —respondió amablemente el comerciante.

Spica lo vio arrear al asno y marcharse, luego miró al otro lado de la colina. Echó a correr hacia la Atalaya con el corazón acelerado y la sensación de que, ahora que estaba en casa, todo iría mejor.



Sombrío estaba sobrevolando las Tierras del Oeste, volvía de una importante misión en el Reino de los Elfos del Desierto y estaba muy cansado. Detrás de él, en el palanquín sujeto al lomo de *Colamocha*, el embajador Cepheus seguía soltando lamentos que el viento dispersaba a su espalda.

El palanquín se había construido para proteger del viento y el sol y hacer más confortable el viaje. A veces, los aterrizajes y despegues del dragón azul podían resultar un poco bruscos, pero, en general, los vuelos eran tranquilos; Sombrío y *Colamocha* se conocían ya bien y el caballero intuía lo que haría el dragón antes incluso de que moviese una ala y *Colamocha*, por su parte, sabía lo que iba a pedirle el elfo antes de que pronunciase una sola palabra.

Así que Sombrío tenía la certeza de que el vuelo en el palanquín no era tan terrible. Pero el embajador se quejó de nuevo:

—Por todas las estrellas... ¡Despacio, despacio!

—El dragón no puede volar más despacio de como vuela, señor —respondió Sombrío comedido.

Del palanquín salió otro gemido.

—¡Menuda idea, ir en dragón! En otros tiempos se viajaba como es debido, ¡pasando por las puertas creadas por las hadas! Pero así... ¡No comprendo el entusiasmo del rey por viajar volando!

—Así vamos mucho más de prisa —dijo el joven con paciencia.

—¡Por todas las estrellas! —chilló el diplomático—. Entiendo lo de la velocidad, pero su majestad debería probar alguna vez a viajar así...

Al rey le gustaba alardear de que tenía un dragón a su servicio, así que Sombrío escoltaba a menudo a Cepheus y otros dignatarios de un reino a otro. Un dragón azul domesticado producía siempre sensación y un elfo capaz de darle órdenes a un dragón azul la causaba más todavía, sobre todo después de tantos años de la desaparición de los caballeros de la rosa.



A Sombrío no le disgustaba viajar, al contrario, y sabía bien que nunca podría obligar a *Colamocha* a permanecer largo tiempo en un lugar; después de todo, los dragones azules eran, por naturaleza, animales migratorios y su instinto los empujaba a los cielos. Aunque Sombrío comprendía la importancia de su tarea, de algún modo sentía que su destino no, era ser un guardia real de los elfos estrellados. Él era un caballero, el último capaz de montar un dragón azul. ¿No debería tener otras responsabilidades? ¿No deberían los diplomáticos viajar como antes, a través de las puertas, puesto que las hadas las estaban reabriendo en todas partes?

Un nuevo lamento de Cepheus lo hizo sonreír. ¡Desde luego, el embajador no estaba muy contento!

En cierto modo, Sombrío sentía que el Mal no se había detenido y que otros peligros estaban a la espera de resurgir de las cenizas del Reino de las Brujas... Brujaxe, en efecto, no estaba muerta. Sus malvados aliados se habían retirado y, a su vez, escondido, pero solamente por el momento.

Había que estar alerta. Incluso Floridiana, la reina de las hadas, lo había dicho. Tenía que reinstaurar la antigua Orden de los Caballeros de la Rosa y él sería el encargado de hacerlo. Pero ¿cómo? ¿Y cuándo, si estaba ocupado en misiones completamente distintas?

Todos estaban felices por la paz y también por la tranquilidad recobradas y olvidaban el precio pagado para reconquistarlas y lo vigilantes que había que estar para mantenerlas.

Necesitaba un buen consejo, pero no había nadie que pudiera dárselo. Stellarius estaba de viaje por tierras lejanas, no veía a Régulus desde hacía casi un año... y su padre se había sacrificado para salvar a Spica. Esto último lo alegraba y entristecía al mismo tiempo.

Ni siquiera podía hablar de ello con su amiga por miedo a herirla, la chica se sentía ya terriblemente culpable. Él estaba contento de que estuviese sana y salva, sólo que habría preferido ser él el convertido en piedra. Pero el pasado no se podía cambiar.

Floridiana no había encontrado aún el modo de anular el hechizo malvado del que habían sido víctimas Corazón Tenaz y los habitantes de la isla de los Caballeros, así

que a Sombrío no le quedaba más remedio que esperar... Pero estaba empezando a impacientarse y a veces tenía la impresión de estar perdiendo un tiempo precioso.

Colamocha batió las alas y, pasada una barrera de nubes blancas y compactas, bajo ellos aparecieron las tierras de los elfos estrellados. El dragón emitió un débil rugido de advertencia, similar al sonido de un cuerno, y empezó a perder altura.



—¡Casi hemos llegado, embajador! —anunció el joven, volviéndose hacia atrás.

La cortina que cerraba el palanquín se apartó un poco y asomó el rostro redondo y palidísimo de Cepheus. Un leve lamento surgió de sus labios y la cortina volvió a cerrarse.

Colamocha repitió su rugido para avisar que se estaban acercando a una ciudad o un pueblo, tal como había aprendido en su adiestramiento. Sombrío vio desplegarse las banderas de señales en los pabellones del Sector del Dragón, sonrió y palmeo el largo cuello azul de *Colamocha*. No era el momento de perderse en pensamientos complicados.

Por fin habían llegado a la corte de Estrelláurea y, una vez depositado en tierra el embajador, *Colamocha* y él podrían volver a la Atalaya, donde descansarían un poco.

Además, se acercaba la fiesta de Medios del Verano y en esa ocasión encontraría un Burgo de las Casas con Tejados en Punta alegre y despreocupado, muy animado como cada año por las danzas y relatos con los que se había regocijado en su infancia, pero sobre todo volvería a ver a Régulus, Erídanus, Mérope... y Spica. La echaba de menos más que a los demás: sus sonrisas, sus risas, sus protestas, incluso sus silencios.

—¡Adelante, vamos! Estamos cerca de casa —susurró, inclinándose sobre el cuello de su amigo el dragón.

Colamocha notó el júbilo de su jinete y aceleró con similar felicidad.

Sí, por fin estaban cerca de casa.



Sombrío desmontó de *Colamocha* en el Sector del Dragón, mientras algunos jóvenes asistentes de la Guardia del Rey colocaban la escalerita para que Cepheus bajara. El embajador parecía descompuesto y suspiró aliviado nada más poner pie en tierra.

—Espero que todo haya ido bien, embajador. —Le dio la bienvenida el general Aldebarán bajo los soportales.

—Hemos firmado todos los tratados, si es lo que quiere saber. Claro que, si el

viaje hubiese sido mejor, ahora no tendría náuseas — respondió secamente Cepheus.

Aldebarán lanzó una mirada fulminante a Sombrío y luego ordenó a sus hombres que acompañaran al embajador a sus dependencias.

El joven elfo le dio una palmadita en el morro a *Colamocha* para tranquilizarlo, Cepheus siempre lo ponía nervioso.

—Las condiciones atmosféricas han sido buenas, señor. No hemos encontrado tormentas —informó al general—. Por desgracia, no todos soportan bien el vuelo en dragón.

—Sí, sé a qué te refieres. Cepheus nunca ha sido un gran viajero, ni siquiera por tierra. No soporta las Incomodidades. Informaré al rey de vuestro éxito. —Y luego, en tono conciliador, añadió—: He sabido que te has tomado unos días libres para la fiesta de Medios del Verano.

—Así es, señor —confirmó Sombrío, temiendo que hubiese alguna importante misión que no pudiera aplazarse—. Me gustaría pasarlos en la Atalaya, fuera de la ciudad... En casa.

Aldebarán asintió con su aire formal.

—Por lo que a mí respecta, desde este mismo momento tú y tu dragón estáis de permiso. Os lo habéis merecido de sobra.

Esbozó una sonrisa y luego se marchó.

El dragón azul le dio a Sombrío un delicado toque con el morro en el hombro.

Él pensó que, tratándose de ir a casa, le quitaría inmediatamente la carga a *Colamocha*, le daría de comer, lo lavaría y despegarían antes de tres horas. El vuelo sería brevísimo y el dragón podría tumbarse al sol de la tarde junto a la Atalaya.

Pensó también que, a lo mejor, Spica ya estaba allí.



UN ENCARGO IMPREVISTO

 L gran semblante de *Colamocha* era la imagen misma de la serenidad; el dragón soltó un bufido de satisfacción y se dejó caer sonoramente sobre la hierba, cerca del muro más soleado de la Atalaya, mientras Sombrío se echaba a reír y le daba palmadas en una pata con cariño.

—No me cabe en la cabeza cómo se puede ir por ahí con una criatura así... Y, además, ¿es que tiene que dormir precisamente aquí, justo fuera de mi cocina? —protestó Mérope, echando atemorizadas ojeadas al dragón azul.

A ella nunca le había gustado. Demasiado grande, decía. Con la boca demasiado grande. ¡Y demasiados dientes, desde luego!

—No te preocupes, se portará bien. Ya ha comido y le gusta estar al sol —dijo Sombrío, correspondiendo al abrazo de la anciana aya.

—¡Querido elfo! ¡Cuánto has crecido! —observó ella—. Pero ¿qué es lo que os dan de comer en la Guardia del Rey?

Sombrío se rió.

—¡Nada tan bueno como tus tortitas de queso!

Mérope enrojeció. Iba a informarle de que Spica estaba con su padre cuando la voz de la chica resonó en el prado.

—¡Ya estás aquí! —gritó, corriendo al encuentro de Sombrío.

Él se volvió y... se quedó boquiabierto. Spica estaba aún más guapa que la última vez que la había visto y tenía un aspecto increíblemente feliz. Se había recogido el largo pelo dorado, en una luminosa trenza enrollada en torno a la cabeza y cayendo luego sobre su delicada nuca, llevaba un sencillo vestido de color azul celeste ceñido con un cinturón entrelazado, sus mejillas estaban sonrosadas y los ojos le brillaban como inmensas estrellas.



Spica detuvo su carrera de golpe delante de él. Sombrío habría querido abrazarla, pero, por alguna razón, casi no conseguía moverse.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace pocas horas. He oído el aviso de *Colamocha* y mi padre y yo, con el telescopio, te hemos seguido mientras descendías —explicó ella con una sonrisa un tanto azorada.

—No es de extrañar que el rey os mande de viaje continuamente, ¿no todos tienen a su servicio a un caballero y un dragón! —intervino Erídanus, padre de Spica y astrónomo oficial del Reino de los Elfos Estrellados, al tiempo que abrazaba a Sombrío—. Y ahora dime, muchacho, ¿cómo va todo por la corte?

—Bastante bien —contestó el elfo con una sonrisa—. Pero, en realidad, estoy tan poco allí que no sé exactamente cómo es la vida de...

La frase se perdió en el vacío mientras el chico volvía a mirar a Spica.

—¿Y cómo va todo por las Escuelas Reales? —le preguntó.

—Oh, como de costumbre. Hay un montón de trabajo, he tenido que traerme las últimas pruebas de los niños... —contó ella, encogiéndose levemente de hombros—. ¿Y tú? ¿Cómo es el Reino de los Elfos del Desierto?

—Bonito, sólo que... ningún lugar es como casa.

—¿Y qué tal está *Colamocha*? —preguntó Spica sonriendo y señalando al gran dragón tumbado en el prado de la Atalaya.

Sombrío la tomó de la mano y la condujo hasta el dragón, que observaba la conversación con curiosidad. *Colamocha* acercó sinuosamente el cuello para recibir otra caricia de Sombrío.

El joven elfo puso la mano de Spica en el morro del dragón, debajo de la suya, y *Colamocha* se restregó contra el brazo de la chica gruñendo de satisfacción y con los ojos entornados, como si se alegrara de volver a verla.

—Estarás cansado —susurró ella, rascándole el cuello al dragón con la otra mano.

—Sí —afirmó Sombrío—, pero por fin podrá descansar unos días... Aunque, si fuese por él, no dejaría nunca de volar.

—Pero ¡si yo hablaba de ti! —dijo Spica, ruborizándose.

Él le soltó la mano y se rió, sintiéndose un poco tonto.

—Ah, últimamente siempre pienso primero en *Colamocha*... Sí, es verdad, estoy un poco fatigado. Pero me he acostumbrado a viajar y estar aquí unos días me permitirá descansar.

Spica iba a decir algo, pero de golpe el mundo volvió a hacerse presente alrededor de ellos; *Colamocha* levantó el cuello y, con un sonido sordo, se volvió hacia los montes. Los chicos siguieron su mirada y se estremecieron al ver refulgir la Puerta de Jade entre los árboles.

—¡Qué bien, llega Régulus también! —exclamó Mérope, acercándose a los chicos—. Podríais ir a su encuentro mientras yo sigo cocinando.

Sombrío se volvió hacia Spica.

—Hace un siglo que no veo a tu hermano. ¡Vamos a recibirlo!

Y la estrella en la frente de la chica se iluminó con una luz tenue y dulcísima.



Desde que la puerta entre el Reino de los Elfos Estrellados y el de los Elfos Forestales estaba abierta de nuevo, el rey había dado orden de que se arreglara el puente de los Cantos Redondos. Los puntos en que más estropeado estaba habían sido reparados y se habían sustituido las piedras más deterioradas. La carretera se había ensanchado para que pudieran recorrerla más fácilmente los mensajeros, las caravanas de viajeros y los comerciantes, y se habían plantado hortensias en los márgenes. Aquel lugar le recordaba a Spica los días en que se entrenaba con el arco, hacía más de un año, para poder seguir a Sombrío y su hermano al otro lado de la puerta. Le parecía que había pasado mucho tiempo.

Sombrío rompió el silencio y la distrajo de sus pensamientos.

—Y bien, cuéntame, ¿te gusta vivir en la ciudad?

Spica negó con la cabeza.

—Es bonita, llena de vida y, desde que las puertas a otros reinos se han reabierto, hay tantas personas de distintos lugares... Pero es como si le faltara algo, ya no es como cuando yo era pequeña. Sé que te pareceré absurda, pero las luces, los colores, los narradores callejeros... ¡nada de eso me fascina tanto como estos arcos, este puente y la propia Atalaya!

Sombrío se rió.

—No, no me pareces absurda en absoluto. A mí me ocurre lo mismo. He visto reinos lejanos y he conocido a reyes, príncipes y princesas, pero si pienso en dónde me gustaría estar, mi mente vuelve aquí, a la Atalaya y... —Pero se interrumpió.

Spica lo observó. Desde la última vez que lo había visto, estaba más alto, pero parecía triste.

—¿No has tenido noticias de Floridiana respecto a tu padre?
El rostro de Sombrío se nubló.
—No, todavía no.



Iba a añadir algo cuando, de los árboles que bordeaban el camino más allá del puente, les llegó un fuerte rumor.

Un dragón con grandes alas plumadas y dos avispados ojos amarillos saltó como un rayo de la maraña de ramas y hojas. En cuanto avistó a los dos chicos, emitió unos gorgoritos y, con una pirueta, planeó hasta Sombrío, al que rozó y estuvo a punto de hacer caer.

—¡Fósforo! —gritó Spica, pasado el momento de sorpresa.

El dragoncito plumado se encontró enseguida entre los brazos de sus viejos amigos y empezó a lamerle la cara a Sombrío con su lengua áspera, que apestaba a azufre.

—¡Oh, para, por favor —exclamó el joven, riéndose y tratando de apartarlo—, o no podré quitarme de encima este olor a huevos podridos!

Regodeándose con las caricias de Spica, el dragoncito abrió las alas, que la magia de Floridiana había hecho mayores, e hinchó el pecho, con lo que asomó entre las plumas un tubo de madera que llevaba colgado del cuello.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó la chica.

—¿Y dónde está Régulus? —quiso saber Sombrío.

Fósforo señaló con el morro el bosque a su espalda. En ese momento, Régulus apareció en el camino.

—Pero ¿qué es esto, *Fósforo*, todavía estás aquí? ¡Adelántate, que vamos ya con retraso! Si no los avisamos a tiempo, ¿cómo van a hacer para organizarlo todo? ¡A ver quién soporta luego a Robinia!

Fósforo hizo girar los ojos y resopló. Luego saltó del hombro de Sombrío y, con una nueva pirueta de despedida, salió como una flecha hacia Estrelláurea y desapareció entre el ramaje de los árboles.

Régulus suspiró, casi sin aliento.

—¡Qué alegría veros! ¿Qué hacéis aquí?

Spica y Sombrío cruzaron una mirada y se echaron a reír. Régulus tenía un aspecto decididamente cómico: vestía una extravagante túnica bordada con motivos vegetales con ribetes dorados y un gorro puntiagudo confeccionado con la misma tela. En los hombros portaba una pequeña cesta de mimbre.



—¿Cómo que qué hacemos? Estamos aquí para la fiesta de Medios del Verano, ¿no te acuerdas? —preguntó Spica corriendo a abrazarlo. También él parecía haber crecido muchísimo.

—¡Por todas las estrellas, lo había olvidado! —exclamó Régulus, poniéndose colorado.

—¿Olvidado? —se asombró Sombrío—. Y entonces, ¿por qué estás aquí?

—Bueno, Robinia será coronada dentro de una semana. *Fósforo* debe llevar a la corte la invitación oficial para la ceremonia.

—¿Coronada?! —Spica parpadeó, admirada—. ¡Nunca habría imaginado que aceptaría el trono del Reino de los Elfos Forestales! No me decía nada en su última carta.

—De hecho, ni ella misma lo sabía hasta hace pocos días —dijo Régulus suspirando—. ¡Y no quiere convertirse en reina! Ya la conocéis... Pero el ceremonial para elegir rey en el claro de los Trece Árboles Sabios es largo y complicado y, mientras tanto, es preciso que una persona de sangre real gobierne.

—¿Y llevas en esa cesta el regalo para nuestro rey? ¿Qué es? —preguntó Spica intentando atisbar—. ¿Podemos saberlo?

—Libros, por supuesto. No quedaron muchos después de la conquista del Ejército Oscuro, pero en la biblioteca, detrás de un tablero de taracea, descubrimos una puerta secreta que se accionaba con una palanca y llevaba a una sala llena de valiosos volúmenes. Los hombres lobo no la encontraron, así que no se los pudieron enviar a Brujasa.

—¿De qué tratan? —Sintió curiosidad Spica.

—La mayoría de árboles. La especialidad de los elfos forestales es ésa, principalmente —respondió su hermano con una sonrisa—. Pero los que hablan de árboles frutales también le Interesarán a nuestro rey, sobre todo porque contienen magníficos cantos mágicos para acelerar el crecimiento de las plantas y cosas por el estilo. Y también hay libros antiguos, decorados en oro y plata, con refinadas miniaturas... Robinia ha pensado que serían un buen regalo para un rey. De todos modos, por el momento no dispone de otra cosa. ¡Todo está en un estado caótico!

—Bueno, en el fondo, ¿qué hay más valioso que el conocimiento? —dijo

Sombrío, contento de ver feliz a su amigo, tan lleno de fuerza y energía.

—¿Y quién, sino el bibliotecario de la corte, habría podido traerlos aquí sin dañarlos? —preguntó maliciosamente Spica.

—¡No me toméis el pelo! —protestó Régulus con energía y todos se echaron a reír—. Necesitaba este viaje —suspiró luego—. Tenía ganas de cambiar un poco de aires... Ciudad Gris está toda en obras. Los hombres lobo ocuparon las casas y los palacios y los transformaron en alojamientos hediondos o prisiones, ahora tenemos que arreglarlo todo... Robinia tiene el deber de restablecer las relaciones aristocráticas con los demás reinos. Cuando volvió, fue recibida como si fuera una reina y ahora no tienen ojos más que para ella. Pero como la idea de convertirse en soberana la asusta bastante, al final termina poniéndose muy nerviosa.

—Sí —dijo Sombrío con una sonrisa, al recordar el carácter tormentoso de su amiga—, apuesto a que preferiría luchar contra un hombre lobo antes que organizar ceremonias cortesanas.

Régulus se rió y se colocó mejor la cesta sobre los hombros.

—¡Exacto! Ahora será mejor que prosiga mi camino, tengo que alcanzar a *Fósforo*.

—Pero luego te quedarás para la fiesta, ¿verdad? —preguntó Spica con un velo de ansiedad en la cara.

—¡Pues claro! —exclamó su hermano—. ¿Qué ha preparado Mérope?

—¡Infinidad de comidas deliciosas! —contestó ella sonriendo.

—¿Y si te llevara yo en *Colamocha* a la corte en Estrelláurea? —propuso Sombrío, poniéndole una mano en el hombro a su amigo—. El rey se alegrará de volver a verte y volando tardarás menos. Hoy es día de audiencias y te recibirá enseguida.

—¿Quieres decir que *Colamocha* está aquí? ¿No lo has dejado en la ciudad?

Sombrío se echó a reír.

—¿Dejarlo? Nunca permitiría que me alejara demasiado... A veces, casi tengo la impresión de que teme perderme. Tiene un fuerte instinto de protección. De cualquier modo, todavía no tiene confianza con los guardias y no le gusta demasiado verse rodeado de extraños. Lo mejor es que sea yo quien lo vigile.

—Bueno, entonces, ¡acepto con mucho gusto!

—¡Pues bien, marchaos! Cuanto antes partáis, antes volveréis, ¿no es así? —los exhortó Spica, mirando a Sombrío.



—Tú que ves a menudo al rey, ¿me puedes dar algún consejo? —le preguntó con ansiedad Régulus a Sombrío, después de desmontar de *Colamocha*, tras el rápido vuelo que los había llevado a Estrelláurea.

—No sabría decirte... Normalmente, es el general Aldebarán quien me transmite sus ordenes. Pero no te preocupes, es muy cordial —respondió Sombrío, saludando a un guardia.

—Desde luego, aquí todo es muy diferente de Ciudad Gris —murmuró Régulus pensativo, después de un largo momento de silencio.

Tomaron por uno de los pasillos que llevaban al palacio real y pasaron por varios patios donde unos chiquillos corrían de un lado a otro con cestas llenas de provisiones o ropa suda para lavar.

Un niño, que se parecía increíblemente a Régulus de pequeño, corrió a su encuentro y le preguntó a Sombrío:

—El dragón azul también ha vuelto, ¿verdad?

—Sí, pero nos marcharemos dentro de poco. ¿Serías tan amable de llevarle un poco de agua, por favor?

El chiquillo, con los ojos brillándole de júbilo, salló disparado mientras gritaba:

—¡Enseguida, señor!

Régulus abrió los ojos como platos.

—¡Señor! ¡Te llaman señor! —se burló—. Te has vuelto importante, ¿eh?

—Ah, sí, causo una gran impresión en los pequeños ayudantes... No creo que me acostumbre nunca —respondió Sombrío, riéndose. Luego trató de desviar la conversación—: Pero háblame de Brecius y los demás. ¡No puedo creer que os dejen todo el trabajo a Robinia y a ti!

Régulus se puso serio y ralentizó el paso.

—Bueno, también ellos trabajan duro, pero si supieras cuánto hay que hacer... No, quien me preocupa es Robinia.

—¿Por qué no quiere subir al trono? —le preguntó Sombrío—. Es una chica responsable, sera una magnífica reina, ya verás. Hará que el Reino de los Bosques tenga buenos reyes, no de sangre, pero sí de *espíritu* real...

Entre tanto, habían llegado hasta el secretario del rey. Tras oír su presentación, este último les anunció que conduciría a Régulus a la audiencia, así podría entregarle inmediatamente sus regalos al soberano.

Régulus se arregló la ropa como mejor pudo, suspiro y, tras una última mirada angustiada a Sombrío, siguió al secretario hacia el Salón del Trono.



—Uf, por fin está hecho —exclamó Régulus al salir de su audiencia con el rey.

—¿Y bien? —le preguntó Sombrío—. ¿Cómo ha ido?

—El rey ha sido muy amable, pero... ¡yo estaba tan cohibido!

Fósforo voló a su hombro y le restregó el morro contra la mejilla para consolarlo.

—En cualquier caso, acepta la invitación y me ha entregado una carta para

Robinia —prosiguió Régulus, metiendo un pergamino en el tubo de madera que colgaba del cuello de Fósforo—. Tendrás que entregarla tú, pequeño amigo. ¡Ve ya! ¡No, mejor espera un momento!

Hurgó en los bolsillos de su túnica, de donde sacó una hoja toda arrugada y un carboncillo con el que escribió a toda prisa: *Llegaré después de la fiesta de Medidados del Verano. R.*

Luego, sujetó el mensaje con un nudo al collar del dragoncito. Como una nube de plumas, Fósforo alzó el vuelo y abandonó la corte de Estrelláurea, perdiéndose en el cielo azul.

Sombrío oyó suspirar a Régulus.

—Ahora, lo mejor es pensar en la fiesta. ¡Volvamos a la Atalaya!

Por toda respuesta, los ojos de su amigo brillaron. Y así, juntos, volvieron a cruzar los cuarteles de la Guardia Real, charlando de esto y lo otro.

Sólo en el último momento, Régulus vio al elfo con uniforme de alto rango cerca de Colamocha. Era el mismo general de aspecto severo que había permanecido al lado del rey durante la audiencia. Sintió que la vergüenza le volvía de repente.

Sombrío se quedó de una pieza. Era Aldebarán, que lo esperaba allí de pie, rígido y severo.

—¿Señor...?

—Me alegra que hayas venido por aquí, Audaz —dijo el general—, de otro modo, habría tenido que mandar a buscarte a la Atalaya.

—¿Hay novedades, señor? —preguntó el joven elfo, ocultando a duras penas su mal humor. Sabía bien que, casi con toda seguridad, sería enviado lejos otra vez y sus días de permiso, tan esperados, sin duda serían anulados.

Aldebarán lanzó una mirada de desaprobación a Régulus y sus ropajes arrugados y luego volvió a mirar a Sombrío.

—Creo que, en realidad, sabes de qué se trata. Va a haber una coronación en el Reino de los Bosques. El rey quiere enviarte como representante de la Guardia Real y escolta de algunos dignatarios, del embajador Cepheus y de una joven maestra de las Escuelas Reales.

—¿El rey quiere que Spica nos acompañe? —No pudo evitar exclamar Régulus.

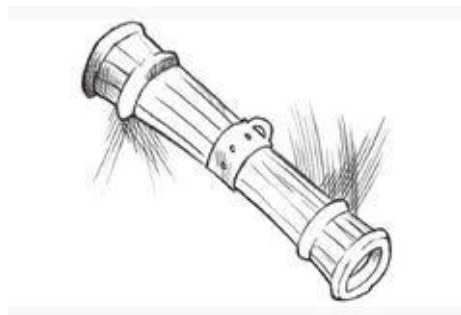
Ni siquiera Sombrío logró disimular su expresión estupefacta.

Aldebarán dirigió a Régulus otra mirada severa.

—Tú eres el joven que hace poco ha entregado los regalos al rey, ¿no es así? Pues bien, has de saber que se trata de una petición explícita de la futura reina de los elfos forestales.

—Bien, señor —intervino Sombrío, contento ante la idea de volver a ver a Robinia y de que Spica lo acompañara—. ¿Cuándo tenemos que partir?

—Pasado mañana —respondió Aldebarán—, justo después de la fiesta de



Mediados del Verano. El embajador Cepheus no podrá quejarse, iréis a pie a través de la Puerta de Jade. Seréis demasiados para transportaros por aire. Tú protegerás la comitiva en tierra mientras que el dragón os escoltará desde el cielo. Éstas son las órdenes del rey. Una última cosa: pasado mañana, antes del amanecer, preséntate aquí con tu dragón. Organizaremos la comitiva oficial y haremos los últimos preparativos.

—No lo dudéis, señor.

Aldebarán asintió y se fue.

—Estarás contento, ¿no? —le preguntó Sombrío a su amigo, montando en *Colamocha*.

Régulus se acercó con aire huraño.

—Sí, mucho... Pero si Robinia lo había decidido así, ¿por qué no me dijo nada?

—Quizá tenía demasiadas cosas que hacer —sugirió Sombrío, tendiéndole la mano.

Régulus la agarró y se subió a la silla detrás de él.

—Sí, demasiado que hacer —masculló.

A una sola orden de Sombrío, apenas insinuada, *Colamocha* alzó el vuelo con un batir de alas.

MEDIADOS DEL VERANO

 L día siguiente, la Atalaya se despertó inmersa en sonidos y aromas que Sombrío, Spica y Régulus no percibían desde hacía mucho tiempo. Se levantaron de excelente humor y, cuando salieron de sus habitaciones, se encontraron los tres en el pasillo.

—Buenos días —saludó Sombrío.

—¡Qué maravilla! Hacía tiempo que no dormía así —comentó Spica, estirándose con expresión radiante.

—Dímelo a mí, hacía meses que no olía estos aromas —dijo Régulus, riéndose.

Una buena noche de sueño y el aire de la Atalaya parecían haber disipado muchas de las preocupaciones de los chicos y haberlos hecho retroceder en el tiempo de golpe. No había uniformes, ni deberes que corregir, ni regalos reales que entregar aquella mañana, eran, sencillamente, los tres amigos de siempre y tenían un considerable apetito.

—¿Vamos a desayunar? Creo, además, que Mérope necesitará que le echen una mano —propuso Sombrío.

Devoraron gran cantidad de tortitas de arroz con ciruelas, pan tostado y leche recién ordeñada mientras hablaban de su aventura sin prisas, como si charlaran sobre unas simples vacaciones. Por otra parte, hacía muchísimo tiempo que no disfrutaban de unos días juntos.

Una vez concluido el desayuno, los chicos fueron al henil de Vallumbrío, donde todos los habitantes de Burgo de las Casas con Tejados en Punta se afanaban en preparar la gran celebración de Mediados del Verano. El amplio claro había sido decorado con adornos maravillosos; habría música, un gran espacio para bailar y mesas repletas de delicias.

Los chicos se encontraron con amigos y conocidos que no veían desde hacía tiempo; luego, uno a uno, fueron llegando los músicos. Era ya la hora de la comida cuando empezó la fiesta. El burgomaestre se subió al pequeño estrado y pronunció su discurso para festejar el verano, después, todos se lanzaron sobre la comida con un alegre y ensordecedor runrún.

Sombrío se sentía mejor que nunca.



El chico había dejado a *Colamocha* no lejos de allí, al otro lado de los árboles. No se había atrevido a llevarlo a la fiesta porque a los elfos del pequeño pueblo todavía los asustaba su mole, pero no se había sentido capaz de dejarlo solo en casa. Mientras la música sonaba en el claro atestado, entre risas y alegres parloteos, se alejó un momento para ir con él y, cuando pasó el último arce, para su sorpresa, lo encontró enroscado tranquilamente y comiéndose una tarta entera en compañía de Spica.



La chica se volvió hacia Sombrío y puso cara de culpabilidad.

—Espero que no te moleste. Le he dado un poco de tarta... Me parecía que estaba muy solo aquí.

Sombrío, sonriendo, levantó la cesta.

—Yo también le traigo algo. Pero no importa, supongo que, con el estómago que tiene, ¡todavía le quedará hueco!

Colamocha emitió un sonido afectuoso y alzó el morro manchado de tarta para restregárselo en el hombro de su jinete.

—Parece tan dócil cuando está contigo... —observó Spica—. En cambio, cuando he llegado yo, ha tardado un poco en dejar que me acercara.

—Desconfía más cuando yo no estoy, pero tú le caes bien —la tranquilizó él volcando en el suelo el contenido de su cesta y dejando que *Colamocha* olfateara y probara la comida que le había llevado—. Es la primera vez que acepta ágapes de otra persona. Tardé tres meses en hacerle entender que podía fiarse del agua que le llevan los asistentes en el cuartel; no fue fácil. Por supuesto, nunca ha hecho daño a nadie, pero a veces asusta a las personas para que no se le acerquen.

Spica se ruborizó y los ojos se le iluminaron más.

—¿Sabes?, en la ciudad echo de menos todo esto. —Luego, de buenas a primeras,

tuvo el coraje de reconocer—: Empiezo a pensar que no soy apta para ser maestra.

—¿De veras? Creía que, con todas las historias que sabes, los niños te adoraban. ¡Y eres tan buena contándolas!

—Sí, con los niños me encuentro muy bien, pero... ¿Recuerdas lo que te decía ayer a propósito de Estrelláurea? Es como si me faltara algo...

—Y entonces, ¿qué te gustaría hacer?

—Ése es el problema, que no lo sé. ¿Y a ti? ¿Te gusta estar siempre de viaje por cuenta del rey? —preguntó Spica con los ojos bajos.

Sombrío se sentó cerca de ella mientras miraba comer a *Colamocha*.

—En realidad, creo que hay muchísimas cosas más importantes que hacer. No es que ser guardia real no sea importante, pero...

Levantó el anillo de luz que llevaba colgado al cuello de un cordón de cuero, era un regalo de Floridiana. Lo llevaba junto con el medallón que le había legado su padre, en el que había grabados un sol y una luna juntos, el emblema de su pertenencia al antiguo pueblo de los elfos negros.

La alegre música, a su espalda, parecía sonar más distante. Sombrío sentía una maraña de sensaciones tan inextricable que hasta le resultaba difícil hablar.

—A veces pienso en aquello como si fuese una pesadilla. Creo que nunca te lo he dicho, pero el día en que derrotamos a Brujaxe...

—... el día en que tu padre fue petrificado —susurró ella con voz apagada.

Sombrío asintió.

—Si no hubiese intervenido él, yo no habría podido defenderte y... me... me disgusta no haber podido hacer más.

—¡Si yo hubiese sido más rápida y avispada, tu padre no habría tenido que sacrificarse por mí! —se apresuró a decir ella—. Todo fue culpa mía... No puedo evitar sentirme responsable por lo que estás sufriendo.

Sombrío notó una opresión en el pecho y alzó la cabeza para mirar a Spica. Siempre habían sido amigos; entre las primeras cosas que recordaba tras su llegada a la Atalaya, estaban los juegos y las carreras desenfrenadas con ella y Régulus. Sin embargo, hacía tiempo que en su corazón se había abierto camino otro sentimiento por Spica. Aunque jamás había conseguido hablar de él claramente, siempre había tenido la impresión de que ella lo sabía. Que lo comprendía. Y que se había dado cuenta también de que no la consideraba culpable de nada, y mucho menos de la desgracia de su padre. Pero quizá daba demasiadas cosas por supuestas.

—¡No, Spica! —exclamó, pasándole cariñosamente el brazo por los hombros—. ¡Cómo no me he dado cuenta! ¡No debes pensarlo siquiera! Si hay un culpable, ése soy yo. No fui lo bastante fuerte. Pero lo único que de verdad causó la petrificación de mi padre fue la crueldad de Brujaxe. ¡Nada más! Nada más —repitió, soltándola.

Ella lo miraba con lágrimas en los ojos y le respondió con una tímida sonrisa. La música de la fiesta se propagaba por el aire de última hora de la tarde y, consciente de que lo que sentía en su corazón debía de resultar más que patente en su rostro,

Sombrío se puso en pie y tendió una mano a la chica.

—¿Qué me dices, quieres bailar conmigo?

La estrella de la frente de Spica brilló y su luz cálida y gentil le iluminó los ojos. Lentamente, se secó las lágrimas y, con la emoción cortándole la respiración, agarró la mano que él le ofrecía.

—Sí —dijo sonriendo.

Colamocha resopló y, mientras se lamía los bigotes preguntándose si el sabor de aquellos minúsculos rollitos de verduras era realmente de su agrado, vio a los dos chicos moverse juntos con rara sincronía, describiendo extrañas líneas sin sentido, y mirarse fijamente a los ojos como si ninguna otra cosa en el mundo tuviese importancia.



A la mañana siguiente, antes de que amaneciera, *Colamocha* ya estaba listo para partir de Estrelláurea y miraba a su alrededor con curiosidad. Sombrío comprobó por enésima vez que el uniforme y *Veneno*, su espada, estuvieran a punto y subió la escalera para recibir las últimas órdenes de Aldebarán, que dirigía las operaciones de carga.

El general le señaló los ocho caballos, alineados en fila de dos en dos, en los que

iban a viajar. Estaban enjaezados con elegancia y sus crines doradas resplandecían a la luz de las antorchas.

—Cuatro jinetes escogidos, con uniforme de gala, abrirán la comitiva. Luego irás tú, junto al embajador Cepheus, y detrás de vosotros cabalgarán los dos dignatarios nombrados por el rey para tomar parte en la ceremonia. Seguirán los sirvientes que atenderán a la comitiva durante el viaje, unos a pie y otros en el carro que lleva los regalos del rey. Cerrarán el desfile los guardias reales. Debería de ser un viaje tranquilo.

Pero no partieron enseguida. Los rayos del sol ya calentaban cuando la comitiva empezó a formarse. Llegaron Régulus y Spica, que ocuparon el lugar que les fue indicado, por desgracia, bastante lejos de Sombrío. Luego se unieron al grupo unos cuantos sirvientes, un sastre, dos cocineros y el embajador Cepheus. Por último, llegaron un grupo de músicos reales y dos narradores de corte.

Poco a poco, todos ocuparon su sitio y, mientras el sol se levantaba y el aire se caldeaba, el embajador dio por fin la orden de partir.

Los guardias, a la cabeza de la comitiva, hicieron sonar sus cuernos y alzaron la bandera con la gran estrella del reino. Todos dieron el primer paso manteniendo la distancia justa.

Sombrío le hizo un gesto a *Colamocha*, que alzó el vuelo con un elegante batir de alas.

La comitiva atravesó los jardines de la corte real para que el soberano, desde el gran balcón, pudiese despedirla y luego prosiguió por las calles más amplias de Estrelláurea a paso calmado y ordenado.

BAJO LAS ESTRELLAS

SPICA marchaba más o menos en mitad de la comitiva, junto a Régulus. Al poco rato, empezaron a aburrirse. Avanzaban despacio, bajo un sol cada vez más alto en el cielo limpiísimo. Cada tanto, los habitantes de las inmediaciones se reunían en corrillos a los lados del camino para admirar a los que iban a rendirle homenaje a una reina lejana.

—¡Diantres —masculló Régulus después de bostezar—, a este paso llegaremos a Ciudad Gris dentro de dos meses!

—Por suerte, dentro de poco encontraremos árboles a los lados del camino, si no, ¡terminaremos por derretirnos al sol como gelatina! —bromeó ella.

—¿No habéis viajado nunca con el embajador Cepheus? —les preguntó el sastre a su espalda. Tenía la cara redonda y la estrella de su frente brillaba con una luz mate y verdosa.

Los dos chicos negaron con la cabeza.

—No, es la primera vez —respondió Spica.

—Bueno, según él, las comitivas se rigen por determinadas normas, entre ellas, la de avanzar con una calma y una compostura dignas y, aunque estuviésemos en medio de un desierto, nunca permitiría que esas normas se infringieran —rezongó—. La última vez que viajé con él, hacía tanto frío que se me helaron todos los hilos... Y ahora, apuesto a que este calor hará fundirse las agujas y los dedales.

—¿Por qué os preocupa Cepheus? —Se entrometió un cocinero, mirando a *Colamocha*, que volaba por encima de ellos—. Pensad más bien en el dragón... ¿Qué ocurrirá en el caso que se ponga nervioso?



—No debes preocuparte, su caballero viaja con nosotros —lo tranquilizó el otro cocinero—. ¿Y vosotros quiénes sois? —les preguntó a Spica y Régulus.

Los dos chicos se presentaron y pronto todos los reconocieron como los héroes que, junto con Sombrío, habían derrotado a Brujaxe.

Les llovieron las preguntas sobre su peligroso viaje y también sobre la nueva reina de los bosques, puesto que la conocían bien. Después, antes de que el sol se pusiera, les llegó la orden de detenerse y montar los pabellones de acampada. Había pasado un día y todavía estaban en el Reino de las Estrellas. ¡Ni siquiera habían cruzado la Puerta de Jade!

Cuando el sol se puso en el horizonte, las tiendas de rayas rojas y doradas ya estaban dispuestas. El embajador desapareció dentro de la mayor de ellas mientras los cocineros preparaban la cena y los guardias organizaban una especie de vigilancia nocturna que servía, más que nada, para alejar a los curiosos.

Cayó la noche y los músicos empezaron a cantar las gestas de héroes y caballeros.

—¡Veremos qué hacen cuando vean que Ciudad Gris no es como Estrelláurea! —observó Régulus, que se había sentado en un viejo tronco para comer.

—Eso, ¿cómo es ahora? La última vez que la vi estaba sumida en tal caos a causa del asedio... —comentó Spica, distraída, mientras buscaba a Sombrío con los ojos al no verlo por ninguna parte.

—Desde luego, no tan suntuosa como la corte de nuestro rey. Por supuesto, tiene un aspecto solemne, toda gris e imponente en medio de los bosques, pero parece más una fortaleza que un palacio real. Y se nota que estuvo ocupada largo tiempo por los hombres lobo y los caballeros sin corazón... Pero incluso cuando era más bonita y rica, nunca fue como Estrelláurea; las salas son grandes pero sencillas y, más que cuadros y tapices, hay bajorrelieves y tallas de madera —dijo Régulus con un suspiro—. Nuestra gente, en cambio, está acostumbrada a grandes riquezas, cortinajes de seda, colores vivos, bordados de oro y piedras preciosas.

—Bueno, hay muchas clases de belleza —observó Spica.

Un golpe sordo y fuerte, no muy lejano, les dio a entender que *Colamocha* había aterrizado bastante cerca de la comitiva.

Poco después, Sombrío apareció a espaldas de Spica y su hermano y se sentó junto a ellos.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó Régulus haciéndole sitio.

—He estado con *Colamocha*.

Los chicos siguieron charlando un rato más y luego se retiraron a su tienda y durmieron profundamente.

Al día siguiente, el viaje prosiguió con tranquilidad y la comitiva atravesó la Puerta de Jade; los elfos a pie y, tras ellos, volando, *Colamocha*, que se arrojó con un viraje elegante al gran abanico de resplandores verdes.

Poco más tarde, gracias a la antigua magia de las hadas, todos se encontraban en el Reino de los Bosques. Así que Sombrío volvió a ver el reino donde había nacido, donde su padre se había refugiado después de que la isla de los Caballeros fuera petrificada y donde había conocido a Acacia, la madre de Sombrío.

La atmósfera había cambiado desde que él y Régulus lo vieron por primera vez. El bosque era ahora luminoso y estaba lleno de sonidos alegres, el aire era fresco y el sol se filtraba por entre las hojas como una telaraña de luz.

Ardillas, mirlos, arrendajos e incluso erizos y jóvenes zorros los observaban, curiosos, desde detrás de los árboles, pero mientras avanzaban hacia Ciudad Gris por el camino, ahora limpio de zarzas, no se encontraron con nadie. Los elfos estrellados, rodeados solamente por la tupida vegetación, se preguntaban qué habría sido de los habitantes de aquel lugar, tan distinto de su reino. Aquel día de viaje transcurrió de prisa y, durante buena parte de la velada, Sombrío pudo apartarse con Régulus y Spica para hablar con sus amigos como antaño, bajo las estrellas.

Al caer la noche del tercer día ya estaban cerca de Ciudad Gris, de la cual, a lo lejos, se veía la parte alta de la torre. Parecía que de ésta provinieran señales luminosas. Cepheus iba a dar la orden de detenerse y disponer el campamento cuando, en los márgenes del sendero, empezaron a encenderse centenares de fanales. En sólo unos instantes, mientras el crepúsculo daba paso a la noche, el bosque fue iluminado por mil luces doradas que indicaban el camino.



—Casi hemos llegado, embajador. Yo aconsejaría no detenernos ahora —sugirió Sombrío.

Aunque perplejo, Cepheus consintió en continuar. Poco menos de media hora más tarde, el bosque terminó de improviso y Ciudad Gris apareció con toda su magnificencia contra el fondo negro de la noche. Antorchas y más antorchas la iluminaban como en una fiesta bajo las estrellas y estandartes verdes pendían de las almenas y las ventanas de las torres más altas. La orgullosa ciudad de los elfos forestales, resplandeciente como una joya, recibía a la comitiva de elfos estrellados y gritos de asombro y ojos admirados saludaban su aparición. Al sonido de los cuernos, los forestales honraron a los recién llegados sembrando de hojas frescas su camino, como era costumbre en aquel reino.

Conforme avanzaban, Sombrío iba quedándose atónito, pues la gente gritaba su nombre y agitaba las manos para saludarlo. Reconoció a muchas personas y se esforzó por contener su emoción. No estaban contentos sólo por la llegada de un desconocido embajador o de la elegante comitiva de extranjeros, ¡estaban felices también por su regreso!

CONVERSACIONES DIFÍCILES

OBINIA bajó de un brinco los últimos peldaños y por fin pudo abrazar emocionada a sus amigos. Antes de nada, había querido honrar a los representantes de la corte de Estrelláurea, Brecius había insistido mucho al respecto. Sólo después de cumplir con la parte fastidiosa de sus deberes, había quedado libre para correr hasta las personas realmente importantes para ella: Régulus, Spica y Sombrío.

Siguiendo indicaciones de Robinia, sus habitaciones estaban cerca de la terraza almenada preparada para *Colamocha*, con un gran pilón de agua para que bebiera a su antojo. *Fósforo*, tan orgulloso de sus alas que las usaba incluso cuando no era necesario, había acompañado a su amigo dragón hasta allí volando y se había posado junto a su enorme cabeza, en los escalones, donde había estado a punto de perder el equilibrio.

—¡Ah, qué ganas tenía de volver a veros! —exclamó Robinia.

—¡Nosotros también! —dijo Spica—. ¡Estás guapísima! Nunca habría imaginado que vendría aquí para asistir a tu coronación, ¡después de todo lo que me dijiste!

—¡Por favor, no me lo recuerdes! —replicó la elfa forestal—. ¡Es terrible, pero todo es verdad! Todavía no me lo creo...



—¡Venga, no digas eso! Lo estás haciendo muy bien, Robinia. La ciudad es magnífica, ¡tendrías que haber oído las exclamaciones de la comitiva! —Trató de hacerle un cumplido Régulus.

—Sí, no se esperaban una acogida así, ni tal espectáculo —añadió Sombrío—. ¡La ciudad no parece siquiera la misma que en los días del asedio!

—Oh, bueno... Yo no he hecho nada, ¿sabéis? Y ése es precisamente el problema —suspiró Robinia—. Yo no puedo hacer nada. Solamente puedo dar mi aprobación, pero me veo obligada a permanecer aquí, en palacio, dejando que me peinen, que me tomen medidas para mil vestidos, decidiendo qué platos tiene que preparar el cocinero para el banquete o eligiendo terciopelos para el tapizado de las sillas. Y luego, por si fuera poco, tengo que aprenderme de memoria todo el ceremonial. Da dos pasos hasta la escalinata, saluda a los invitados con una leve inclinación, avanza despacio hasta el trono con dos filas de servidores a la espalda... ¡Demonios, ya sabéis cuánto odio estas cosas! —desahogó su tensión.

—Pero no puede ser tan horrible. —La animó Spica con una sonrisa.

—Oh, sí que lo es. El otro día intenté salir para dar un paseo por el bosque con *Fósforo*. Bueno, pues ni siquiera logré llegar allí. La gente me paraba para felicitarme, para saludarme... Si Brecius no hubiese intervenido, ¡habría estado allí un siglo, estrechando manos y repartiendo abrazos!

—Ésta gente te quiere mucho, deberías estar contenta. —Trató de alegrarla Spica.

—Y te aseguro que no en todos los reinos quieren tanto a sus princesas —añadió Sombrío.

—¡Pues yo, en cambio, quisiera ser una persona cualquiera! Me gustaría pasear

y... ¡hasta comer con las manos!

—No te quejes —replicó Régulus, nervioso—. Tú luchaste para devolver la libertad a este lugar y a todo el Reino de la Fantasía, y ahora, con justicia, el pueblo de los elfos forestales te quiere como reina. ¡Eso significa que, te guste o no, tienes responsabilidades para con tu pueblo!

Ella frunció el ceño y refunfuñó:

—¡Si has vuelto sólo para regañarme, entonces no hacía falta que volvieras!

—Sé que te digo cosas que no te gustan, pero tienes que resignarte, ¡no se deja de ser princesa al acostarse por la noche, es un cargo a tiempo completo!

Tampoco Sombrío puede rechazar las misiones imprevistas...



¿Crees que eres la única con problemas? Y además, ¡acabamos de llegar, estamos cansados y tú no haces más que quejarte! Podrías haberles preguntado algo a tus amigos, a los que no ves desde hace casi un año, ¿no crees? ¡Algo sobre ellos! Pero ¡no! ¡Eres tú y sólo tú! ¡Como siempre! Y no sé por qué te digo estas cosas, total, ¿qué importancia tiene lo que yo diga? —exclamó el chico de un tirón—. ¡Está bien, no te diré nada más! ¡Ven a buscarme cuando hayas recuperado la razón!

Y se metió en el castillo dando un portazo.

Colamocha resopló interrogativamente y *Fósforo* gruñó algo mientras escondía la cabeza detrás de una de sus alas plumadas.

En el silencio repentino que siguió, Spica murmuró incrédula:

—Pero ¿qué le pasa?

Robinia soltó un profundo suspiro y golpeó el suelo con el pie.

—¡Cielos, lo siento! Quizá ha exagerado, pero Régulus tiene razón. Soy insoportable —musitó.

—Sólo estás nerviosa por la coronación —la tranquilizó Sombrío.

—Es normal, todos esperan mucho de ti —añadió Spica.

Robinia miró a sus amigos y asintió, aunque no se sentía mucho mejor.

—Sí, puede que sea por eso... Pero estaréis cansados. Os dejo descansar y mañana, si me lo permitís, empezaremos de cero. ¡Y quiero que me lo contéis todo!

Sombrío y Spica la abrazaron, se despidieron de ella dándole las buenas noches y se fueron cada uno a su habitación.

Robinia se quedó inmóvil unos instantes en medio de la terraza almenada; luego, sintiéndose más triste que en toda su vida, se arrastró cansinamente hasta su suntuosa habitación para intentar dormir.



Acostumbrado al ritmo de vida de los guardias reales, al alba del día siguiente Sombrío ya estaba despierto. Bajó al amplio espacio reservado a *Colamocha* para comprobar que su amigo estaba bien y tenía todo lo necesario. El dragón dormía aún, así que se sentó al borde del pilón y miró el cielo que se reflejaba en él. «Aquí estoy, de nuevo en Ciudad Gris», pensó.

No en la Ciudad Gris que había visto cuando estaba en manos de los hombres lobo, sino en la que debía de haber sido en tiempos de sus padres. Quizá, muchos años antes, su padre había pasado por aquel mismo lugar. Y, quién sabe, tal vez hubiera pisado aquellas mismas piedras... Desde luego, había mirado el mismo cielo desde el interior de aquellas sólidas murallas.

Corazón Tenaz, enviado por Floridiana en persona tras la invasión de la isla de los Caballeros, había llegado a Ciudad Gris para defender a los elfos forestales con Fulminante, su dragón, como única compañía. Probablemente había sido bien recibido desde el principio, los elfos forestales eran gente esquiva pero acogedora. Debía de haberse sentido como en casa. Allí había conocido a su madre y se habían casado. A la muerte del rey, le habían pedido que se ocupara del joven príncipe, el hermano mayor de Robinia, como guardia real. Seguro que lo protegió de todo peligro hasta que... el joven príncipe traicionó a su gente y los entregó a las garras de las brujas.

Quién sabía cómo y cuándo, pero tal vez un día Sombrío escuchara esa historia contada por la voz de su padre.

Suspiró.

Lentamente, se sacó de debajo del uniforme el anillo de luz que llevaba colgado al cuello y lo miró como si esperara oírlo hablar o verlo brillar... Como si esperara que lo llamara a la acción de un momento a otro.

Resultaba extraño que aquel simple aro de metal, en las manos de Brujaxe hubiese podido liberar un poder tan malvado como para convertir en roca todo lo viviente, pueblos, animales, bosques enteros. Resultaba extraño que no pudiese ser utilizado para devolver a la vida lo que había sido petrificado. Pero la brujería era mucho más compleja de lo que parecía. El corazón de su padre late aún bajo la corteza de roca, le había dicho la reina de las hadas y Sombrío no conseguía apartar esas palabras de su cabeza. Se preguntaba si ser convertido en piedra era como caer en un largo letargo sin sueños ni conciencia o si también se sentía dolor...

Floridiana le había dicho que sólo él, cuando llegara el momento, podría encontrar el modo de deshacer el maleficio de Brujaxe.

También él, como Robinia, se sentía aplastado por la responsabilidad; sin embargo, a diferencia de su amiga, no deseaba más que cumplir con ella y quitarse ese peso del corazón.

—*Sombrío* —lo llamó una voz tranquila, dulce y clara en su cabeza y a la luz del sol el anillo centelleó, pero un gruñido de *Colamocha* lo distrajo de sus pensamientos.



—Ah, ¿ya te has despertado, amigo mío? ¡Buenos días!

El dragón abrió su enorme boca en un bostezo. Sombrío vio luego a Spica asomada a la ventana, saludándolo. Poco después, la chica llegó hasta él y se sentó a su lado mientras *Colamocha* se estiraba y levantaba la cabeza para mirar por encima de la muralla de la ciudad, disfrutando de la primera luz del sol.

Spica vio el anillo de luz pendiendo del cordón que Sombrío llevaba al cuello, junto al medallón que Corazón Tenaz le había regalado antes de partir para el castillo de Brujaxe. Sombrío miró a la chica y le pareció un poco adormilada.

—¿Has dormido bien?

—¡Muy bien! —respondió ella, sonriente—. Al menos hasta que ha venido Robinia...

Sombrío alzó las cejas.

—¿Robinia?

—Sí, me ha pedido que la ayude a huir de aquí, creo que tenía en mente servirse de *Colamocha*. Pero le he explicado que no era posible. Y que no habría sido justo.

—¡Caray, Régulus no exageraba nada al hacer esos comentarios! Está realmente asustada —murmuró Sombrío preocupado—. ¿Y dónde está ahora?

—Sigue en mi habitación. Se ha pasado la noche llorando a lágrima viva y se acaba de dormir; quería dejarla descansar un poco, lo necesita. Escucha —añadió—, sé que te va a parecer absurdo, pero... creo que el mayor problema es precisamente mi hermano.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ya sabes cómo es. La quiere mucho y, por eso mismo, le dice cómo

están las cosas, pero creo que lo que ahora necesita Robinia es sobre todo que la tranquilicen..., en fin, saber que él no la dejará sola. Ella no tiene miedo a convertirse en reina, pero teme que eso pueda alejarla de las personas que quiere.

—Pero tampoco es nada fácil para Régulus —observó él.

—Ya lo sé, por eso creo que deberían hablar un poco a solas, sin que los interrumpan a cada rato los sastres para tomar medidas de los vestidos.

Sombrío asintió. Ya imaginaba lo que Spica iba a pedirle.

—Entonces, ¿qué quieres que haga?

—¿Podrías hablar con Régulus y convencerlo, con algún pretexto, para que pase por esta terraza dentro de cuatro horas? Yo me las ingeniaré para traer también a Robinia, así podremos dejarlos solos. Nadie los buscará aquí, donde está *Colamocha*, por lo menos no enseguida, y quizá así se aclaren... ¿Qué te parece?

—No lo sé. Quizá debiéramos dejarlos en paz, simplemente. Creo que tienen que averiguar ellos solos qué pueden hacer —contestó.

Pero la mirada de Spica era tan expectante mientras aguardaba la respuesta que al final se rindió.

—Está bien, lo intentaré.



Justo después del inevitable informe a Cepheus, Sombrío se vio libre de los compromisos protocolarios y fue a buscar a Régulus. Le dijeron que, casi seguro, lo encontraría en la cámara oculta de la biblioteca y, tras recibir apresuradas indicaciones, se vio recorriendo a solas los amplios pasillos decorados con espléndidos tableros tallados, que conducían a la biblioteca de la corte.

La estancia era un lugar enorme, al que daban varias galerías superpuestas, sostenidas por columnas parecidas a árboles, y tenía las paredes colmadas de estanterías. Por desgracia, éstas estaban casi vacías, las habían saqueado los hombres lobo y las brujas. Sólo en algunas, al nivel del suelo, habían sido colocados libros de nuevo y, aquí y allá, entre las mesas, había esparcidas varias cajas con escudos de reinos lejanos.

Sombrío avanzó por la sala y echó un vistazo por las grandes ventanas, que dejaban entrar generosamente la luz del sol, luego oyó unos ruidos extraños y miró hacia arriba.

Los ruidos cesaron.

—¿Hay alguien? —preguntó—. ¿Régulus?

Su voz se perdió como el polvo, flotando en la enorme sala de ecos extraños.

—¡Ay...! —profirió una voz desde arriba y, a continuación, se oyó un ruido de desmoronamiento.

Sombrío vio que, de una puerta en el primer piso, apenas visible desde el lugar

donde se encontraba, salía una nube de polvo y se lanzó rápidamente a la escalera.

—¿Régulus?

—¡Socorro! —gimió la voz de su amigo al otro lado del umbral.

Sombrío saltó hacia adelante, alarmado, con la mano sobre su fiel espada *Veneno* y se encontró con una situación divertida: Régulus había sido arrollado y sepultado por un pequeño alud de libros.



—¡Ah, menos mal que estás aquí! ¡Dame la mano, rápido! —dijo, tosiendo a causa del polvo.

A su pesar, Sombrío se echó a reír.

—¡Ahora ya sé por qué dicen que la cultura es pesada!

—Vaya, ¿desde cuándo te has vuelto tan chistoso? —farfulló Régulus entre una tos y otra.

—Y tú, ¿desde cuándo te has vuelto tan torpe? —replicó Sombrío, agachándose para apartar los libros.

—¿Torpe yo? ¿Es que has olvidado cuando luché a tu lado en el Reino de las Brujas? —protestó su amigo, ofendido, mientras se ponía en pie y se sacudía la ropa. Levantó tanto polvo que ambos terminaron tosiendo.

—Vale, pero me gustaría saber por qué te escondes aquí y prefieres acabar sepultado por los libros en vez de ir

a hablar con Robinia.

—Ah, ya entiendo. Es uno de los complots de mi hermana, ¿verdad?

Sombrío no contestó y Régulus se cruzó de brazos con expresión dura.

—No. Esta vez no, lo siento. En esta ocasión deberá ser ella la que venga a buscarme —refunfuñó—. De todos modos, no me estoy escondiendo en absoluto, Robinia sabe perfectamente que, si quiere, puede encontrarme aquí. Si no viene, significa que no quiere hablar conmigo. Lo acepto. Después de todo, yo sigo trabajando para ella: ordeno su biblioteca, hago inventario de todas las cajas de libros que le llegan como regalo de los otros reinos y los coloco, y lo mismo hago con los volúmenes que escondieron en esta sala secreta cuando los hombres lobo invadieron el reino.

Sombrío prefirió no insistir y miró a su alrededor. Era una sala pequeña y estrecha, pero muy alta y bella.

—¿Es aquí donde encontraste los libros que le llevaste a nuestro rey?

—Sí. —Régulus pareció relajarse mientras empezaba a amontonar volúmenes en una pila inestable—. Y fue muy inteligente esconderlos aquí. Además de los libros que hablan de árboles, hay muchos que narran antiguas leyendas del reino o que tratan de magia. Algunos cuentan la historia de la ciudad y la llegada de los elfos forestales. Otros están escritos en una lengua antigua, ni siquiera sé de qué tratan, pero me da la impresión de que habrían podido ser peligrosos en las manos equivocadas. También están los Anales de los Reyes de los Bosques, que son una

especie de crónica de Ciudad Gris durante el reinado de los distintos soberanos. Estoy intentando poner todo en orden, pero es bastante complicado.

—¿Quieres que te eche una mano? —le propuso Sombrío.

—¿Por qué no? Si no tienes otra cosa que hacer, coge éstos —respondió Régulus, alzando una pila de libros y soltándosela en los brazos.

Sombrío se dirigió abajo, vigilando dónde ponía los pies desde detrás de los libros, que apestaban a moho y polvo. Logró bajar los peldaños y, cuando llegó al final de la escalera, depositó la pila sobre una larga mesa de piedra.

Régulus llegó detrás de él con otro voluminoso montón y lo dejó sobre la mesa de al lado.

—¿Ves? La caja roja y azul es de los elfos de pantano, la blanca y verde de los elfos de pradera y aquélla con el escudo de los leones rampantes es de los elfos de las islas Salvajes. La han mandado con dos grifos —explicó con una sonrisa.

—A este ritmo, ¡vas a tardar poquísimo tiempo en llenar de nuevo todas estas estanterías!

—Sí, eso mismo creo yo —asintió Régulus.

Volvieron juntos al cuartito escondido y siguieron transportando libros durante más de una hora, charlando como en los viejos tiempos. Sombrío sabía muy bien cómo era su amigo: no era posible hablar con él de ciertas cosas si no le apetecía.

Luego, de repente, Régulus volvió por su cuenta a hablar de Robinia. Por fin.

—¡Total, es inútil discutir! —soltó, como si reflexionara en voz alta—. ¡Prefiere irse a pasear con el príncipe Adolphus, o como demonios se llame, y a mí dejarme enmohecer aquí, entre libros!

Sombrío alzó las cejas.

—¿Qué príncipe?

—Adolphus, Adolphinus o algo así —farfulló Régulus—. De las Tierras de los Elfos de Río. Un tipo de pelo verde agua, todo encajes, reverencias y maneras ampulosas. Ha venido para asistir a la coronación, obviamente.

Sombrío frunció el ceño.

—¿Te refieres a Delphinus?

Por fin empezaba a comprender el fondo del problema de Régulus. O, al menos, de una parte del problema.

—Sí, bueno, ése... ¿Sabes quién es?

—Lo he visto una vez. Pero es el príncipe de los elfos de lago, no de río.

—Da igual, es agua de todas formas. Escurridiza y blandengue, como él —rezongó Régulus en voz más baja.

Sombrío trató de reprimir una sonrisa mientras acarreaba más libros.

—Ajá, ya entiendo. Estás celoso.

—¡¿Qué?! ¿De quién?

—De Robinia, naturalmente.

Régulus tropezó y cayó sentado sobre los últimos peldaños, y a duras penas pudo

mantener en equilibrio la pila de libros.

—¿Qué?! ¡No digas tonterías! ¿Por qué iba a estarlo? —respondió secamente.

—En efecto, ¡no tienes motivos! Conociendo a Robinia, quizá el príncipe Tebaldo o el joven rey Brinario, de los elfos de los hielos, podrían gustarle, pero Delphinus desde luego no. Es tan afectado y cursi...

Régulus le lanzó una mirada recelosa.

—¿Y quiénes son esos Tebaldo y Brinario?

—¿Qué más te da, si no estás celoso? —Quiso picarlo Sombrío para que su apreciado amigo pusiera todas las cartas boca arriba.

Régulus hinchó el pecho tratando de contenerse, pero no lo consiguió.

—Vale, estoy celoso. ¡Estoy terriblemente celoso! ¡Ya está! Pero ¡te aseguro que no lo estaría si Robinia se tomara la molestia de pasar por aquí de vez en cuando y encontrara un poco de tiempo también para mí, no solamente para todos esos fantoches elegantes y presumidos! —confesó, poniéndose de pie con un gemido.

—Estoy seguro de que ella también prescindiría de todos esos encuentros con futuros reyes y reinas, pero se lo impone la etiqueta, por el bien de los reinos. Es más, probablemente recibirá también proposiciones de matrimonio y...

—¿Proposiciones de matrimonio?! —aulló Régulus—. ¿De personas que ni siquiera conoce?

—Así es como funciona, por lo que sé, en las cortes de otros reinos.

—Sí. Era de suponer. No sé qué hago enfadándome... —Se rindió enseguida.

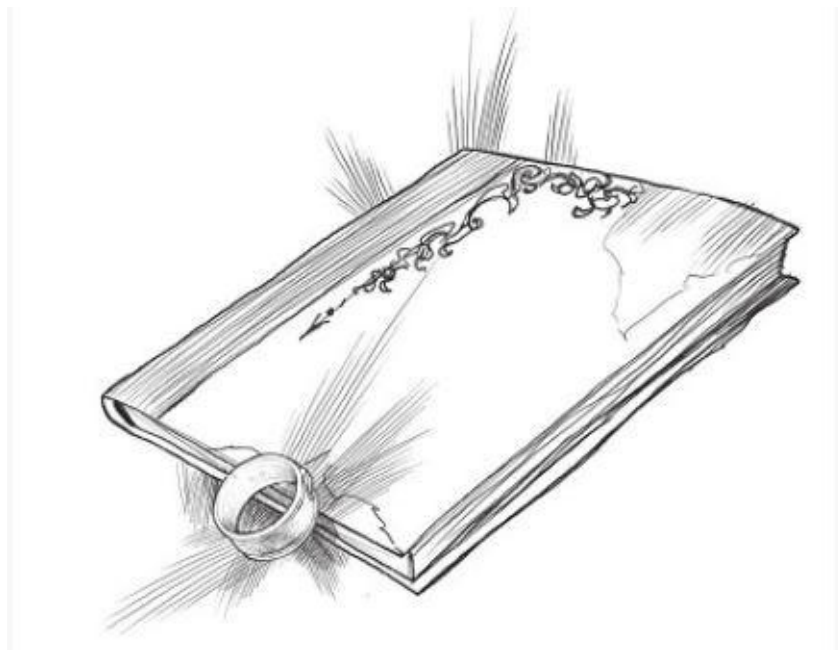
Era tan extraño que Régulus se diera por vencido que Sombrío frunció el ceño; su amigo necesitaba una buena sacudida. Dejó los libros antes de replicarle y, al volverse, el cordón del que colgaban el medallón y el anillo de luz se enganchó en el lomo de un libro, se rompió y los dos colgantes se soltaron. Consiguió atrapar al vuelo el medallón, pero el anillo rodó por la mesa tintineando y luego fue de una pila de libros a otra.

—¡Eh, cuidado! —gritó Régulus.

Sombrío siguió con los ojos el anillo, que rodó una y otra vez hasta posarse sobre un librito polvoriento. Un cuaderno.

—¿Por qué no lo llevas en el dedo? Evitarías que se te perdiera —le sugirió Régulus, levantándose para colocar en su sitio unos cuantos libros y también para evitar pensar.

—No quiero que los demás lo vean. Después de todo, desencadenó una tremenda guerra... Ahora prefiero que no se sepa que lo tengo yo. Sólo vosotros lo sabéis —respondió Sombrío recuperando el anillo.



Le pareció más pesado y brilló de manera extraña. Se le escapó de la mano, cayó, rebotó y... se detuvo sobre el mismo cuaderno.

El joven arrugó la frente. Era como si el anillo quisiera decirle algo.

—¡Sombrío!

Una voz lo llamaba, pero no parecía la de Régulus. Alzó los ojos, pero no había entrado nadie.

—¡Sombrío! —repitió de nuevo la voz, ahora más lejana y huidiza.

El chico sacudió la cabeza.

—¿Qué hay en estos libros? —le preguntó a su amigo con un extraño presentimiento.

—¿En éstos? Son los Anales de los Reyes de que te hablaba.

—¿Estaban en el cuarto secreto?

—Sí. Antes de que la sede real fuera tomada por los hombres lobo, tu padre advirtió a Ulmus y ella puso sobre aviso al bibliotecario de entonces, que escondió algunos entre los volúmenes más valiosos e importantes, en la cámara secreta. Evidentemente, lo consiguió, al menos en parte, así que éstos se salvaron.

—¿Y qué fue del bibliotecario? —quiso saber Sombrío.

—Los siervos de las brujas lo mataron aquí, en la biblioteca, cuando trató de impedirles que se apoderaran de los demás... Gracias a él, estos libros siguen aquí. Pero ahora que el asedio ha terminado, ¡hay que reordenarlos tal como estaban en otro tiempo! —le explicó—. Pero ¿por qué te interesan tanto los Anales?

—¿Te importa que me lleve prestados dos volúmenes? Spica me ha pedido que le lleve algo de leer y yo también necesito alguna lectura —dijo casi sin pensar.

Nunca le mentía a Régulus y se preguntó por qué razón sus labios habían inventado una excusa así. Carraspeó confuso.

—Bueno, si os cuesta quedaros dormidos, éstos son perfectos, son de un aburrimiento mortal —respondió Régulus—. Pero llévatelos si crees que os pueden

gustar.

—Está bien, yo cogeré éste —dijo Sombrío. Se agachó rápidamente para recoger el librito sobre el que había caído el anillo. En la cubierta, bajo la joya, se había formado un círculo de hielo. Se estremeció, el anillo de luz estaba helado.

—Pero quizá tengas razón —prosiguió—. Para Spica podrías elegir tú algo más adecuado... Tú sabes lo que hay aquí, ¿no? Es más, se está haciendo tarde y tengo que ir a ver al embajador, casi se me olvida. ¿Podrías llevarle un libro a tu hermana a la hora de la comida? Ha dicho que me esperaría en la terraza de *Colamocha*, pero no creo que me dé tiempo a verla.

Su amigo lo miró suspicaz.

—¡Está bien, yo se lo llevaré, no te preocupes! —dijo finalmente, suspirando.

Sombrío le dio las gracias y, a paso rápido, salió de la biblioteca y se perdió en los recovecos del palacio real. Los espléndidos tableros tallados de las paredes de los pasillos no atrajeron esta vez su mirada, otros pensamientos llenaban su cabeza. Había logrado hacer lo que Spica le había pedido, pero no era en eso sobre lo que reflexionaba. Sus pensamientos y su preocupación atañían a la extraña voz que le parecía haber oído. Y luego estaba, además, aquella extraña sensación helada que había percibido al coger el anillo de luz y... el cuaderno que llevaba en la mano.

PICO PLATEADO



OMBRÍO corrió a buscar a *Colamocha*, lo ensilló y dijo que se lo llevaba a que desentumeciera las alas. Spica no estaba, probablemente se ocupaba aún de Robinia, y sólo *Fósforo* y Brecius los saludaron mientras alzaban el vuelo.

Dejó sueltas las riendas al dragón, que se dirigió a las montañas. En cuanto vio el Pico Plateado elevarse desde el Lago de Fuego, le pidió a *Colamocha* que disminuyera la velocidad y se posara en la cumbre. Luego, bajó de la silla y se sentó en las rocas blancas con el dragón a su lado.

Era increíble como en pocos minutos había llegado a la cima, mientras que, la primera vez que había estado allí, había invertido días y afrontado innumerables peligros para alcanzarla.

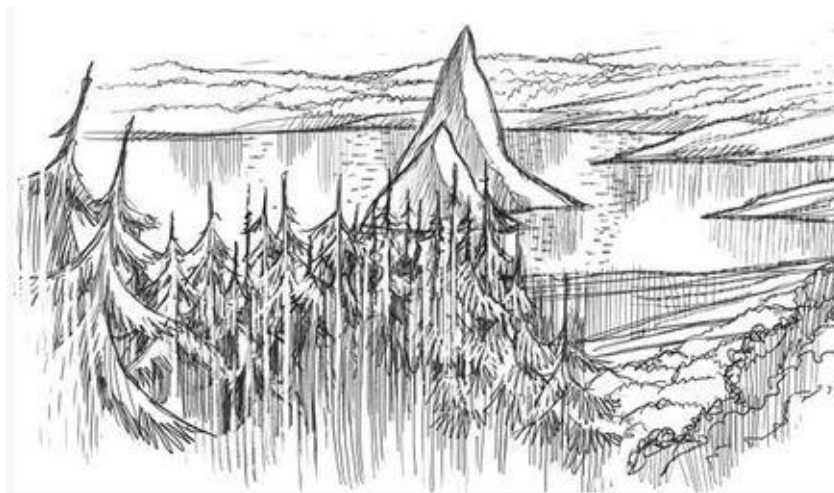
Del manantial del río Hada había vuelto a brotar agua y una espléndida cascada se despeñaba por las rocas para terminar cayendo en el lago.

Sólo entonces, en aquel lugar solitario, terrible y precioso, con el Reino de los Bosques ante él y las montañas rodeándolo con su espectáculo majestuoso, el chico abrió la mano en que había tenido apretado el anillo de luz. Tenía la palma congelada. Tampoco en el libro había desaparecido el círculo de hielo.

—*Sombrío* —volvió a llamarlo la voz en su mente.

Él se estremeció y se puso de pie; miró a su alrededor, pero no vio a nadie.

Fue hasta el borde de la roca, que formaba un precipicio sobre el lago, y gritó «¡Saltarina!», con la esperanza de que le respondiera el hada que había conocido en aquellos lugares, pero nadie, salvo alguna que otra golondrina, respondió a su llamada.



A su espalda, *Colamocha* gruñó alarmado y pasó el morro bajo la mano cerrada del chico con una luz inquisitiva en los ojos.

El rostro de Sombrío se había endurecido en una expresión tensa, de obstinación. Después, por fin, se volvió hacia el dragón y le sonrió mientras lo acariciaba despacio.

—Estoy bien, no te preocupes —le dijo—, o al menos eso creo.

Lentamente, fue a sentarse a la sombra de un árbol, volvió a colgarse del cuello el anillo de luz y abrió el cuaderno.



Spica entreabrió la puerta de su habitación y se deslizó fuera con movimientos de conspiradora, luego le hizo señas a Robinia de que la siguiera por la escalera y saliera a la terraza almenada. *Colamocha* no estaba y todo parecía tranquilo. Las piedras, bañadas por el sol, emanaban una tibieza dorada y en el pilón relucía el agua, apenas encrespada por una leve brisa.

—Bueno —dijo Spica—, aquí nadie nos molestará... Ya verás, podrás estar un rato en paz.

—Tengo que ver a la soberana del Reino de los Robles Rojos. Supongo que se molestará si llego tarde —murmuro Robinia.

Pero estaba pálida, cansada y triste, y Spica pensó que la reina podría esperar un poco aquella tarde y tal vez así vería a una princesa del Reino de los Bosques de mejor humor. Así que tranquilizó a su amiga: le había pedido a la joven Magnolia que dijera que la princesa no se encontraba demasiado bien y que la cita se aplazaba hasta última hora de la tarde. Robinia suspiró y se sentó pesadamente en las piedras cercanas al pilón.

—¡Voy a buscar unos cojines! —exclamó Spica.

No había ni rastro de Sombrío, por no hablar de Régulus, pero ella cruzó los dedos esperando que llegaran pronto. Entró en una pequeña sala circular para

invitados y estaba cerrando la puerta cuando vio a su hermano salir de otra sala y dirigirse a la terraza. El chico iba silbando y sostenía cuatro voluminosos libros en los brazos. Se detuvo de golpe, nada más ver a Robinia sentada cerca del pilón.

Spica dio un paso atrás para alejarse de la puerta y se ocultó en las sombras de la estancia para que no la viera.

—¿Régulus? —murmuró Robinia—. ¿Cómo has sabido que estaba aquí? —añadió levantándose, con los ojos llenos de esperanza.

—Ah, hola. En realidad, buscaba a mi hermana. Sombrío me ha pedido que le traiga unos libros para leer y... No quería molestarte —concluyó envarado.

—Entiendo. Spica está por aquí, ha ido a buscar unos cojines —dijo ella en voz baja, agachando la cabeza.

Spica se agazapó aún más. Confiaba en que su hermano aprovechara la ocasión para estar un rato con Robinia. Precisamente, en ese instante oyó a Régulus acercarse a la ventana y dejar los libros en el antepecho.

—¡Spica! —La llamó.

Ella permaneció escondida y no contestó.

—No sé dónde se ha metido, pero aquí no está, eso es seguro —le dijo a Robinia—. ¿Puedes decirle que he pasado por aquí y que estos libros son para ella?

—Claro —respondió la elfa forestal. Luego añadió—: Oye, Régulus, ¿tienes algo que hacer ahora, aparte de los libros, me refiero?

—¿Y tú? Creía que tenías muchísimos compromisos, como de costumbre —replicó él un tanto airado.

—Se han retrasado. No puedo más. Esta vida no es para mí. ¿No te apetece hacerme compañía?

—¿Yo? ¿Estás segura, princesa? —bufó el joven—. No quisiera aburrirte. ¿No hay entre tus invitados alguien más interesante? Como ese Delphinus... ¿O es que también te has olvidado ya de él?

Robinia se quedó pasmada.

—¡Régulus! —exclamó.

Spica se dio cuenta de que había alivio en su voz.



—¡Oh, Régulus, ni me lo imaginaba! ¿Estás... celoso?

Spica vio que la sombra de su hermano se ponía rígida.

—Bueno, habéis pasado horas y horas paseando juntos, como noviecitos —le reprochó él—. ¡En los pasillos de palacio corren rumores de una futura boda! Robinia soltó una risita.

—¿Con Delphinus? ¿Con ese aburrido fanfarrón? No hace más que hablar de sí mismo... ¡Oh, Régulus! ¡Si es por eso, no tienes ningún motivo para estar celoso!

Spica notó que a sus labios asomaba una sonrisa. Ya estaba. No quería oír más. Había llegado el momento de dejarlos solos. Retrocedió despacio, abrió la puerta que comunicaba con el palacio y se fue. ¡Su pequeña conspiración había tenido éxito!



Por alguna razón, nada más ver aquel pequeño cuaderno, Sombrío había pensado que era algo muy valioso. Un don traído por una mano invisible, que podía conducirlo por el camino idóneo.

—¡Cómo me gustaría que Stellarius estuviera aquí conmigo! ¡Él comprende mis dudas casi antes que yo! —murmuró, dirigiéndose al dragón.

Colamocha resopló amigablemente, como si dijera que allí estaba él ahora y

Sombrío se rió.

—O bien mi padre... ¿Por qué no me dijo quién era? Cuando nos conocimos, habría podido contarme la verdad en vez de fingir que era un simple cazador de dragones...

Colamocha le dio un golpecito en el hombro con el morro y Sombrío suspiró.

Sostuvo el cuaderno entre sus manos aún un momento y luego lo abrió. Estaba escrito a mano, con una caligrafía ordenada y muy legible.

Pasó aquellas páginas repletas de palabras a la inversa, desde la última a la primera. Cuando llegó al principio, encontró unas líneas garabateadas con prisa en el reverso de la tapa.

Honorable amigo,

Seas quien seas, si tienes este cuaderno entre las manos es que yo he fracasado. Y significa, también, que todavía hay una esperanza: ¡el Reino de los Bosques está cayendo, pero resurgirá, igual que la isla de los Caballeros! ¡Que la luz de las hadas ilumine tu camino!

Un símbolo, una C con un triángulo dentro, remataba esas pocas palabras como una especie de firma al pie de una carta. Sombrío contuvo una exclamación. ¡Era el mismo símbolo que estaba grabado en la empuñadura de *Veneno*, la espada que antes de llegar a sus manos había pertenecido a su padre, Corazón Tenaz!

Con un nudo en la garganta y las manos temblándole, Sombrío fue volviendo las páginas y mirando largo rato las letras ordenadas que llenaban aquellas hojas. ¿Habían sido escritas por su padre? ¿Era posible? ¿Y por qué había sentido la necesidad de escribirlas? ¿Era aquello, quizá, lo que el anillo de luz había querido decirle? ¿Por eso había caído precisamente sobre aquel cuaderno? Pensándolo bien, le parecía imposible; ¿cómo podía haber terminado el pequeño libro allí, en la cámara secreta? Quizá lo había escondido su padre antes de la invasión de los hombres lobo. Sí, era la única explicación. Probablemente, en aquel cuaderno estaba anotada información importante y había procurado que no terminara en las garras de los servidores de las brujas.

Sombrío lo había encontrado gracias a una ayuda mágica... Recordó la voz que había oído pronunciar su nombre y se preguntó de quién sería. El anillo que colgaba de su cuello poseía una poderosa magia y, de algún modo, lo había guiado hasta allí, hasta aquel cuaderno... No podía haber sido una casualidad.

En el silencio absoluto de Pico Plateado, Sombrío tomó aire y empezó a leer. Durante muchas, muchas horas, el dragón permaneció en silencio, sin protestar, como si entendiera la importancia de las palabras que pasaban rápidamente ante los ojos de su jinete mientras éste, en aquellos renglones regulares, empezaba a conocer a su padre y también su historia, desde la huida de la isla de los Caballeros hasta la llegada al Reino de los Bosques.



Primer día de verano, año del Haya en Flor

Estoy atrapado aquí, en el Reino de los Bosques. Floridiana me ha dado órdenes que comprendo, pero con las que no estoy de acuerdo. Esta gente necesita que la defiendan de la oscuridad de las brujas, es cierto, pero yo tendría que estar en otra parte... Las noticias del exterior que tengo son pocas y me cuesta mantener tranquilo a Fulminante. Después de lo que ha visto y vivido durante la huida de la isla, no se lo reprocho. Ambos nos sentimos derrotados y abandonados. Me gustaría saber cómo pudo Brujaxa llegar hasta la isla de los Caballeros, protegido el lugar como estaba.

Me pregunto si, volviendo atrás en vez de huir siguiendo las órdenes de mi maestro, habría podido hacer algo... Tal vez no. Es probable que hubiera muerto inútilmente. Pero por más que me repita que no habría podido hacer nada, el recuerdo de la isla de los Caballeros reducida a aquel estado no me da cuartel. Elfos, dragones, gnomos, enanos, adiestradores y guerreros..., todos convertidos en piedra, del primero al último. Un hechizo de Brujaxa imposible de prever. ¡Hasta ahora no se había atrevido a tanto! Y es todavía un misterio de dónde sacó la fuerza.

Mediados del verano, año del Haya en Flor

Saltarina, una de las hadas de Floridiana, me ha prometido tenerme informado, pero por ahora solamente me llegan noticias de la caída de más reinos. De más muertos. De más persecuciones contra las que no puedo hacer nada. Confío en que otros caballeros, que estaban lejos de la

*isla, se salvaran y pronto podamos juntarnos para lanzar una
contraofensiva contra las brujas.*

Equinoccio de otoño, año del Haya en Flor

*Hoy Saltarina me ha dado algunas noticias: ¡las brujas están buscando
algo en la isla, observadores del mar dicen que se llevan baúles de libros!
¿Qué hay tan valioso en nuestra gran biblioteca? ¿Qué planea hacer
Brujaxe?*

*Espero que la piedra esté custodiando el secreto de los caballeros. No me
atrevo a imaginar lo que ocurriría si los dragones azules pasaran a estar
al servicio de Brujaxe...*

Décimo día de otoño, año del Haya en Flor

*Preparo a los elfos forestales para lo peor, pero ellos se sienten seguros y
no logro convencer a su viejo rey para que abra los ojos ante la amenaza
real de las brujas. ¡Fulminante, Saltarina y yo somos los únicos que
vigilamos las fronteras del reino!*

Fiesta del Arce Rojo, año del Haya en Flor

*Pasan los meses y la sensación de estar atrapado entre árboles y tierra
me aplasta... Una joven elfa forestal me ha sorprendido en un momento
de rabia y le he replicado de forma descortés, le he dicho que se fuera. Ni
siquiera sé cómo se llama. Solamente me había dicho algo muy sabio, que
confíe en Floridiana... Pero no tiene idea de lo difícil que es permanecer
esperando mientras la gente muere. ¿Para qué me sirve mi
entrenamiento?*

Le pediré disculpas.

Primer día de invierno, año del Haya en Flor

*He visto a Saltarina en Pico Plateado. Por fin más noticias; pero ninguna
buena, al contrario, nuestras esperanzas disminuyen a cada instante que
pasa. Han hecho prisioneros a más caballeros y han matado a sus
dragones. Además, el mar alrededor de la isla parece haberse vuelto
maligno. No sé qué significan estas palabras, no me ha revelado nada
más. Es obra de las brujas, eso es seguro... Sólo ha dicho que espere aún.
Cada día me pesa como un bloque de granito.*

Tercer día de primavera, año de la Luz Naciente

Se llama Acacia y tiene una sonrisa espléndida. Me ha perdonado enseguida y parece la única que se interesa de verdad por lo que ocurre fuera de sus bosques. Le he contado lo poco que sé.

Mediados de la primavera, año de la Luz Naciente

Puede que hablar con alguien me venga bien, o puede que sea la sonrisa de Acacia, pero el caso es que mi ánimo parece aliviado y la espera no se me hace tan penosa. He vuelto a sonreír. Ya no echo tanto de menos mi isla, ya no me despierto con el sonido en los oídos de las olas rompiendo en la cueva al subir la marea. De todos modos, siento cada vez más la responsabilidad por esta gente, ¡y no hay noche en que no reviva como una pesadilla la huida de la isla!

Septuagésimo día de primavera, año de la Luz Naciente

Más noticias. Terribles. Puede que la pequeña serenidad de los últimos días tuviera que esfumarse así, no sé. Ahora me siento culpable también por esas sonrisas arrancadas a la tristeza. El Escudo de los Caballeros, símbolo de la misión de defensa de los inocentes y fundamento de la Orden de los Caballeros de la Rosa, está roto. No sé cómo lo ha sabido Floridiana. ¿Un rumor llevado por las nubes y los vientos? O tal vez, simplemente, gracias a su vista de hada. E igual que ella, yo también he comprendido ahora por qué cayó la isla. Ahora sé. Y no acierto siquiera a escribirlo en esta página... Puede que siempre lo haya sabido, pero la sola idea me hacía demasiado daño. Sólo una cosa podía romper el escudo sobre el cual, durante siglos, juraron los caballeros... ¡La traición!

Vigésimo primer día de otoño, año de la Luz Naciente

La lluvia sigue repiqueteando en las hojas. No veo a Acacia desde hace meses. No quiero verla, no puedo arriesgarme a que este reino caiga por una distracción mía. Los caballeros de la rosa ya cometimos un error. Una única pregunta me atormenta: ¿quién?, ¿por qué, qué era lo que valía tanto como para traicionar?
¡Si de verdad alguno de los caballeros cometió traición, lo descubriré!

Vigésimo sexto día de otoño, año de la Luz Naciente

Si el escudo se rompió, puede recomponerse, eso me ha dicho Saltarina esta mañana. Todavía hay esperanza, pues. Floridiana sabe qué hacer, pero dice que los trozos se han perdido y que ella no puede recuperarlos, ni siquiera con su magia. ¿Perdido? ¿Cómo puede ser? ¿Quién puede haberlos robado, las brujas? ¿Y por qué razón? No creo que a ellas les importe mucho la isla, ahora que ya no temen ninguna amenaza por ese frente.

Décimo día de invierno, año de la Luz Naciente

Tal vez, si reuniera suficientes tropas, podría llegar a la isla, derrotar a los guardianes que con seguridad las brujas habrán emplazado en la Ciudadela de los Caballeros y recomponer el escudo... Pero si el traidor destruyó los pedazos, entonces todo será en vano. No sé qué hacer...

Mediados del invierno, año de la Luz Naciente

Acacia ha subido a mi refugio para hablar conmigo. Es una chica llena de coraje y la única que consigue aliviar mi tristeza. Me ayuda en mis planes para el rescate de la isla. Si no estuviésemos en guerra, le pediría que se casara conmigo. Si la situación no fuera la que es, podríamos ir a vivir a la isla y... Pero es inútil divagar con los «si» y los «entonces».

Quinto día de primavera, año de las Bellotas de Oro

Unos elfos han llegado hasta aquí huyendo del Reino de las Montañas de Esmeralda. Algunos de ellos dicen que han visto a un caballero montado en un dragón, guiando a las tropas de orcos. Otros dicen que los suyos lo llamaban Altomar. ¿Es posible que fuera él el traidor? Nuestro general supremo... ¿Habrá sido él quien nos ha condenado a todos a un horrible fin?

Acacia dice que el poder corroe el alma de las personas. Creo que en la corte esté ocurriendo algo parecido. Brecius ha querido hablar conmigo. Las noticias traídas por los elfos esmeraldinos también le preocupan a él.

Fiesta de las Prímulas, año de las Bellotas de Oro

Con ayuda de Brecius y los guardias, por fin he podido intensificar los controles y me siento más tranquilo. Fulminante y yo nos hemos trasladado a las inmediaciones de la frontera. Tal vez sea el momento de que yo también reanude mi vida. No veo a Saltarina desde hace mucho

tiempo.

Vigésimo octavo día de primavera, año de las Bellotas de Oro
Veo a Acacia con frecuencia, es la única a quien le he hablado de la
traición, de mis sospechas sobre el general Altomar. Extrañamente,
todavía no se ha cansado de escuchar mis temores y apoyarme. Sigue
repitiéndome que cree en el futuro y en Floridiana.



Décimo día de verano, año de las Bellotas de Oro
He llevado a Acacia a volar por encima de la ciudad y, desde allá arriba,
ha elegido el lugar donde iremos a vivir un día. Las brujas están lejos y,
como me dijo ayer Acacia, no pueden detener el mundo. Nos vamos a
casar.

Mediados de la primavera, año del Musgo Gris

Hoy es el día más hermoso y el más triste de mi vida. He tenido un hijo, pero mi Acacia ha muerto al dar a luz. Le he prometido que lo protegería y lo amaría, y lo haré. El niño se le parece mucho, tiene su pelo y sus ojos.

Quería darle un nombre que perteneciera a mi pueblo, así que la he complacido; Audaz. Mi hijo.

Día de las Nieves Perennes, año del Musgo Gris

Brecius me ha informado de extraños sucesos en la corte. Teme una conspiración para matar al jovencísimo rey Pyraster y me ha pedido que me convierta en su guardián personal. Me he negado, Audaz me tiene muy ocupado.

Décimo quinto día de primavera, año del Rocío Fresco

Cada día que pasa, Audaz me hace sentir más orgulloso. Ahora que habla y juega, me doy cuenta de que no sólo es el vivo retrato de su madre, sino que también ha heredado lo mejor de mí.

Fiesta de las Prímulas, año del Rocío Fresco

También Ulmus ha venido para hablar conmigo del rey. Mira a tu hijo, me ha dicho, y piensa en él. Si este reino cae junto con su rey, también el niño correrá temibles peligros. Por supuesto, tiene razón. Mañana mismo me trasladaré a Ciudad Gris, dejaré a Audaz al cargo de una aya cuando no pueda ocuparme de él e instruiré y protegeré al rey Pyraster.

Cuadragésimo día de otoño, año de la Estrella Amarilla

La situación es peor de lo que creía. Algo se mueve en Ciudad Gris y no acierto a comprender qué. ¡Salvaré a Pyraster de las brujas!

¡Cuánto me gustaría recibir un consejo de mi Acacia! Nada parece tener sentido... Esta noche, después de años, he vuelto a pensar en el escudo roto... Tal vez porque he sorprendido a Cactus colocando libros en una cámara de la biblioteca que nunca había visto. Con una sonrisa, me ha pedido que guardara el secreto, cosa que haré, evidentemente. Ese rincón, sin embargo, me ha recordado la Cripta de la Historia, la cavidad oculta en el Salón de los Caballeros a la que el viejo elfo de mar, Cetorhinus, me condujo una vez cuando, aún muchacho, me había mostrado demasiado temerario en alta mar. En otro tiempo era tradicional ir allí para

descubrir la historia del nacimiento de la isla. La isla había nacido del mar y, si el mar quería, se la tragaría de nuevo. Porque el mar no tiene piedad con quien lo ofende, me dijo Cetorhinus, y hay que tenerle respeto. También me contó que, desde hacía siglos, se había perdido la costumbre de visitar la Cripta de la Historia y que sólo unos pocos, siguiendo las antiguas tradiciones y la memoria de su pueblo, se encerraban allí a meditar. Un sueño, anoche, sacó a relucir todos estos recuerdos y me pregunté: ¿y si alguno de los caballeros ha sobrevivido? ¿Si conocía ese escondite y ocultó en él los fragmentos del Escudo de los Caballeros? Después de todo, cada uno de los pueblos que servían a Floridiana tenía acceso a la cripta por medio de un mecanismo especial para abrir el pasadizo. De hecho, impresionado por la quietud de aquel lugar sepultado en el corazón de la isla, en la Ciudadela de los Caballeros, yo había vuelto otras veces, entrando, no obstante, con la llave de los elfos negros, mientras que con Cetorhinus había seguido otro camino, el de los elfos de mar. Es posible que Altomar, o quien nos traicionara, no supiera nada, o tal vez me equivoque, quién sabe... Pero tarde o temprano, esté o no de acuerdo Floridiana, tendré que intentarlo, tendré que buscar en la isla la manera de recomponer el escudo. ¡Por mí y por mi hijo! Y, para hacerlo, buscaré allá abajo, en la Cripta de la Historia. Quizá así Floridiana podrá devolver la vida a la isla.

Octogésimo día de invierno, año de la Estrella Amarilla

Anoche oí extrañas voces provenientes de la habitación de Pyraster. Es extraño, insólito, a esa hora debería haber estado durmiendo.

Mediados de la primavera, año de las Bayas de Acebo

¡Estúpidos! Creímos que el peligro era externo, buscábamos amenazas fuera de nuestras murallas, pero ¡no! ¡Pyraster! Pyraster era el enemigo y tal vez sea demasiado tarde para detenerlo, pero tengo que intentarlo. Antes, sin embargo, cumpliré mi promesa, ¡salvaré el único destello de luz en mi vida, aunque tenga que sacrificarme a mí mismo! Fulminante pondré a salvo a Audaz. ¡Mi hijo vivirá!

Cuando Sombrío levantó los ojos de aquellas apretadas líneas negras, el sol se estaba poniendo. Pero todavía le quedaba una página por leer.

Le dejaré este cuaderno a Cactus para que lo esconda entre los libros más valiosos. Quizá Audaz, antes o después, lo encuentre, o puede que

algún otro. Podría ser útil, hay algunas pistas para salvar el reino y a los caballeros, ¡o lo que fueron los caballeros en otro tiempo! Si no yo, alguien las utilizará. ¡Allí donde la luna resplandece en el día del nacimiento de la isla, allí donde Floridiana vigilaba, sublime e invencible, quizá esté la única respuesta!

Las últimas palabras resonaban con fuerza en la cabeza del joven. Se puso en pie con expresión seria y *Colamocha* gimió, preocupado una vez más, estudiando el comportamiento de su caballero.

Había muchas cosas escritas en aquel pequeño cuaderno. Y si él ya había reconstruido algunas durante sus aventuras precedentes, había muchas otras que no había sabido hasta entonces. Algunas lo habían desasosegado y su corazón había empezado a latir con más fuerza. Otras habían hecho que frunciera el ceño y la estrella de su frente brillara como nunca antes.

El dragón se daba cuenta. Sabía que Sombrío había decidido qué hacer. Leía la determinación en sus ojos: era el momento de partir. Captó que un estremecimiento de impaciencia y ansiedad recorría el cuerpo de su jinete, como la electricidad en las nubes antes de una tormenta. Con un rugido amistoso, apoyó el morro en el hombro del chico.

El sol se había ocultado ya y, aunque era verano y la oscuridad descendía más despacio, se estaba haciendo tarde. Sombrío se volvió y sonrió al dragón.

—Sí, tienes razón, es mejor volver o nuestros amigos se preocuparán.

Colamocha, con un gruñido de alegría, dejó que subiera a su lomo y luego emprendió el vuelo arrojándose desde el pico.

EL SUEÑO ENCANTADO

 QUÉLLA misma noche, mientras esperaban que se sirviera el postre, sentados a una mesa elegantemente puesta, Spica le contó complacida a Sombrío lo que había pasado entre Régulus y Robinia; aunque no habría sido necesario, estaba claro que las cosas entre los dos marchaban mucho mejor.

La velada había sido agradable, aunque los cuatro amigos no estuvieran sentados cerca: la princesa Robinia, rodeada por sus nobles huéspedes y los músicos, se las había arreglado para que el bibliotecario de la corte se sentara a su mesa y estaba resplandeciente con su vestido verde oscuro y el pelo recogido con horquillas de plata, mientras sonreía a los invitados como si fuera lo que siempre había deseado hacer. Régulus, por su parte, entretenía a los huéspedes haciendo gala de ser un brillante conversador y se atracaba de una manera mucho más moderada que de costumbre. De vez en cuando, ambos cruzaban alegres miradas.

—Y tú, ¿dónde has estado todo el día? —le preguntó luego Spica a Sombrío—. Te he buscado, pero Brecius me ha dicho que habías sacado a *Colamocha*.

—Así es. Hemos estado en Pico Plateado y me he puesto a leer un libro que había cogido en la biblioteca. ¡Se me ha hecho de noche sin darme cuenta! —exclamó él. Con cierto asombro, se percató de que había vuelto a callarse lo del cuaderno, aunque esta vez no hubiera dicho una verdadera mentira, sino sólo una verdad a medias.

Spica le sonrió.

—¡Si es un libro tan bueno, entonces yo también quiero leerlo!

Afortunadamente, antes de que Sombrío se sintiera obligado a decir más, sirvieron un postre de color rosa pálido adornado con fresas del bosque y Robinia le pidió a Spica que contara una de sus historias.

La joven estrellada, con el rostro encarnado de vergüenza, se puso en pie e inició su relato.

—Esta noche quiero contarles a Vuestras Majestades cómo las tierras de los elfos se hicieron tan variadas y las historias de los reinos se distinguieron unas de otras. En el principio de los tiempos del Reino de la Fantasía, cuando los elfos vivían en paz y alegría bajo una única bandera, más allá de las Montañas Azules vivía un joven elfo decidido a descubrir lo grande que era el mundo y deseoso de aventuras...

Mientras Spica contaba, los huéspedes escuchaban cautivados. Cuando terminó su historia, otros narradores tomaron el relevo y cantaron las gestas que llevaron a la fundación del Reino de las Estrellas y del de los Bosques.

Así fue pasando la velada y, cuando los invitados de la princesa Robinia, satisfechos y un poco adormilados, se despidieron y se dirigieron a sus habitaciones, la luna estaba en lo alto del cielo. El caliente viento veraniego traía a la ciudad dormida los ruidos y murmullos del bosque vecino.

Cuando Sombrío y Spica se dieron las buenas noches, ninguno de los dos imaginaba lo que estaba a punto de ocurrir y que todo, al cabo de pocas horas, habría cambiado. Ambos, cansados por la jornada, apoyaron la cabeza en la almohada y cayeron en un profundo sueño.



—Sombrío...

En la quietud de la noche, el joven elfo oyó otra vez aquella extraña voz que lo llamaba por su nombre. Era como un susurro que transmitieran las paredes, el cielo, el agua del pilón, el viento... Una voz procedente de no se sabía dónde, quizá de su memoria.

—¿Quién está ahí? —preguntó él, sentándose en la mullida cama.

A su alrededor, todo era extraño y algodónoso, como si estuviese soñando.

—¿Quién me llama? —volvió a preguntar.

—¿De verdad no sabes quién soy, Sombrío? —dijo la voz.

El joven elfo frunció el ceño y de repente tuvo la impresión de que comprendía.

—¿Floridiana? Pero ¿cómo es posible? —Se maravilló—. ¿Dónde estás?

La estrella de su frente se iluminó con una luz dorada y, de pronto, la figura esbelta y elegante de Floridiana, la hermosa reina de las hadas, apareció ante él en aquella habitación oscura y alejada de todo.

—No temas, mi joven y valeroso caballero. Esto es un sueño, estés durmiendo..., pero el tuyo es un sueño mágico. Un sueño encantado que recordarás al despertarte, un sueño que sólo puedo inducir en aquellos que poseen un anillo de luz. Saltarina ha oído tu voz hoy, me ha dicho que el anillo te ha hecho llegar mi llamada. Y por ti solo has comprendido, Audaz Sombrío, ¿o no es así? Sí, por fin ha llegado tu momento y, como el destino ha querido, ha llegado solamente cuando era oportuno. Has encontrado las notas de tu padre, donde él quiso que se ocultaran al enemigo, donde hasta ahora estaban custodiadas por las piedras de Ciudad Gris. Desde hace tiempo, tu corazón estaba listo para dar este paso, pero no tu mente ni tu cuerpo. Necesitabas descansar, instruirte y comprender muchas cosas sobre ti y sobre quienes están a tu lado antes de que yo pudiese mandarte a completar tu misión. Era preciso que vieses muchos reinos y aprendieras de tus experiencias. Ahora has experimentado en

persona la vida de los guardias reales en el Reino de las Estrellas, sabes lo que significa obedecer órdenes, pensar en los demás antes que en ti mismo; eres consciente de la responsabilidad que conlleva ocuparse de un poderoso dragón alado y sabes lo que son los honores y los deberes. Has aprendido de tus amigos lo que significa aceptar el peso de un reino sobre los hombros; de tu padre, lo que hace falta sacrificar a veces por lo que se considera justo. Pero también para los caballeros y su isla tenía que transcurrir este tiempo, porque las heridas necesitan tiempo para cicatrizar... Yo no puedo recomponer el juramento incumplido, Audaz Sombrío, no lo olvides. La petrificación de todo ser vivo de la isla está ligada al Escudo de los Caballeros, roto por la traición. Son los caballeros los que deben recobrar su orgullo. No puedo hacer nada contra su desconfianza y su desilusión, nada.



—Por lo tanto, ¿por fin ha llegado el momento de actuar? ¿Para eso me llamabas?

—Sí, te he llamado porque la isla está exhausta, no puede resistir más tiempo ella sola. El mar es voraz... La isla de los Caballeros está en peligro, Audaz Sombrío, y con ella todas las criaturas que la crueldad de Brujaxe petrificó en aquella tierra; los caballeros, por supuesto, pero también sus asistentes, las plantas y los animales. No puedo decirte más que esto: ¡apresúrate a partir! El destino de la isla y sus habitantes está en tus manos. Tú, que no dudaste en sacrificarte por los demás, ahora deberás aprender a decidir por ti mismo y volar con tus propias alas. ¡Porque tu felicidad no puede venir de los demás, sino de ti y tu corazón! Los amigos podrán alegrarse por ti, pero nunca podrán decirte cómo encontrar tu felicidad, ni cuál es tu lugar en el mundo, habrás de descubrirlo con tu solo esfuerzo. Y si encuentras la manera de ser tú mismo, de cultivar tu valía y tu coraje, y sacarlos a la luz para que te iluminen, entonces muchos otros vivirán felices junto a ti. Como cuando se planta una semilla y un nuevo árbol germina y crece bajo el sol límpido y la lluvia fragorosa: no es su

intención ofrecer refugio a los pájaros o proteger a un caminante del sol abrasador, ni proporcionar alimento a un hambriento, pero eso es lo que hace con su ramaje y sus frutos... O como cuando nace una estrella allá arriba en el cielo negro y resplandece para sí sin saber que a otros infunde esperanza con su luz. Para ti ha llegado el momento de germinar como un árbol y brillar como una estrella, joven Audaz. De convertirte en aquello para lo que naciste. Estas palabras son la única ayuda que puedo darte. Sigue el rastro que dejó tu padre, te guiará a través de los secretos de la isla. Él sabía muchas cosas...

—Sí, pero no sé lo que tengo que hacer. Y si mi padre no lo logró... —murmuró Sombrío.

La imagen de luz en el aire de la habitación fluctuó con una sonrisa débil y triste. Floridiana lo miró largamente a los ojos y dijo:

—Hay cosas difíciles de comprender, mi valeroso caballero. Tu padre no habría podido vencer a Brujaxe, no entonces. Tú sí. Su espada no era ésa, renovada y más fuerte, en que luego se convirtió en tus manos. Pero llevó a cabo el cometido que el destino le tenía reservado: debía conocer la historia de la isla y la de la traición, debía saber lo que había ocurrido para escribirlo en ese cuaderno... Él no lo sabía entonces, pero estaba dejando un rastro fundamental. Para ti. Para su amado hijo. Y para el futuro del Reino de la Fantasía. Nadie más habría podido hacerlo. Y nadie, aparte de él, con sus palabras, te podrá ayudar cuando estés en la isla. Tú eres el último caballero, Audaz Sombrío; a ti y sólo a ti te corresponde la tarea de reinstaurar la Orden de los Caballeros de la Rosa. A ti te corresponde hacer renacer lo que fue convertido en piedra. Pero no seré fácil, en la isla de los Caballeros la maldad de las brujas flota aún, fuerte y tenebrosa, y a ella se unió el azote de la traición. Recuerda: el escudo de piedra sobre el cual se fundó la isla y sobre el cual durante generaciones los caballeros juraron lealtad los habría protegido, tomando su fuerza del anillo de luz, si aquel que lo custodiaba no se hubiese doblegado a la ambición e incumplido su propio juramento. La isla habría derrotado a las brujas antes incluso de que éstas llegaran allí, pero Altomar le entregó el anillo a Brujaxe y el escudo se rompió. Y ahora, sólo un nuevo caballero de la rosa, de corazón valiente, capaz de superar las pruebas del destino, puede recomponerlo. Sólo entonces la isla, hija del mar y del ánimo fuerte de un caballero, renacerá a una nueva vida.

—Entonces, no me queda sino partir... —murmuró Sombrío.

Los ojos de Floridiana brillaron, sonrientes y llenos de confianza.

—Sí. ¡No dudes! Y recuerda: sólo un caballero podrá guiar a otro caballero en la isla petrificada y entre sus secretos mejor escondidos. Pero parte esta misma noche, inmediatamente, porque veo espesas nubes agolparse en el horizonte, listas para oscurecer nuestro mundo. Buena suerte, pues, ¡y que las estrellas brillen siempre sobre ti!

Con un destello, su figura desapareció.

—¡Espera! —dijo Sombrío alargando la mano. Pero se vio arrancado de ese

sueño y se despertó en su habitación, iluminada solamente por la débil luz de las estrellas que entraba por la ventana. Se pasó la mano por la cara, desorientado. El anillo que pendía de su cuello estaba helado y en el medallón de su padre había hielo incrustado.

—¡Sí, por fin ha llegado el momento! —murmuró—. Tengo que partir... y partiré. ¡Ésta misma noche!





PARTE SEGUNDA

· ~ ·

LA AVENTURA CONTINÚA

NOS VAMOS LOS DOS SOLOS...



OMBRÍO tardó un rato en encontrar las cocinas y, cuando por fin lo consiguió, tuvo que saltar por encima de *Fósforo*, que dormía plácidamente delante de la puerta de la gran estancia.

De las llamas sosegadas del hogar emanaba una tenue luz rojiza, mientras que un viejo candil posado sobre la mesa arrancaba reflejos plateados a platos y pucheros.

Se acercó lo más silenciosamente que pudo a la despensa, cogió pan, un poco de fruta y queso, lo metió todo en unas alforjas y, con cuidado siempre de no hacer ruido, se llevó también uno de los pequeños odres colgados junto a la chimenea. No sabía cuánto tiempo duraría su expedición a la isla de los Caballeros, así que tenía que proveerse.

Volvió a la terraza con *Colamocha* y, mientras sujetaba las alforjas y la ballesta a la silla de montar, se dio cuenta de que sabía muy poco sobre el viaje que iba a emprender. Para estar seguro de que no se perdería, fue a la biblioteca y buscó detenidamente un mapa de los reinos. Con paciencia, pudo encontrar en los estantes un voluminoso atlas del Reino de la Fantasía y, en silencio, se puso a estudiar los mapas.

Spica estaba soñando y daba vueltas en la cama. La estrella de su frente emitía una luz temblorosa. Estaba teniendo un sueño que la angustiaba... Era por la mañana y oía borbotear lentamente el agua del pilón de la terraza de *Colamocha*. Pero borbotaba de una manera rara, como si la llamase. Entonces ella se levantaba e iba hasta la ventana. Pero he aquí que, desde allí, ya no veía la terraza ni al dragón que tan bien conocía, sino un lugar extraño, lejos de Ciudad Gris, casi ilimitado..., con ella asomada a un balcón en lo alto de una torre cuadrada.

El viento soplaba con fuerza y estridentes gruñidos de dragón atravesaban el cielo. Banderas azules ondeaban en el aire y sobre los tejados de las casas volaban numerosos dragones, de muchísimas especies. De repente, oía un restallido apagado, como el de velas desplegándose al viento. Se volvía y veía a Sombrío volando en *Colamocha*. Su rostro estaba serio y a Spica el corazón le daba un brinco en el pecho. Intentaba gritarle algo, pero la voz no le salía de la garganta y, entre tanto, él se alejaba...

Entonces, ella bajaba de nuevo la vista y se daba cuenta de que todo había desaparecido. De la ciudad donde poco antes bullía la vida no quedaban más que torres semiderruidas, tejados hundidos, banderas quemadas. Y en todas partes reinaba un silencio de muerte.

Aferraba el parapeto del balcón y la piedra se le deshacía entre los dedos. Largas grietas se abrían, resquebrajaban el suelo, corrían bajo sus pies descalzos y...

Con un grito ahogado, Spica se despertó sobresaltada, con los ojos llenos de lágrimas. Saltó de la cama y corrió a asomarse a la ventana con las piernas vacilantes. Vio la terraza almenada, el pilón y la muralla de Ciudad Gris. Sólo había sido un sueño.

Pero había sido un sueño terriblemente real. Casi sin respiración, se secó las lágrimas que le surcaban el rostro y miró de nuevo fuera. Distinguió a enorme figura de *Colamocha* echada y suspiró de alivio.

Pero había algo... Algo no cuadraba. El dragón no dormía. Sacudía las alas, como hacía siempre cuando se preparaba para volar.

Spica bajó a la terraza.

No había nadie. A la luz de las estrellas, el dragón azul se volvió hacia ella y le dirigió una larga y profunda mirada.

Lo que vio la dejó sin habla: *Colamocha* estaba ensillado y alforjas llenas de provisiones colgaban de sus arreos ligeros. Pero, curiosamente, ninguna enseña real adornaba su silla.



Sombrío cerró el cuaderno de su padre y dejó la pluma de oca en la mesa de Régulus. No podía llevarse de la biblioteca grandes volúmenes, así que había dibujado en un pergamino el trayecto hasta la isla de los Caballeros.

Iba a levantarse, absorto en las reflexiones sobre el viaje, cuando un pensamiento lo asaltó. Ahora formaba parte de la Guardia del Rey, no podía abandonar sus obligaciones. Pero no tenía más remedio, Floridiana en persona lo había llamado a la acción. Tomó una hoja y garabateó aprisa unas palabras para el embajador Cepheus. Luego escribió unas líneas para disculparse con Robinia y Régulus, aunque sabía que lo comprenderían. Pero cuando pensó en Spica, sus manos se paralizaron. La pluma goteó y una gran mancha de tinta se extendió por el pergamino. Le habría gustado no tener que despedirse de ella, pero no podía implicarla, significaría ponerla de nuevo en peligro, como había sucedido en el Reino de las Brujas, donde había sido apresada y casi petrificada por su culpa. No podía decirle adiós con una simple nota, debía tener el valor de hablarle en persona.

Con un suspiro, abandonó la biblioteca y se detuvo ante la puerta de la habitación de Spica. Tras vacilar un instante, llamó quedamente.

No respondió nadie.

¡MEJOR LOS TRES!



RAN altas horas de la noche. Spica seguramente estaría durmiendo, así que Sombrío llamó de nuevo. Y de nuevo nadie respondió.

«Tal vez deba ser así», pensó. Tal vez fuera mejor marcharse sin decirle nada. Negó con la cabeza y, mientras volvía a su habitación, decidió que probaría otra vez antes de partir.

Cuando abrió la puerta, una sombra se movió; instintivamente, la mano del elfo fue hasta la empuñadura de su espada, pero el quinqué de la mesilla se encendió y la luz iluminó el hermoso rostro de Spica, con una expresión tan seria y dolida que Sombrío se quedó mudo unos instantes.

—Te habrías ido sin decirme nada, ¿verdad? —Se encaró con él con voz firme, señalando el equipaje que había dejado sobre la cama deshecha.

—Estás aquí... —empezó a decir él.

Pero la chica no le permitió continuar.

—¡No me mientas, por favor! —gritó, con la cara roja de rabia y desilusión—. He visto a *Colamocha* cargado para emprender un viaje, aparejado pero sin ningún emblema... No es un encargo oficial, ¿no es cierto?

Sombrío intentó justificarse.

—En realidad, acabo de llamar a tu puerta, pero...

—Pero ¿qué? —lo interrumpió ella, furibunda—. Creía que a estas alturas me conocías lo bastante como para saber...

—¿Saber qué?

—Que quiero ir contigo... —murmuró Spica bajando los ojos, repentinamente sin voz.

—¿Crees que no lo sé? ¡Quisiera llevarte conmigo, pero no puedo pedirte que arriesgues tu vida! Si te ocurriera algo...

—¿Es que no piensas que para mí es lo mismo? Si a ti te ocurriera algo, yo...

Y, diciendo esas palabras, se arrojó a sus brazos.



Sombrío se quedó quieto unos instantes, confuso, luego la apartó despacio.

—Piénsalo bien. Será una misión muy difícil y estaremos completamente solos. Incluso si consiguiéramos anular el maleficio de Brujaxe, no sé a qué tendremos que enfrentarnos luego...

Las mejillas de Spica se arrebolaron.

—Si ésta es tu manera de pedirme que te acompañe, entonces mi respuesta es sí.

—¿Y tu vida en Estrelláurea, enseñando en el colegio como maestra?

—Oh, encontrarán a otras maestras para los pequeños —lo tranquilizó ella, retrocediendo un paso—. Ése ya no es mi sitio... No puedo dejarte ir solo. No quiero. No me Importa lo que pase después. Me basta con que sepas que siempre podrás contar conmigo.

Sombrío sonrió, con el corazón lleno de júbilo.

—Bueno, entonces necesitas procurarte una cota de malla ligera, guantes y un yelmo para el viaje. No sabemos contra qué tendremos que luchar.

Luego le sonrió, feliz por tenerla con él en aquella aventura.



Me marchó con Sombrío, él me necesita y yo a él.

Sé que sabéis lo que quiero decir y también por qué tenemos que irnos.

Os quiero mucho. Hasta pronto.

Spica terminó de escribir esas pocas líneas para su hermano y Robinia, firmó la nota, la puso bien a la vista sobre su almohada y se recogió el pelo en una larga coleta. Luego salió con un pequeño fardo de equipaje y el arco en bandolera. Llevaba consigo un buen ungüento para las heridas, con la esperanza de no tener que usarlo, y cogió también una larga cuerda en la terraza. «Nunca se sabe», se dijo.

Colamocha la recibió con un gruñido de curiosidad y la chica se sentó en el pilón, cerca de él.

Se sentía feliz como no lo había estado desde hacía meses. Ella y Sombrío se marcharían juntos, solos, al encuentro de un destino difícil, reservado a ellos dos. Él le había pedido que lo acompañara. ¡A ella sola!

Miró su reflejo en el agua y suspiró. Lo que le había dicho a Sombrío era cierto: las Escuelas Reales y la ciudad, con la que de niña había soñado tanto, ya no eran su lugar. Lo sabía, como también sabía que estar con Sombrío la haría sentirse feliz en cualquier sitio. Incluso volver a tener en la mano el arco que le había regalado Floridiana le había producido un extraño escalofrío. Lo único que la preocupaba era aquel sueño. Pero lo apartó de su mente. En el aire fresco de la noche oyó unas pisadas levísimas a su espalda y se volvió.

—Estoy lista —dijo sonriendo. Spica se puso el yelmo dorado que Sombrío le

había buscado y se lo sujetó bajo la barbilla. Él la ayudó a montar en el dragón, ató el gancho de seguridad y montó también.



Spica le pasó los brazos por la cintura y miró una última vez el palacio real y las habitaciones en que deberían haber estado durmiendo.

Sombrío puso la mano en el cuello al dragón.

—Vámonos, amigo mío, pero en silencio.

Colamocha irguió el cuello y, cuando sus alas se desplegaron, Spica sintió que se le cortaba la respiración.

Pero fue solamente un instante. Porque momentos después ya estaban volando por el cielo negro nocturno y, agarrándose fuerte a Sombrío, se volvió para mirar atrás: los bosques murmuraron como si los despidieran y el palacio real se convirtió pronto en un puntito luminoso en el corazón de Ciudad Gris. Otro aleteo y también la ciudad se volvió pequeña, distante. En la garganta se le hizo un nudo de nostalgia, pero entonces sacudió la cabeza y decidió mirar al frente, fascinada, por encima del hombro de Sombrío.

Hacia el este, adonde se dirigían, el cielo empezaba a clarear. Muy pronto, en la corte, todos se percatarían de su ausencia, pero ya no importaba lo que dejaban a su espalda. Una nueva aventura comenzaba.

SOBRE LA CIUDAD



NAS horas más tarde, el aire que antes le acariciaba agradablemente la cara había pasado a ser un molesto soplo de viento cortante y gélido. Sin embargo, se estaba haciendo de día y el cielo se llenaba de luz.

Spica comprendió por qué Sombrío había Insistido tanto en hacer que se pusiera yelmo y guantes. Sentía las manos ateridas y tenía las mejillas entumecidas por el frío.

—¿Todo bien? —le preguntó él. El viento quebró su voz y se llevó inmediatamente sus palabras.

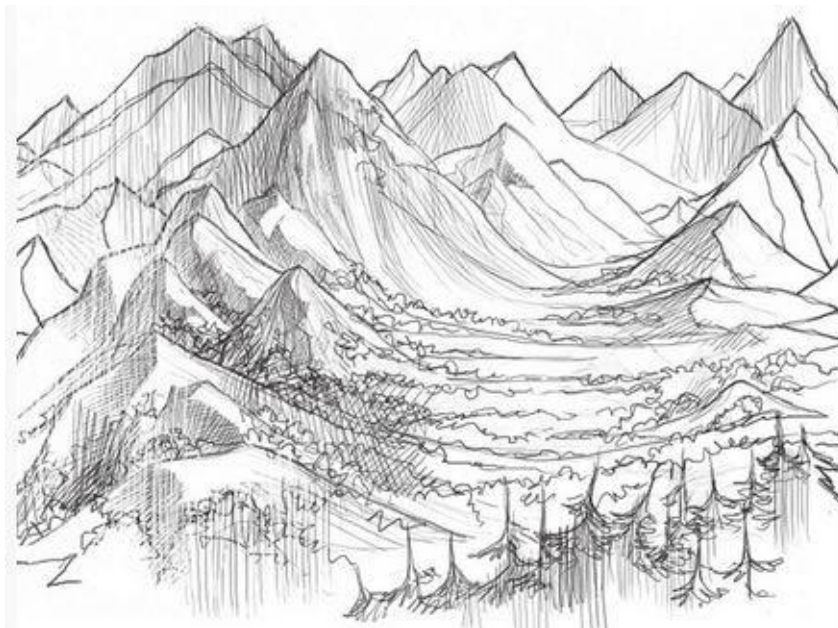
—¡Sí! —contestó ella, aunque ya estaba bastante cansada.

Entraron en una nube particularmente densa. De las alas del dragón saltaron chispas que rebotaron en sus yelmos.

—¿Qué ocurre? —preguntó la elfa estrellada señalando los pequeños dardos.

—*Colamocha* está captando electricidad para sus rayos —explicó Sombrío—. ¡No te preocupes Spica, no es peligroso!

Ella asintió, pero sólo cuando salieron de aquella espesa nube se sintió más tranquila. Sobrevolaron campos y bosques de abetos amarillos que teñían de oro las montañas, pasaron sobre espléndidas colinas y, a lo lejos, más allá de la neblina, vieron aparecer los bordes de un altiplano azul. Todo parecía discurrir veloz bajo ellos.



El sol ya estaba alto cuando, finalmente, Sombrío avistó un claro a los pies de unas montañas y le anunció a Spica que se detendrían unas horas para descansar.

En cuanto *Colamocha* tocó tierra, Sombrío desmontó rápidamente, se quitó el yelmo y sonrió a Spica. La chica tenía la cara enrojecida por el viento y parecía cansadísima.

—Ven, comamos algo —le propuso—. Tendrás hambre.

Ella asintió y trató de mover las piernas para bajar de la silla, pero acabó rodando de manera poco elegante. Se agarró a una pata de *Colamocha*, que se volvió para mirarla con aire de reproche.

Sombrío la oyó protestar.

—No me mires así. Para ti, volar es algo normal, pero yo estoy agotada.

El dragón dio una rápida vuelta por el claro para olfatear posibles peligros, luego se hizo un ovillo al sol, satisfecho. Sombrío, más tranquilo, se sentó al lado de Spica.

—No creía que volar durante horas en un dragón fuese tan... tan... —dudó, no encontraba la palabra justa.

—¿Extenuante? —sugirió Sombrío. Luego sonrió—. Sí, pero no te preocupes, es cuestión de acostumbrarse. Pronto se te pasará el cansancio.

—Hum, ¿tú crees? —dijo ella, poco convencida.

Él asintió. Luego se levantó, fue hasta *Colamocha* y cogió un botecito de una alforja.

—Toma —le dijo, tendiéndole el bote—, es una pomada contra el frío. Untatela en la cara y tumbate al sol, sobre la hierba. Enseguida te sentirás mucho mejor. Mientras, voy a buscar agua a aquella fuente de allí y prepararé algo de comer.

Cuando Sombrío volvió, Spica dormía echada al sol. *Colamocha* la observaba dubitativo.

—No seas tan duro —murmuró el elfo—. Y no te preocupes, se recuperará. ¿Te acuerdas de lo cansado que estaba yo las primeras veces que volamos grandes

distancias?

Colamocha, nada convencido, apoyó su gran morro azul sobre las patas con un gruñido.

Sombrío preparó algo de comer y se sentó cerca de Spica, a la que de vez en cuando dirigía una mirada. Tenía que estar realmente agotada.

Le guardó un poco de pan, carne y una manzana, luego se puso a estudiar atentamente las indicaciones de su padre y el mapa que había copiado esquemáticamente del atlas de Régulus.

—¡Caray!

La voz de Spica Interrumpió de golpe sus pensamientos.

—¿Qué ocurre?

—¡Me he quedado dormida! —murmuró ella con aire alarmado, sentándose en la hierba.

Al verle la cara, adormilada y contrariada a la vez, Sombrío se echó a reír.

—Bueno, estabas agotada. ¿Has descansado?

—Sí, pero... quería estar despierta —dijo Spica tratando de levantarse.

—Ahora que lo estás, ¡harías bien en comer!

Le dio lo que le había guardado, mientras ella se tambaleaba sobre sus piernas inestables.

—En efecto, ¡necesito energías! —reconoció, renunciando a levantarse.

Sombrío la vio comer con apetito y no pudo dejar de apreciar lo guapa que estaba, incluso vestida de guardia real.

Spica se sintió observada y se volvió hacia él, tapándose los labios con la mano para poder hablar con la boca llena.

—Bueno, dime, ¿dónde estamos?

Sombrío le enseñó el pequeño mapa.

—Aquí, estamos aquí, en las Montañas Verdes. Si sobrevolamos el bosque que se extiende pasados esos picos, hacia el noreste, tendríamos que avistar la Ciudad sobre el Agua.

—¿Qué sabes de ese lugar?

—Prácticamente nada —respondió él alzando las cejas—. Nadie la conoce bien. En los alrededores no hay ninguna puerta encantada y nadie se aventura hasta allí desde hace muchísimo tiempo. En la biblioteca no he encontrado más información.

—Pero siendo una ciudad, podremos procurarnos provisiones.

—Sí, lo mismo pienso yo —contestó Sombrío—. Alcanzaremos algún punto protegido por los árboles cerca de la ciudad, por la noche, y dejaremos allí a *Colamocha*; así, si hay habitantes por allí no se asustarán al verlo. Y a la mañana siguiente podremos hacer tranquilamente unas compras en la ciudad.



Spica asintió sin dejar de masticar con ganas.

—Para luego marcharnos a la noche siguiente. Sí, me parece un buen plan.

—Bien, sobrevolando este lago —prosiguió el chico— deberíamos lograr atravesar las Montañas Salvajes. Cruzaremos el desierto y llegaremos al mar. Allí podremos detenernos para conseguir más provisiones en algún pueblecito de pescadores.

—Antes de cruzar el mar, ¿verdad? —dijo Spica, observando las islas indicadas en el mapa. El archipiélago de las Caracolas y la isla de los Caballeros eran poco mayores que puntitos dibujados a toda prisa.

Él asintió.

Mientras bebía un poco de agua, recuperada ya gracias al sueño y la comida, la chica le preguntó:

—¿Cómo es que has decidido partir precisamente la noche antes de la coronación de Robinia? ¿Ha ocurrido algo?

—Sí, he visto a Floridiana.

—¿Has visto a la reina de las hadas? —exclamó Spica, abriendo mucho los ojos.

Él asintió con gravedad.

—Y ayer por la mañana encontré esto —añadió, enseñándole el cuaderno.

Ella lo cogió y lo hojeó. Se paró ante el símbolo que también había impresionado a Sombrío.

—Pero éste es... —susurró estupefacta.

—Sí. Estas páginas fueron escritas por mi padre. Las he encontrado gracias al anillo de luz, en la cámara secreta de la biblioteca, la que Régulus estaba ordenando.

—Ahora lo entiendo —murmuró—. Por eso te alejaste, para leer ¿verdad? Y por eso estabas tan pensativo ayer por la noche, durante el banquete.

Sombrío le contó entonces cómo y cuándo había escrito su padre aquella historia y añadió:

—Y además, por la noche, soñé con Floridiana... Era un sueño que me transmitía a través del anillo, según me explicó. Dijo muchas más cosas, pero sobre todo que había llegado el momento de partir, de partir inmediatamente, porque la isla de los Caballeros estaba en peligro y solo yo podía hacer algo. Luego dijo que las nubes se estaban agolpando en el horizonte y que pronto habría necesidad de los caballeros... Así que me levanté y preparé mis cosas.

Spica asintió mientras hojeaba despacio las últimas páginas del cuaderno, luego lo cerró y se lo devolvió a Sombrío.

—¿Y sabes cuándo lograremos liberar la isla del hechizo malvado de Brujaxe?

Mientras el elfo le hablaba del Escudo de Piedra, que tendrían que recomponer tras encontrar los pedazos perdidos, ella escuchaba con gran atención.

—Ya verás, lo conseguiremos —lo animó al final, poniéndole una mano en el brazo.

Sombrío se sintió reconfortado por aquel «nosotros» que implicaban sus palabras, dichas tan espontáneamente y sonrió.

—¡Tenemos que conseguirlo! —respondió—. Floridiana me dijo que sólo un caballero podría guiar a otro caballero a través de los secretos de la isla...

—Y tú eres el último caballero —dijo ella con un gran suspiro.

Poco después, reanudaron el viaje.



La Ciudad sobre el Agua, que apareció en el horizonte a la luz del ocaso, se extendía frente a la plácida orilla reluciente de un lago. Estaba constituida por un sistema de palafitos y calles elevadas. Pero había algo extraño.

—No hay luces... Quizá no esté habitada —observó Spica a la espalda de Sombrío.

Él negó con la cabeza. Sintió que *Veneno* vibraba en su costado, como hacía siempre para advertirlo de un peligro. Apoyó la mano en la empuñadura y miró abajo, pero no vio nada amenazador en el paisaje que se extendía a sus pies.

—Algo va mal —murmuró, sin despegar los ojos de la tierra.



Como él, *Colamocha* tenía los ojos fijos en el suelo, en busca de una amenaza procedente de aquel lugar, ahora sumido en las sombras del crepúsculo. De repente, Sombrío sintió que el dragón se ponía rígido y un rugido de advertencia hizo que alzara la vista.

Una nube negra de extraña forma puntiaguda se recortaba en el horizonte. Mientras la observaba, la nube torció y se dirigió hacia ellos.

—Pero ¿qué...?! —Se le escapó a Spica.

Colamocha emitió un gruñido extraño, que Sombrío captó al vuelo.

—¡Cornejas! —gritó, por encima del fuerte sonido del viento.

—¿Tantas? ¿Cómo pueden volar tan alto? ¿Qué intenciones tendrán?

—No tengo ni idea... ¿Estás bien agarrada? —le preguntó él.

—¡Sí! —contestó la chica—. ¿Por qué?

A Sombrío ni siquiera le dio tiempo a responder. *Colamocha* viró a la derecha para esquivar aquella masa negra y bullidora de alas y planeó en las corrientes de aire como un barco deslizándose por el agua.

Cuando Sombrío se volvió, se dio cuenta de que otras cornejas se habían acercado por detrás y estaban ya a pocos metros de distancia. Reunidas en una formación apretada y amenazadora, se disponían a atacarlos.

Por descontado, en vuelo su espada no le serviría de nada contra unas aves, y su ballesta o el arco de Spica tampoco serían de ninguna utilidad contra un número tan grande de enemigos...

Las nubes de alas negrísimas se alargaban hacia ellos como manos engarfiadas.

—¡Sujétate fuerte! —le gritó finalmente a Spica.

Colamocha pegó las alas al cuerpo y descendió en picado hacia la Ciudad sobre el Agua. Sombrío sintió que los brazos de la chica se apretaban más a él por el miedo.

Las cornejas se arrojaron en su persecución, pero *Colamocha* era más veloz. En el

mismo instante en que el dragón reabrió las alas para frenar su caída, justo antes del impacto con la ciudad, en las casas de madera cubiertas de fronda seca destellaron débiles luces y se oyeron extraños golpes.

Veneno vibró y *Sombrío* se estremeció.

Eran enormes catapultas.

Instintivamente, el elfo bajó el torso sobre el lomo de *Colamocha* y *Spica* hizo otro tanto con un grito, mientras un gran proyectil les pasaba rozando.

Otros proyectiles llovieron como granizo, explotando a media altura con un centelleo cegador y despidiendo metralla de hierro puntiaguda como clavos.

Entonces *Sombrío* lo entendió. La ciudad estaba oscura y silenciosa porque los habitantes, fueran quienes fuesen, esperaban un ataque de las cornejas. Y ellos se habían colado en aquella batalla sin poder hacer nada para evitarlo.

Pasaron tan cerca de los tejados de las casas que por unos instantes *Sombrío* pudo distinguir algunos rostros mirando hacia arriba, amedrentados. Vio a personas gritando y otras disparándoles flechas. No cabía duda, los habían tomado por enemigos. El dragón, además, debía de haberlos aterrorizado.

—¡Vuelve a subir! —ordenó rápidamente—. ¡Arriba, rápido!

—¡Las cornejas se nos echarán encima! —gritó a su espalda la voz de la chica.

—¡*Spica*, mantén los ojos cerrados! —le chilló enérgicamente *Sombrío*.

Nuevos proyectiles les rozaron. Uno explotó cerca. El dragón bramó y vaciló, como embestido por una corriente demasiado fuerte. *Sombrío* oyó un rugido rabioso.



—¡Animo, amigo mío! ¡Vámonos rápidamente de aquí! —lo alentó.

Luego, le paso la mano por el cuello y notó las escamas erizadas y húmedas. ¡*Colamocha* había sido herido!

Un sentimiento de impotencia le inundó el pecho y un dolor agudo pareció abrasarle la muñeca. También él debía de estar herido... Tenían que alejarse de allí lo

más de prisa posible. Al pensarlo, sintió que el anillo de luz se helaba contra su pecho. Sujetó las riendas tercamente y apretó los dientes.

Colamocha se recobró y logró esquivar los últimos proyectiles de las catapultas, indiferente a las oleadas de flechas, que se rompían contra sus escamas azules, incapaces de herirlo.

Quizá gracias al anillo, el dolor del dragón se atenuó lo bastante como para permitirle seguir volando. *Colamocha* aleteo y ganó altura hacia las cornejas, que, como una muralla negra, se acercaban.

Sombrío miró hacia adelante hasta que la masa negra y en formación estuvo tan cerca que pudo distinguir los picos de las feroces aves y sus ojos, que centelleaban con fulgores verdes.

Luego gritó con todo el aire de sus pulmones:

—¡Ataca!

Y *Colamocha* obedeció.

Spica soltó un grito, al tiempo que se aferraba a la cota de malla de Sombrío. Con un trueno poderoso, las fauces del dragón azul expelieron un rayo que desbarató la negra bandada. Los dos chicos fueron embestidos por una nube de plumas chamuscadas.

El estruendo fue terrorífico.

Luego, todo pasó. Las cornejas supervivientes huyeron; el anillo helado pareció recuperar su color y convertirse en un sencillo aro metálico.

El joven caballero tomó aire, miró hacia abajo y, mientras las plumas negras de las cornejas iban cayendo a tierra, le pidió a *Colamocha* que virara y volviera atrás. El dragón rugió y, con dos rápidos aleteos, cambió de rumbo, obediente.

11

ANGUS

N joven elfo pelirrojo fue el primero en salir a descubierto y atreverse a acercarse al dragón. Era un chico delgado que llevaba un gorro puntiagudo todo raído y tenía la expresión consternada de alguien que acaba de ver algo Increíble.

Después del encontronazo con las cornejas, el dragón y los chicos habían dado un par de vueltas sobre la ciudad antes de verse obligados a aterrizar. *Colamocha* estaba herido y tal vez los habitantes de Ciudad sobre el Agua pudieran ayudarlos.

Spica tosió, sonrió al joven desconocido e hizo una inclinación con la cabeza en señal de saludo, mientras Sombrío desmontaba y examinaba la herida de *Colamocha*. El dragón rugió espeluznantemente.

—Habéis barrido a las cornejas... Entonces, no lucháis al lado de la vieja bruja del Bosque Negro —dijo el joven, mirándolos a la luz de unos hachones. Detrás de él, cautas y armadas, llegaban más personas.

—Nosotros somos enemigos de las brujas —contestó Spica en tono decidido.

El gruñido de *Colamocha* a su espalda no ayudó a tranquilizar a los habitantes de Ciudad sobre el Agua. Hubo un murmullo y muchos retrocedieron un paso, mientras Sombrío trataba de calmar a su amigo.

—Pero tenéis un dragón, un dragón salvaje... —murmuró el chico pelirrojo.

—Es un dragón azul, no es malo. Solamente está asustado. Vuestras catapultas nos han alcanzado a nosotros también. Pero estamos de parte de Floridiana, creednos.

Al oír el nombre de la reina de las hadas, se alzó otro murmullo confuso entre la gente, que bajó las armas al costado.

—Lo siento, sólo estábamos defendiéndonos de las cornejas —se justificó el joven.

Spica asintió.

—Y ahora dinos: has hablado de una bruja, ¿quién es? ¿Y qué tienen que ver las cornejas? ¿Por qué os atacaban?

—Son sus siervas —intervino una voz detrás del joven.

—Atrapan a nuestra gente, ¡aunque no sabemos para qué! —añadió el chico—. Primero empezaron a desaparecer todos los que se aventuraban en el Bosque Negro.



Luego, una noche, también gente de su propia casa. No comprendíamos lo que estaba ocurriendo hasta que vimos a las cornejas embrujadas raptando a las personas mientras dormían y llevándoselas al Bosque Negro...

Spica se estremeció y miró en la dirección que señalaba el joven.

—¿Hay algún curandero entre vosotros? —preguntó Sombrío en ese momento.

Apretaba la mano contra la pata de *Colamocha*. La sangre del dragón había formado una mancha negra en el suelo.

El joven dudó.

—Yo habría tenido que serlo, pero nunca completé mis estudios.

Mi maestro murió antes de poderme presentar al Consejo de los Curanderos. Así que solamente soy un aprendiz, no soy capaz de luchar contra las brujas. —Y luego añadió—: Mi nombre es Angus.

—Encantado —dijo el caballero—. Yo soy Sombrío y ella, Spica. ¿Has fabricado tú las catapultas y los proyectiles explosivos?

—Sí. Aprendí cómo hacerlos leyendo unos libros. Me parecía la única manera de mantener alejadas a esas alimañas —contestó inseguro.

—¿Por casualidad no tendrás algún remedio para curar a mi amigo?

Colamocha apretó los párpados y bufó.

—¿Puedo ver? —preguntó Angus, adelantándose dos pasos, pero el dragón reaccionó con un gruñido furioso, abrió las alas y el movimiento del aire arrojó al suelo tanto a su jinete como al joven curandero.

Sombrío trató de aplacarlo mientras Spica corría a ayudar a levantarse al chico pelirrojo. La joven estrellada negó con la cabeza.

—No creo que permita a nadie que no sea Sombrío acercarse a él, al menos durante esta noche. Lo mejor es dejarlo tranquilo. Si pudieras traernos algunas plantas curativas...

Angus, visiblemente impresionado y con la cara colorada, asintió.

—Sí, claro. Unas algas del lago podrían hacerle bien. Y servirán también para el brazo...

—¿El brazo? —se alarmó Spica. Sólo entonces vio la ropa manchada de sangre de Sombrío. No era sangre de dragón la que tenía en la manga. Era sangre de elfo. Spica apretó los labios y se puso blanca. No se había dado cuenta de que estaba herido.

—Gracias, esperaremos aquí —dijo Sombrío. Luego, señalando a los demás elfos que los observaban, añadió—: Y por favor, ¿podrías decirles que se mantengan apartados? Al menos hasta que se haya calmado.

El joven asintió y se alejó.



Aquella noche transcurrió lenta y silenciosamente. Los habitantes de la ciudad, poco a poco, volvieron a sus casas. Sólo el joven curandero se quedó haciendo guardia. Sombrío se había curado el brazo y había conseguido calmar a *Colamocha*. Logró dormir algo, pero con un sueño inquieto. Alzaba continuamente la cabeza para escrutar los alrededores, donde extraños murmullos venían del Bosque Negro.

A la mañana siguiente, la salida del sol sorprendió a los chicos sentados junto a *Colamocha*. Un pequeño elfo llegó corriendo desde la ciudad y gritó con júbilo:

—¡Angus, Angus! ¡No se han llevado a nadie más, a nadie!

El joven curandero sonrió y, sin querer, soltó un suspiro de alivio al ver que el dragón no gruñía como la tarde anterior.

—Es mérito vuestro, supongo —les dijo a los dos viajeros venidos de los cielos.

—No hemos hecho gran cosa. Solamente hemos tenido la suerte de volar sobre vuestra ciudad en el momento justo —respondió Sombrío.

—¿Y puedo preguntaros por qué? Nadie pasaba por aquí desde hace muchísimos años, aparte de la vieja bruja.

—Tenemos que llegar a los Mares Orientales. Floridiana nos ha encomendado una misión —explicó Spica—. Sombrío es un caballero.

Angus miró a Sombrío, su espada, la armadura y el dragón.

—Entiendo. ¿Y cómo se encuentra vuestro compañero de viaje?

—Mejor, gracias a ti —respondió Sombrío con una sonrisa.

Angus le pidió al pequeño elfo que trajera algo de comer y luego se quedó allí, inmóvil a la luz de la mañana, admirando a los dos chicos que tenía delante. ¡Parecían simples elfos, pero eran aliados de Floridiana!

—¿Una misión? Entonces, supongo que os iréis enseguida —suspiró.

—No tenemos más remedio —contestó Sombrío—. Pero antes me gustaría que me explicaras mejor lo que está sucediendo aquí. ¿Cuándo llegó esa bruja?

—Hace ya casi un año. Vimos una extraña forma voladora precipitarse en mitad del Bosque Negro y luego se alzó un hilo de humo de los árboles. Algunos de nuestros cazadores más expertos fueron a ver si había heridos o si alguien necesitaba ayuda. Fueron los primeros en no regresar... Después, quienes fueron a buscarlos. No hace ni dos meses, el hilo de humo se tiñó de rojo y aquella noche las cornejas atacaron por primera vez. Desde entonces, asaltan la ciudad todas las noches y se



llevan a gente. Pese a que las catapultas son bastante eficaces contra ellas, no logramos mantenerlas a raya del todo y por la mañana siempre falta alguien... Pero esta noche, gracias a vosotros y a vuestro dragón, por primera vez desde que llegaron no han raptado a nadie.

—Esa bruja debe de haber huido de su reino después de la derrota de Brujaxa —reflexionó Spica.

Agnus abrió unos ojos como platos.

—¿Cómo?!

El aprendiz de curandero no sabía nada, así que los chicos le contaron en pocas palabras lo que había ocurrido muy lejos de allí.

—¡Son noticias maravillosas! —exclamó Angus—. Pero es raro que, derrotada Brujaxa, no haya vuelto de nuevo todo a la normalidad —murmuró.

—La paz ha vuelto, al menos en la mayor parte de los reinos —le aseguró Sombrío—. Pero aún queda mucho por hacer. Muchos siervos de la Reina Negra huyeron y se escondieron; no están muertos ni se han vuelto menos crueles... como vuestra bruja.

Examinó rápidamente el vendaje del dragón, que replicó golpeándole amistosamente el brazo con el morro.

Spica se echó a reír.

—¡Tiene razón! Te preocupas tanto por él que ni siquiera piensas en ti mismo. Déjame ver tu brazo, venga —le reprochó alegremente.

—Pero ¡si no es nada, solamente un rasguño! —protestó él. Luego, volviéndose hacia Angus, dijo—: ¿Dónde está el hada que protege estos lugares?

—¿Te refieres a Alablanca? ¡Yo también quisiera saberlo! La hemos llamado, pero no responde. Creo que le ha ocurrido algo..., algo horrible —dijo el chico pelirrojo, palideciendo.

—Hum —musito Sombrío pasando cariñosamente la mano por las escamas de su dragón—. ¿Tú qué dices, *Colamocha*, te apetecería un pequeño vuelo por encima del bosque?

Colamocha resopló y alzó las alas para mostrar sus ganas de volar.

—¿Quieres enfrentarte a la bruja? —exclamó Spica, poniéndose en pie.

—Sólo quiero ver si podemos hacer algo por esta gente —contestó Sombrío, serio.

—Entonces llevadme con vosotros —intervino Angus, decidido.

—No. —Se opuso Spica—. Uno de nosotros tres tendría que cabalgar sin silla y es peligroso. Y además, ¿qué haría sin ti la ciudad?

Sombrío asintió.

—Estaremos de vuelta lo antes posible.

—Entonces, aceptad al menos una sugerencia. Esperad a que el sol esté en lo más alto... SI de algo me he percatado, es que esa bruja es más peligrosa con la oscuridad.

—Gracias, Angus, seguiremos tu consejo —dijo Sombrío amablemente.

—Saldremos bien de ésta —añadió Spica, mientras aferraba su arco.

EN EL BOSQUE NEGRO



OMBRÍO oyó exclamar a Spica, que estaba sentada a su espalda, a la grupa de *Colamocha*:

—¡Mira, allá abajo hay una cabaña!

El claro había desaparecido de repente. El bosque era tupido y oscuro, probablemente muy difícil de atravesar por tierra, pero volando fue cuestión de unos minutos.

El dragón describió varios círculos por encima del claro, luego descendió para escudriñar el lugar más de cerca. Finalmente se decidió y se posó en tierra.

No se veía a nadie y los chicos cruzaron una mirada de preocupación. A su alrededor, colgadas de las ramas de los árboles, había decenas y decenas de jaulas grandes y pequeñas, llenas de pájaros de todas clases. Todos estaban mudos y quietos, sin batir las alas siquiera.

—Pero ¿qué...? —se asombró Spica.

Sombrío le hizo señas de que guardara silencio. Desmontaron y se aproximaron a un caldero colgado de un armazón de troncos delante mismo de la cabaña. Ésta era una construcción de madera y piedra hecha con esmero, pero parecía que nadie se ocupara de ella desde hacía meses. Los chicos, empuñando sus armas, se asomaron a las ventanas de la pequeña morada, pero no vieron a nadie.

—¿Será la casa de la bruja? —preguntó Spica.



—Quizá... Pero no debe de estar aquí ahora, *Veneno* está tranquila —le contestó Sombrío, al tiempo que se asomaba para mirar en el caldero. Estaba lleno de agua y peces rojos, que subieron a la superficie para mirarlo, boqueando.

—¿Qué hará con estos pobres peces? —reflexionó Sombrío.

—Y quién sabe para qué le servirán los pájaros. No son cornejas —añadió Spica.

Puesto que no había ni rastro de la bruja, Sombrío y Spica empezaron a soltar a los pájaros. Uno, dos, cinco, ocho, diez... Pero, nada más salir de su cárcel, ninguno volaba al bosque, todos iban a posarse cerca de una jaula particularmente pequeña, estrecha y herrumbrosa, donde estaba encerrado un minúsculo pájaro blanco de pico color bermellón. Una vez allí, empezaban a picotear los barrotes, como si les pidieran a ellos que lo soltaran antes que a los demás.

Cuando el enésimo pájaro se comportó de ese modo tan raro, Sombrío decidió abrir la jaula.

Con un revuelo de plumas, el pajarito blanco, de espléndidas alas, salió y fue a posarse en el tronco que sujetaba el caldero. Como por ensalmo, el madero se hizo pedazos y el caldero volcó los peces en el suelo. A continuación, el pajarito empezó a entonar un canto de agradecimiento.

Los chicos comprendieron inmediatamente que en aquel canto había una magia benigna y se quedaron boquiabiertos mientras, en torno a ellos, todas las jaulas se abrían de golpe, una tras otra, y los pájaros quedaban libres.

Satisfecho, *Colamocha* bufó contento mientras las aves se iban volando, al fin libres. Los peces, que se convulsionaban en el suelo, se transformaron en un abrir y cerrar de ojos en elfos pelirrojos.

—¡La gente desaparecida! —gritó Spica, feliz.

A su espalda, una débil voz confirmó:

—Sí, amigos.

Sombrío y Spica se volvieron de golpe y sus ojos se cruzaron con los ojos negros

como el carbón de una hada.

—Por fin me habéis liberado, permitiéndome así soltar a mis compañeros alados y a los pobres habitantes de la ciudad que habían sido raptados.

—¿Tú eres... Alablanca?! —exclamó Sombrío.

—Sí, soy yo. Muchas gracias por haberos detenido a ayudarnos.

—En realidad no hemos hecho demasiado, aparte de venir aquí. —Se quitó mérito el elfo.

—Entonces, ¿no os disteis cuenta? Ayer por la noche, valiente caballero, resuelta muchacha e Impávido dragón, os enfrentasteis nada menos que a Crameria, la bruja de las cornejas, ¡y la vencisteis!

—¿La vencimos? —Se pasmó Spica.

—Después de huir del Reino de las Brujas, Crameria encontró refugio en el Bosque Negro, donde, para sobrevivir, se nutría de la fuerza y la juventud de los elfos. Traté de detenerla, pero fui capturada y encarcelada, junto con los amigos plumados que corrieron en mi ayuda. Cuando Crameria vio que nadie se aventuraba ya en el Bosque Negro, empezó a transformarse en corneja por las noches y, a la cabeza de las demás cornejas invocadas por el humo rojo de su caldero, raptaba a los habitantes de la ciudad vecina y los arrastraba hasta aquí, a mi humilde y pequeña casa, donde los convertía en peces para que no pudieran resistirse, sin voz para gritar ni piernas para huir... Oh, vosotros habéis hecho mucho, valientes amigos. Si no hubierais matado a la bruja con el rayo de vuestro dragón y no hubieseis tenido la audacia de venir hasta este claro, ¡todos nosotros estaríamos aún presos!

—Nos alegra haberte sido de ayuda, la gente del pueblo estaba preocupada por ti —dijo Spica.

—Lo sé, pero ahora, gracias a vosotros, todo ha terminado. Y como sé bien qué misión os aguarda, no tardéis en marcharos. Pero antes me gustaría daros, en agradecimiento, una piedra de llamas.

—Gracias —contestó Sombrío recibéndola en sus manos—. ¿Tiene poderes?

—Con esta piedra podréis encender fuego en cualquier parte, incluso sobre las rocas desnudas, sin necesidad de leña. Basta con frotarla tres veces encima del lugar donde quiere hacerse fuego y dejarla en el suelo; enseguida, la propia piedra despedirá una llama mágica. Podría seros útil allí donde vais.

—¿Un fuego encantado?! —exclamó la joven chica, estupefacta.

El hada sonrió y luego, ante sus ojos, se transmutó de nuevo en pajarito y se fue volando para perderse finalmente en el Bosque Negro.

Cuando los dos chicos regresaron, Angus y los demás habitantes recibieron con júbilo las noticias que traían, pero la felicidad estalló de verdad cuando del Bosque Negro salieron todos los que habían sido raptados. Cansados, ofuscados, pero todavía vivos.



A la mañana siguiente, reemprendieron el viaje antes de que saliera el sol, dejando a su espalda una Ciudad sobre el Agua aún de fiesta. Spica parecía haberse acostumbrado en cierto modo a volar y cuando se marchaban su sonrisa se veía todavía más luminosa.

También *Colamocha* estaba de buen humor y saltaba de una corriente de aire a otra mientras las nubes se acumulaban contra las montañas y presagiaban lluvia.

Dejaron atrás las Montañas Salvajes y muy pronto, bajo ellos, apareció el desierto. Por fin, cuando caía la noche, avistaron la costa. Agrupaciones de débiles luces anunciaban minúsculos pueblos perdidos en aquella tierra de ensenadas e islitas. Mientras la noche avanzaba y los puntitos luminosos se apagaban uno a uno, los chicos eligieron una zona lo bastante oscura y aterrizaron para descansar.

Al día siguiente decidieron ir al pueblo más próximo para procurarse provisiones y llenar los odres con agua fresca. Una joven elfa con el pelo del color del mar y los ojos relucientes como escamas de pez les dio un consejo:

—Se avecina una tormenta. Es la estación... Llegan de improviso y pueden durar desde unos Instantes a semanas enteras. No es la mejor época para la pesca ni para viajar. Haríais mejor en no partir, pero, si de verdad debéis cruzar el mar hasta las islas, entonces marchaos cuanto antes.

Spica le dio las gracias y miró a Sombrío, preocupada.

Llenaron las alforjas de provisiones y se marcharon aquella misma noche. En la oscuridad, nadie los vio levantar el vuelo.

EN LAS CARACOLAS



L sol que lució todo el día siguiente pareció quitarle la razón a la elfa que les había anunciado una tormenta y el viaje transcurrió rápido.

Sombrío se dirigió inmediatamente al noreste, hacia el archipiélago de las Caracolas.

Fascinada, Spica seguía mirando el paisaje. Veleros solitarios navegaban a lo lejos, como suspendidos sobre el agua, de un azul oscuro.

Llegaron al archipiélago a última hora de la tarde, cuando el sol empezaba a ponerse y el rojo del ocaso inflamaba el cielo; era un espectáculo tan bello que los ojos de la chica mostraban su emoción. Las islas parecían realmente pequeñas caracolas esparcidas sobre las olas del mar, todas con sus graciosas formas onduladas y un pequeño monte en el centro. Minúsculas casas blancas de techos planos indicaban que estaban habitadas. A la luz del crepúsculo, los chicos no pudieron evitar que los vieran.

—¡Mira allí abajo! —señaló Sombrío.

Siguiendo su mano, Spica vio una bandera ondeando y oyó el sonido de las caracolas.

La gente salió de sus casas y se congregó en las calles; en los barcos levantaron la vista al cielo rostros bronceados y oscuros.

—¡Nos saludan! —exclamó Sombrío.

Colamocha respondió al sonido de las caracolas con su rugido profundo y luego, lentamente, bajó a tierra en un gran claro, donde fue acogido por la festiva multitud.



Aquella misma noche, les ofrecieron a Sombrío y Spica una cena digna de un rey en una gran y colorida tienda montada para ellos. Hablando con el Primer Ciudadano del archipiélago de las Caracolas, los dos elfos comprendieron por qué habían sido tan bien recibidos.

—No veíamos dragones azules desde hacía años. En otro tiempo, las rutas de

vuelo pasaban por aquí. Los dragones llenaban el cielo con rugidos tan fuertes que parecía acercarse una tormenta... ¡Era un espectáculo maravilloso! Yo, que soy viejo, todavía recuerdo que hacíamos procesiones de barcos para verlos pasar. Pero, después de la llegada de las brujas, los tiempos fueron oscuros y duros. Y nadie volvió a ver dragones.

—Nadie escapó a la crueldad de las brujas... —comentó Spica con expresión melancólica.

—Sí, tampoco nosotros. Comerciabamos con la isla de los Caballeros y vimos cómo era petrificada... Desde entonces, no nos atrevemos a desembarcar en ella, ni siquiera a acercarnos. Pero ahora hay una esperanza, porque vosotros sois los que derrotaron a Brujaxe, ¿eso lo sabemos! Las noticias llegan también a estas islas perdidas... Vais allí, ¿no es cierto?

Sombrío y Spica intercambiaron una mirada.

—Sí. Vosotros que habéis visto la isla, contadnos, ¿cómo es? —preguntó él.

—Ahora todo es de piedra. Personas, animales, ¡hasta las plantas! Hay un silencio que asusta. ¿Cómo pensáis devolverle la vida a la isla?

—Aún no lo sabemos —confesó Sombrío.

—Bueno, pero la reina Floridiana os habrá dado algún objeto mágico, ¿no? —preguntó el Primer Ciudadano, con los ojos brillantes.

—En realidad, no... —contestó Sombrío, un tanto receloso ante aquel Interrogatorio. El anillo había vuelto a enfriarse y el elfo sentía una especie de mordisco de hielo en el pecho.

—¡Vaya, eso es una verdadera lástima! ¡Una lástima! —replicó el otro—. Os diré, en otra época, cuando la isla de los Caballeros estaba viva y era próspera, nosotros, los pobladores de las islas más cercanas, disponíamos de las mercancías que pasaban por aquí transportadas por los viajeros desde los otros reinos...

—Entonces, podréis decirnos la dirección exacta que tenemos que seguir —quiso saber Sombrío.

—Oh, claro. Tenéis que volar hacia el norte durante casi cuatro días, si no me equivoco. No se me da muy bien calcular las distancias volando, pero diría que cuatro días son suficientes —contestó el anciano elfo.

Sombrío asintió, le dio las gracias y respondió con pocas palabras a las demás preguntas, hasta que los isleños empezaron a volver a sus casas y la velada concluyó.



Spica esperó a que todos se hubieran ido y luego se reunió con Sombrío, que estaba fuera de su tienda.

Colamocha, después de una opípara comida, se había quedado dormido y roncaba pesadamente.

El chico oyó acercarse a Spica y se volvió. Cruzaron una mirada taciturna.

—¿Por qué le has interrogado por la ruta? —le preguntó ella, como si temiera oír su respuesta—. Ya la conoces, tienes todas las Indicaciones.

Él negó con la cabeza y suspiró.

—Sé que te parecerá absurdo, pero ha sido el anillo de luz el que me ha empujado a hacerlo. No sé, hay algo raro en este lugar. Mientras el jefe de las islas nos hablaba, el anillo se ha enfriado de repente, como si quisiera decirme algo.

—¿Crees que era una advertencia?

—Sí, a veces es como si quisiera guiarme —asintió él—. Y aunque *Veneno* no vibre, no me siento tranquilo —añadió con un suspiro—. De hecho, ese elfo no me ha dicho la verdad.

—¿Cómo es eso? —exclamó Spica, sorprendida.

—La distancia para llegar a la isla es menor y la dirección no es ésta. He marcado todo con precisión en mi pequeño mapa, aunque parezca sólo un esbozo. Cuatro días de vuelo ininterrumpido hacia el norte y nos encontraríamos en mar abierto. Torciendo hacia el este, en cambio, podríamos hacer un alto en los Escollos Perdidos después de un día de viaje y luego, según mis cálculos, deberíamos continuar hacia el sudeste otros dos días antes de llegar a la isla de los Caballeros.

—No lo entiendo. ¿Crees que se ha equivocado o lo ha hecho adrede? Y... ¿por qué querría engañarnos?

—No lo sé, pero tengo la impresión de que en estas islas algo no es lo que parece. ¿Has observado a tu alrededor? —le preguntó—. ¿De dónde han sacado toda esta comida? ¿Y dónde han conseguido las ricas vestimentas que llevan puestas?

—¿Piensas que estamos en peligro? —Se inquietó Spica.

—No. *Veneno* está tranquila y si hubiese brujas me avisaría. Pero creo que las personas desesperadas pueden hacer cosas desesperadas. ¿Y si estas islas se hubiesen convertido en una guarida de piratas? Tal vez sólo tienen una vaga idea de dónde se encuentra la isla de Caballeros, o quizá quería engañarnos de verdad para que acabáramos hundiéndonos en el mar... —concluyó.

Spica abrió mucho los ojos, alterada.

—Esta noche estaremos en guardia y mañana seguiremos el viaje lo antes posible —añadió él.

Entraron en la tienda, prepararon las alforjas y las dejaron cerca de *Colamocha*, listos para partir a toda prisa en caso de problemas. Luego, con cautela, eligieron un lugar resguardado entre las patas del dragón y se dispusieron a pasar una noche en vela.



La noche se hizo pronto tan negra como el carbón. Sombrío estaba a punto de adormilarse, con la cabeza caída sobre un hombro y Spica durmiendo apoyada en su otro hombro, cuando un ruido llamó su atención.

Se movió lo justo para atisbar desde detrás de las espinas corneas de la cabeza del dragón. Vio unas sombras moviéndose en las inmediaciones de la tienda.

La chica, se despertó por el movimiento, se deslizó detrás de él y, precavidamente, miró también más allá de la espalda del dragón.

—¿Qué pasa? —susurró.

—Tú quédate aquí. Ocurra lo que ocurra, finge que estás durmiendo —le pidió el joven elfo con los dientes apretados.

—Pero... —Trató de objetar Spica.

—¡Confía en mí! —replicó el joven.



Y ella asintió.

Sombrío se alejó y enseguida se lo tragó la oscuridad. La chica se agazapó entre las patas del dragón y esperó. No pasó mucho tiempo antes de que un débil bisbiseo llegara a sus oídos.

—Ah, ahí están, ¿has visto? ¡Su equipaje está junto al dragón!

—¡Qué tontos! ¡No han sospechado nada! —respondió otra voz.

—¡No! Incluso se han tragado que soy el Primer Ciudadano... ¡Ha bastado con una barba falsa!

La joven elfa se estremeció, la voz era precisamente la del Primer Ciudadano, el que les había dado la bienvenida.

—Pues a mí me parece que hay algo raro. No creo que sea tan fácil engañar a un caballero de la rosa —dijo un tercero.

—¡Oh, para ya! ¡Ése no es un caballero! Los caballeros ya no existen. La isla está muerta, igual que todos los que vivían en ella. La he visto con mis propios ojos. Y además, ¡es tan joven! Puede que derrotase a Brujaxe, pero tenía a todo un ejército cubriéndole las espaldas. Ahora sólo cuenta con un dragón con la cola cortada, ¡eso no lo convierte en caballero! ¡Como él mismo ha dicho, ni siquiera tiene pensado cómo salvar a sus compañeros!

—Y nosotros sólo queremos robarle, no enfrentarnos a él en duelo —añadió el otro—. Será el mar el que le impida volver, después de tres días de viaje fuera de ruta...

—Sí. Toparnos con un caballero en estas islas abandonadas ha sido una verdadera suerte para nosotros, los vagabundos del mar. ¿Habéis visto su espada? Ella sola vale lo que un tesoro.

Spica apretó los dientes. ¿Cómo podía fingir que dormía después de lo que había oído?

Advirtió que las voces y los pasos se acercaban y cada vez le resultaba más difícil contenerse. Con cautela, dio unos golpes en la pata del dragón.

«Oh, *Colamocha*, ¡por favor, despiértate! ¡Despiértate!», pensó, mientras la estrella de su frente brillaba con una débil luz dorada. Pero no obtuvo respuesta.

—Bueno, si tuviéramos que usar la fuerza, después podríamos arrancarle unas escamas a este dragón. Las escamas y los dientes de dragón se venden bien, ¿cierto?

Spica no resistió más. Iba a moverse, pero otra voz irrumpió en el silencio de la noche, fuerte y decidida, y la hizo sobresaltarse.

—¡Atreveos! —tronó Sombrío en la oscuridad, con la espada desenvainada. *Veneno* relució con reflejos verdes.

El elfo había logrado situarse a espaldas de ellos con facilidad, porque los piratas no sospechaban que los estaban esperando.

—No dejaré que toquéis a *Colamocha* —afirmó.

—¿Ah, sí? Y, veamos, ¿cómo vas a impedirlo? —dijo uno de los piratas en tono burlón—. Somos demasiados para ti solo, ¿no crees? ¡Tres contra uno! Te conviene darnos lo que tengas. No nos importa tu inútil vida... Puedes conservarla. ¡La tuya y la de tu amiga! Como ves, es una buena oferta, caballero.

—¡No tenemos nada que claros! —Gruñó el joven Sombrío.

Antes de que pudiera hacer nada, una sombra le cayó encima por detrás, en la oscuridad, mientras los bandidos desenvainaban espadas y puñales.

Él hizo girar la espada en el aire y asestó un golpe a uno de los ladrones; luego oyó que otro se desplomaba al suelo, herido por una flecha de Spica.

—¡Carga a *Colamocha* y sube a la silla! ¡Rápido! —le gritó a la chica.

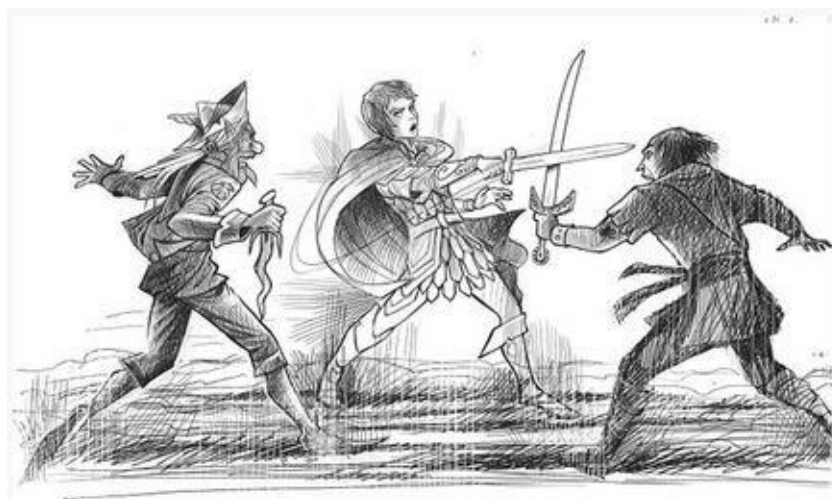
Uno de los bandidos gritó para dar la alarma. Pronto llegarían más.

—¡Venga, *Colamocha*, despiértate! —oyó gritar a Spica por encima del barullo.

Lamentablemente, el dragón, que solía despertarse al menor ruido en la hierba, no daba muestras de espabilarse. Spica se dio cuenta de que los piratas debían de haberlo

sedado con alguna potente sustancia somnífera... Pero ¡no tenían tiempo para esperar a que se le pasase el efecto!

El combate era salvaje. Un puñal alcanzó a Sombrío en el hombro y tintineó contra la cota de malla. El elfo descargó la espada y un ladrón cayó al suelo con un gemido, pero otro ocupó su lugar saliendo de la nada y empuñando una larga cimitarra dorada, cuajada de piedras brillantes.



Sombrío, con un grito, paró el golpe; se oyó un sonido metálico y *Veneno* despidió chispas verdes en la oscuridad.

—¡No se despierta! —chilló Spica desesperada.

—¡*Colamocha*! —ordenó el joven, parando otro golpe con los dientes apretados.

De repente, la estrella de su frente se encendió con una luz intensa; el dragón, como arrancado de su sueño profundo por aquel reclamo, levantó la cabeza y, molesto, abrió los ojos.

Al notar que se movía a su espalda, Sombrío sintió un cierto alivio. *Colamocha* se levantó con un rugido feroz, protegió con las patas a la chica con el arco y se volvió hacia él.

Por un momento, el rugido del dragón se impuso de nuevo en el silencio y la quietud de la noche.

Sombrío no bajó la espada, entonces retrocedió hacia *Colamocha* con pasos cautos, sin perder de vista a los vagabundos del mar.

—¿Estás lista? —preguntó, agarrando la silla de montar con una mano.

—¡Creo que lo he cogido todo, sí! ¿Tú estás bien? —le preguntó Spica.

El joven asintió de prisa.

—Tenemos que marcharnos, ahora mismo.

Colamocha se agachó para que subiera a la silla. Estaba tan enfadado que, antes de irse, volvió a rugir de nuevo. Gritos de terror se propagaron en la oscuridad. Despacio, Sombrío envainó la espada y ordenó al dragón que se alejara. Con un movimiento rabioso, *Colamocha* obedeció y se elevó levantando un torbellino de aire.

TORMENTA EN VUELO

LAS primeras luces del alba aparecieron enseguida, mientras *Colamocha* trataba de recobrarse del extraño sueño que lo había atenazado en el archipiélago de las Caracolas y recuperaba las fuerzas poco a poco.

No se sentía tan aturdido desde que estaba prisionero en el Reino de los Orcos. La extraña sensación lo irritaba, porque despertaba en él borrosas imágenes del dolor y los malos tratos que había sufrido durante su encierro.

Asimismo, lo irritaba percatarse del peligro del que acababan de escapar. Un peligro que había amenazado a su caballero. Sombrío era su único tesoro, su único amigo de confianza y, como tal, velaría por él; jamás permitiría que nadie le hiciera daño. El elfo lo había librado de las cadenas de los orcos, le había devuelto la libertad y ahora él lo protegería a cualquier precio. Incluso daría la vida por él si fuera necesario.

También la chica que viajaba con ellos sentía por Sombrío un apego similar, *Colamocha* lo intuía. Notaba que entre los dos chicos fluía una extraña corriente eléctrica, pero no acertaba a explicarse por qué. Y la voz de ella era tan melodiosa y profunda que... lo confundía. Era una voz bonita, desde luego, pero era capaz de transformarse en cientos, en miles de voces distintas cuando relataba y hacía vivir, por medio de sus palabras, a mil personajes. De todos modos, Spica siempre se había mostrado amable y *Colamocha* sentía que Sombrío estaba más sereno cuando la tenía cerca; por su caballero, él la protegería a ella también.



Al término de aquel día, Sombrío avistó las primeras nubes. Eran espesas y oscuras, y parecían inmensas y sólidas como montañas.

—El tiempo empeora —dijo a gritos para que Spica lo oyera—. Será mejor que nos atemos a la silla para no correr riesgos y tenemos que asegurar mejor las alforjas. Podrían ser nuestras únicas provisiones durante bastantes días, ¿no podemos

permitirnos perderlas! —añadió, tendiéndole un ovillo de cuerda gruesa.

Spica lo cogió e hizo cuanto le había dicho. Se aseguraron el uno al otro y luego a la silla con nudos dobles y se cubrieron luego con las mantas que Sombrío llevaba siempre consigo. Estaban a punto de sumergirse en el corazón de la tormenta.

Con el pecho oprimido por la ansiedad, el joven agarro fuerte con su mano izquierda la de Spica y con la derecha sujetó bien las bridas, al tiempo que le daba nuevas órdenes a *Colamocha*. El dragón soltó un rugido de asentimiento, dio un par de enérgicos aleteos y los chicos se encontraron a gran altura.

—Y ahora ¿qué vamos a hacer? —gritó Spica, temblando de frío.

Sombrío la oyó a duras penas, debido a las ráfagas de viento y el estruendo de los truenos.

—No podemos volver y no hay refugios. ¡Tenemos que afrontarla! —le respondió.

Pronto la tormenta los embistió de lleno. El mundo pareció cambiar de color de golpe. De azul intenso, limpio y sereno, pasó a ser primero gris, áspero y brusco y luego negro y húmedo, para volverse finalmente gélido y rabioso.

Spica nunca había visto un temporal semejante: las nubes parecían un negro pantano hirviente y los rayos que destellaban improvisadamente sobre el mar embravecido eran espantosos.

Sentía la tensión de *Colamocha* en su gran esfuerzo por controlar las corrientes y evitar que los barrieran. Era como si el cielo mismo se hubiera convertido en su enemigo e intentara abatirlos. Le parecía que le faltaba el aire en los pulmones y aferraba desesperadamente la mano de Sombrío, aterrorizada y, sin embargo, segura en cierto modo de que él sabría qué hacer.

El elfo apretó los labios, con la frente arrugada.

—¡Tápate bien y sujétate muy fuerte! —le aconsejó, al ver que apartaba la manta para mirar lo que estaba ocurriendo.

Ella obedeció, pero era demasiado tarde: un rayo estalló a su lado con la fuerza de un hechizo explosivo y el movimiento del aire le arrancó de los dedos un pico de la manta.

Fue solamente un instante, pero la tela se hinchó como una vela y frenó violentamente el vuelo de *Colamocha*. Inmediatamente, los chicos soltaron la manta, pero el daño ya estaba hecho: el dragón, que había perdido el equilibrio a causa del tirón, se vio atrapado en una repentina corriente descendiente.



Sombrío sintió que Spica se agarraba a su brazo con una fuerza desesperada. Luego, sin previo aviso, la corriente que impulsaba a *Colamocha* hasta ese momento aminoró. Fue como si de golpe hubieran saltado a un precipicio. Spica gritó al sentir que se despeñaban en una caída irrefrenable, como atraídos por el mar tempestuoso. Tenía el corazón en un puño, como en la peor de las pesadillas... Y, como en la peor de las pesadillas, tuvo miedo de que nadie la salvara.

El dragón tembló y Sombrío lo oyó soltar un aullido desgarrador. Temió que un rayo lo hubiera alcanzado, herido... o incluso matado.

Caían en picado.

Durante larguísimos instantes, sintió que eran absorbidos desde abajo.

Llamó a su amigo. Desesperado, tiró de las riendas para pedirle que ganara altura, pero sin resultado. Perforaron las nubes, las traspasaron cada vez a mayor velocidad. Sombrío se vio perdido. Pasó la mano por las escamas del dragón para saber si estaba vivo y, con alivio, sintió que la vida latía en aquel poderoso cuerpo. Percibió también la contracción de sus músculos, su fuerza, dispuesto aún a actuar...

Un nuevo rugido cruzó el aire y, mientras la estrella brillaba en su frente, Sombrío supo exactamente lo que iba a hacer el dragón, como si los músculos del animal fuesen los suyos, como si sus dos mentes estuvieran conectadas. Y, con increíble certeza, comprendió que su amigo tenía todavía el control de la situación.

El cielo tormentoso era el elemento natural de *Colamocha*. Y los chicos tenían que fiarse de él.

Estaban cayendo, escupidos por las nubes y fustigados por la lluvia rabiosa y enloquecida, y atravesaban como flechas la tormenta de rayos. Llegaron tan cerca de las olas del mar borrascoso que Spica creyó que éstas los engullirían. Pero justo antes



de que se estrellaran contra el agua, las alas de *Colamocha* volvieron a abrirse de repente.

Con las últimas energías que le quedaban, el dragón pasó volando a través de las altas olas amenazadoras que se levantaban para abatirlos. Sombrío sentía que el agua le calaba hasta los huesos. Pero, por suerte, los rayos habían disminuido y *Colamocha* siguió volando bajo la lluvia batiente, por encima del rugido del enfurecido mar.

Las ráfagas de viento fueron aminorando poco a poco y el temporal se hizo más regular.

Mientras los chicos respiraban de nuevo, *Colamocha* volvió a ganar altura y, con un ligero pero poderoso aleteo, por fin dejó atrás la tormenta.

A la luz de una aurora inesperada, los jóvenes exhaustos y temblorosos, avistaron por fin los Escollos Perdidos. Y con un rugido de júbilo, el dragón se dispuso a aterrizar.

LOS Escollos Perdidos eran unos peñascos negros y angulosos, en semicírculo, que afloraban del mar como puntas de flecha. Sólo en algunos se podía aterrizar. Spica nunca habría creído que sería tan feliz al poner el pie en un espolón de roca tan desnudo y desolado.

Mientras ayudaba a Sombrío a desensillar a *Colamocha* para que el dragón pudiera ir a pescar y aplacar su hambre, pensó un tanto preocupada en el camino que aún les quedaba hasta llegar a la isla de los Caballeros.

Alrededor de los Escollos Perdidos, el mar estaba liso, limpio y cegador. La sombra de la tempestad se había esfumado y ni una sola nube surcaba el cielo. Sombrío encontró una abertura entre las rocas, lo bastante grande para cobijarlos y protegerlos del calor del sol, que ahora brillaba intensamente. Spica fue hasta él con la alforja de la comida y se dejó caer sobre las mantas enrolladas. Con un suspiro, se apoyó contra la pared.

—Pero ¿cómo lo haces? ¡Casi parece que no estuvieras cansado! —exclamó, observando a Sombrío.

—¿Cansado? —sonrió él—. Estoy hecho polvo después de la tormenta. Pero estaba preparado para un viaje tan largo y difícil.

—¿Cuánto crees que queda?

—Un par de días de vuelo, en los que no podremos detenernos. No hay más islas ni islotes... Pero, en principio, no encontraremos más tormentas y, si descansamos aquí, no tendremos mayores problemas.

—Hum —musitó Spica, pasando distraídamente los dedos por un araño que se había hecho durante la tempestad y reprimiendo un bostezo. Mechones de pelo le caían en desorden sobre la frente.

—¡Nunca hubiera imaginado que el mar pudiese ser así también!

—¿Así cómo?

Spica volvió a bostezar.

—Cuando el mar está tranquilo, si el sol brilla con fuerza te deslumbra como si se reflejara en un espejo gigantesco. En cambio, cuando el mar está embravecido... —La voz le tembló al pensar en la tormenta que habían atravesado—. El único a gusto

en medio de la tormenta ha sido *Colamocha* —dijo luego, riéndose.

En ese instante, una sombra cayó del cielo y un gran pez se estrelló sobre las rocas. Se oyó el rugido de *Colamocha*, que se convirtió en alegre silbido para luego perderse en el aire.

—Ha llegado nuestra comida —dijo Sombrío—. Yo me encargo.

Luego, sin añadir nada más, trepó a los escollos bajo el sol abrasador para recoger la presa.

Tras la comida, Spica se quedó dormida y Sombrío hizo otro tanto poco después.

Colamocha siguió volando solo, velando por su caballero y la chica. Vio subir la marea y luego descender de nuevo, hasta que el sol bajó como si allá en el horizonte quisiera zambullirse en el mar, tiñéndolo todo de rojo y oro.



En la atmósfera rojiza que anunciaba el crepúsculo, un grito ahogado rompió el silencio. *Colamocha* levantó la cabeza como un resorte para mirar en dirección al peñasco donde estaba Spica, que era quien había gritado. Sombrío se despertó, aturdido por el calor que todavía subía desde las rocas negras y por el largo sueño en que había caído e, instintivamente, se llevó la mano a *Veneno*.

Spica estaba de pie y se cubría la boca con las manos, con expresión de estupor. Miraba hacia abajo, hacia el agua; había algo posado sobre las rocas. Algo tan mutable como el agua del mar. Parecía un burujo de algas verdes empujado por las olas hasta los escollos.

A toda prisa, Sombrío llegó hasta Spica. Las algas volvieron a moverse, empujadas por otra ola.

Como por ensalmo, las supuestas algas se retrajeron y, lentamente, formaron la figura de una mujer, verde como el brillante fondo y misteriosa como las profundidades marinas. Corales y conchas adornaban su pelo, ristras de perlas le colgaban del cuello y un largo manto semejante a las olas la envolvía y caía a su espalda hasta el plácido chapoteo del mar. Grandes ojos de color celeste, sonrientes y muy profundos, se abrieron para mirarlos.

Spica susurró estupefacta:

—¿Una hada?

Sombrío asintió con la cabeza y luego dijo:

—Bienvenida. Eres una de las compañeras de Floridiana, ¿verdad?

La figura del mar sonrió.

—Sí, soy una de sus hermanas. Mi nombre es Marea y soy la guardiana de los Mares Orientales. Protejo a todas las criaturas que surquen estas aguas respetuosa y pacíficamente. Sé que tú eres Sombrío, Floridiana me ha dicho que pronto te encontraría. Sentía curiosidad por conocer al valiente caballero que ya desafió a la suerte una vez enfrentándose a Brujaxe y destinado a desafiarla de nuevo para liberar la isla a la que pertenecen su corazón y su vida. Por tanto, sé bien venido a mi mar, caballero, y sé bienvenida tú, valiente muchacha. También he oído hablar de tu corazón atrevido...

—¿Cómo es que estás aquí? —le preguntó Spica.

El hada se rió sonoramente, con el mismo sonido que hacían las olas contra los escollos.

—Estoy aquí porque es aquí donde siempre estoy, porque éste es mi mar y donde están sus aguas estoy yo. Por supuesto, no me muestro a todos los que lo cruzan... Pero tú eres distinto, joven elfo, y yo quería hablar contigo. Soy quien fundó la isla sobre un escudo de piedra cuando el primer caballero invocó mi ayuda. Soy quien, desde que cayó la isla, ha vigilado para que nadie arribara allá ni pusiera el pie en ella... Soy yo la única que puede ayudaros a desvelar los misterios de la isla de la que muchos partieron para defender a los inocentes y servir a la paz.

—Te estamos muy agradecidos. Nos sentíamos más perdidos que nunca después de la tormenta. —Luego, poniéndose serio, le preguntó—: Háblanos de la isla, por favor. ¿Qué nos espera?



Los ojos de Marea se volvieron negros y vertiginosos como un remolino. Su voz sonó como el mar durante una tormenta.

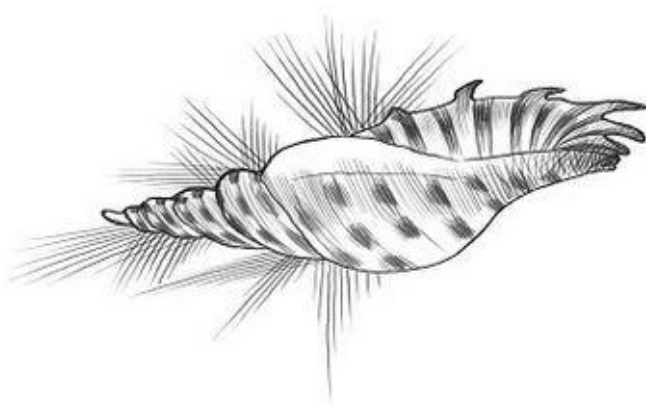
—La ruina y la destrucción se apoderaron de ella con la llegada de las brujas. El Mal flota aún allí y ahora está a punto de triturlarla con su abrazo y arrastrarla al más profundo de los abismos... Durante largos años, con mis corrientes he mantenido

alejados y a salvo barcos cargados de curiosos y conquistadores, pero también de valientes guerreros que se aventuraban hasta ella para pedir ayuda a los caballeros. Si vuestro destino os conduce precisamente a ese lugar, no os impediré que lo alcancéis... Pero puedo ponerlos en guardia: en la isla hay cosas que no son lo que parecen. Y recordad que, cuando os encontréis en su suelo, nadie podrá ayudaros, ni Floridiana ni yo. Pero ¡puedo hacer algo por vosotros!

—Te agradeceremos todo lo que hagas para ayudarnos —dijo Sombrío.

El hada sonrió y movió su mano verde alga. Una ola levemente más fuerte que las demás bañó el escollo y limpió de algas y mucílago una gran caracola.

—¿Una caracola? —preguntó el joven elfo agachándose para cogerla.



—Una de mis amadas caracolas, sí. Una de las más antiguas del mundo. La llamo «reclamo de los mares». Hazla sonar a pleno pulmón con los pies metidos en el agua. Hazla sonar cuando no sepas adonde dirigir tus pasos. Aunque yo estuviera lejos, al otro lado de mi océano, el agua, que me obedece a mí, obedecerá también la llamada y el mar os mostrará caminos que sólo él conoce. Pero recuerda, no malgastes su canto melodioso, porque sólo te ayudará tres veces. Cuando el cielo oiga el último de sus cantos, devuélvelo al agua para que las corrientes lo conduzcan de nuevo a mí. Sólo te pido eso, que lo restituyas al lugar al que pertenece o no podrá ayudar a nadie más.

—Lo haré, no lo dudes. No sé cómo darte las gracias, Marea —murmuró Sombrío, sujetando cuidadosamente la caracola en sus manos.

El hada asintió y volvió a sonreír.

—Creo que Floridiana tiene razón al decir que contigo surgirá una nueva isla y una nueva orden caballeresca. Y yo estaré a tu lado, no lo olvides. Esta noche y los dos próximos días de viaje, el mar se comportará especialmente bien y manso con vosotros... Vigilaré para que nada desde el agua os moleste. —Luego añadió en voz baja—: Pero, os lo ruego, daos prisa en partir, porque la isla tiembla cada día más.

Y antes de que los chicos pudieran decir nada, una ola más fuerte que las demás rompió contra el escollo y se llevó hada y algas levantando altas salpicaduras.

Sombrío y Spica se quedaron solos en aquellos espolones rocosos, mientras la oscuridad caía como un manto y las estrellas empezaban a asomarse en el cielo como

pequeños fuegos curiosos.

—¡Gracias de nuevo! —gritó Spica al mar.

Sólo le contestaron las olas.



PARTE TERCERA

· ~ ·

LA ISLA DE LOS CABALLEROS

TIERRA A LA VISTA



NIMADOS por las palabras del hada de los Mares Orientales, Sombrío y Spica decidieron partir esa misma tarde.

Fue una noche serena, como Marea había prometido, y al día siguiente, tras un sueño sosegado sobre el lomo de *Colamocha*, Sombrío y Spica se despertaron llenos de energía.

Saber que disfrutaban del apoyo de una hada los había tranquilizado. El mar estaba en calma y el calor era soportable gracias a la agradable brisa que soplaba del norte, así que los chicos viajaron calmados, guardando un silencio admirativo ante lo que veían y asombrados de que el mar fuera tan grande.

El día siguiente resultó tórrido, y más aún al viajar con las cotas de malla, las túnicas y los yelmos puestos. De repente, *Colamocha* irguió el cuello y lanzó un atronador rugido de advertencia. Sombrío notó un temblor de jubilosa impaciencia bajo las escamas del dragón; pequeñas formas blancas planeaban en el aire, distantes, ligeras como plumas.

—¡Gaviotas! —le anunció a Spica.

Ella entornó los ojos y se hizo visera con la mano; asintió sonriendo.

—Entonces, ¡la tierra debe de estar ya cercana! ¡Por fin hemos llegado!

Casi no había tenido tiempo de terminar la frase cuando, en el horizonte, apareció un puntito. Un punto oscuro, semejante a la cumbre de una montaña...

Colamocha soltó un largo rugido que llenó el cielo e hizo dispersarse a las gaviotas, espantadas. Sin que Sombrío, con el corazón repleto únicamente de temores y expectativas, le ordenara nada, el dragón aceleró y muy pronto los chicos estuvieron seguros.

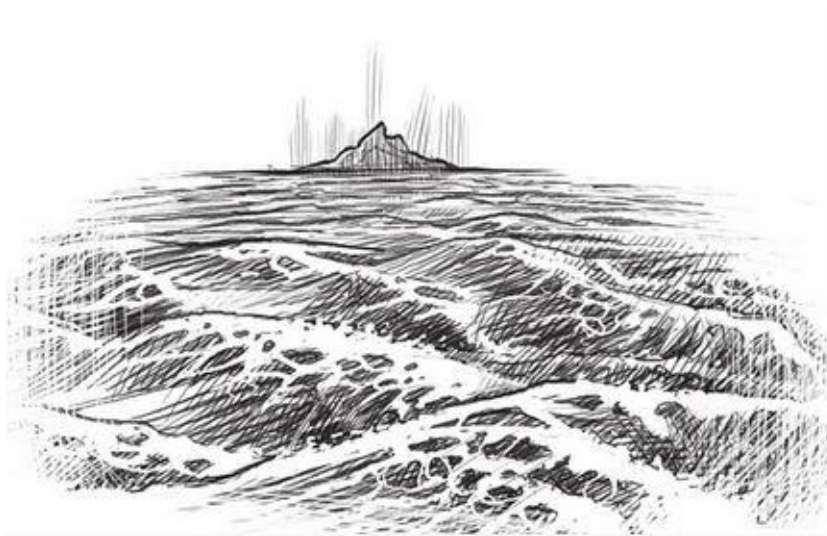
Tierra.

Habían transcurrido pocos días desde que vieron tierra por última vez, pero habían sido días tan difíciles que aquel puntito negro encima de la inacabable extensión azul y brillante les causó un extraño efecto. Estaban cansados, pero se echaron a reír con los ojos fijos en aquel minúsculo pedazo de tierra, inseguros acerca de lo que les aguardaba, pero felices.

Por fin habían llegado a la isla de los Caballeros.

En el cielo rosado del ocaso, la isla fue aproximándose, tanto que Sombrío pudo distinguir lo que quedaba de las torres almenadas y las casas. Miles de veces había soñado con ella sin acertar a delinearla con precisión, y aún más veces había tratado de imaginársela tomando como modelo los pueblos o las sedes reales de los lejanos reinos que había visitado. Pero ahora que la tenía ante sus ojos, se dio cuenta de que la isla de los Caballeros superaba en belleza y majestuosidad cualquiera de sus sueños o fantasías.

Sin embargo, tal vez porque la luz del ocaso lo teñía todo de rosa y oro, la isla de los Caballeros aparecía impregnada de una profunda melancolía.



No era una isla muy grande, desde arriba se podía ver entera su costa, abrupta y salvaje, asomada retadoramente al mar.

Al norte, sobre los salientes rocosos de una pequeña montaña que caía a plomo sobre las aguas, se había edificado una enorme fortaleza, la Ciudadela de los Caballeros. Al abrigo de sus murallas, que circundaban plazas desiertas y en ruinas, se alzaban numerosas casas, algunas muy sencillas y otras fortificadas, en otro tiempo habitadas probablemente por artesanos y pescadores.

Lo que debía de haber sido un bosque, espeso y gris, dominaba el Interior de la isla hasta los acantilados del este.

Al sudoeste, el terreno parecía suavizarse e ir descendiendo poco a poco hasta el mar. Allí estaba lo que quedaba del puerto: un largo muelle de piedra salía de la playa de grava y entraba en el mar, batido por las olas incesantes que fustigaban la isla como si quisieran despertarla. Cascos de viejos barcos hundidos le daban al puerto un aire triste.

Sobre un islote rocoso e inaccesible se veía lo que en otro tiempo debía de haber sido un faro.

Sombrío reconoció filas y filas de perchas para los dragones, explanadas para la ejercitación y plataformas para el despegue y el aterrizaje de los caballeros y sus cabalgaduras.

Parecía que todo hubiese sido abandonado de golpe, en una huida apresurada. Un manto de muerte se cernía sobre la isla de los Caballeros, en la que reinaba la atmósfera funesta del sortilegio de las brujas.

El joven elfo le pidió a *Colamocha* que aterrizara en la playa de grava y, como si eso fuera lo que deseara, el dragón empezó a descender en lentas espirales.

LA ISLA DORMIDA



L reflejo de la luna sobre el agua y el tranquilo chapoteo de las olas resultaban extrañamente fascinantes, fascinación que la inmovilidad en la Ciudadela y el silencio que lo envolvía todo la hacían aún más Irreal.

Los chicos buscaron un sitio seguro donde pasar la noche. En aquella oscuridad que la luna aclaraba, comieron un poco de sus provisiones y, vencidos por el cansancio del viaje, se durmieron bajo la atenta mirada de *Colamocha*.

A la mañana siguiente, las olas rompiendo en la playa, las mismas olas que la habían acunado la noche anterior, despertaron a Spica. Se estiró y dio los buenos días a *Colamocha*, acurrucado sobre la grava cerca de ella. Él sacudió una ala y emitió un débil gruñido por respuesta.

El sol ya estaba alto.

—¿Te ha dejado de guardia? —le preguntó, bostezando, pues no veía a Sombrío por ninguna parte.

El dragón le dirigió una mirada curiosa, luego bajó el morro y, con él, golpeó despacio las alforjas de la comida.

—¡Ah, sí! Tienes razón, será mejor que coma algo —dijo ella, rebuscando en las alforjas para coger unas galletas. Luego subió al muelle mordisqueando el desayuno y restregándose los ojos—. Pero... ¿adónde ha ido?

Colamocha ladeó la cabeza, metió la punta del morro en el agua del mar y luego volvió a mirar a Spica. Ella parpadeó confusa.

—¿Estás tratando de decirme algo? Perdona, pero no te entiendo...

El dragón soltó un bufido y metió una pata en el agua de la pequeña bahía. Después de eso, levantó el morro y señaló primero las alforjas y luego un camino de la isla.

Spica siguió sin entenderlo, pero mientras masticaba un enorme bocado, comprendió. Tragó lo más de prisa posible y exclamó:

—¿Quieres decir que ha ido a buscar agua dulce a alguna fuente?

El dragón alzó las alas, satisfecho, y ella sonrió.

—Bien —dijo—, entonces, ¡veamos si podemos hacer algo útil mientras lo esperamos!



Pese a saber que había dejado a Spica con *Colamocha*, Sombrío no estaba del todo tranquilo mientras iba a buscar agua dulce. Había llenado hasta el borde dos cántaros que había encontrado en el puerto, con mucha más capacidad que sus odres, y se apresuró a volver al pequeño campamento de la playa. Pero nada más doblar la esquina de una de las viejas construcciones del puerto, la inquietud que lo había acompañado toda la mañana se desvaneció. Spica estaba sana y salva, y con *Colamocha*. Estaban haciendo algo con unos extraños bultos.

—No, no, ése no —decía ella, casi como si hablara con su hermano.

Colamocha, un tanto colérico, dio entonces un golpecito con el morro a otro bulto y Spica se echó a reír.

—Ah, sí, muy bien, eso sí podría sernos útil.



En ese instante, el dragón olfateó el olor de su caballero y soltó un gruñido de saludo.

Spica se volvió hacia el chico y puso los brazos en jarras.

—¡No te atrevas a hacerlo nunca más! —empezó a protestar inmediatamente.

—¿A hacer qué?

—¡A irte por esta isla! ¡Marea nos advirtió de los peligros!

—Por eso te he dejado con *Colamocha* —replicó él tratando de no reírse por la expresión de enfado pintada en el rostro de ella.

—No finjas que no me has entendido.

—Sólo he seguido la orilla para buscar un arroyo que vislumbré ayer —se defendió, dejando los cántaros en el suelo—. Desde arriba, me pareció que estaba cerca, pero a pie he tardado un poco. De todos modos, llevaba a *Veneno* y el reclamo de los mares, por si acaso me veía en dificultades graves, pero *Veneno* no ha vibrado ni una sola vez. Si lo hubiese hecho, habría vuelto enseguida.

Colamocha se entrometió restregando afectuosamente su gran morro contra el hombro de Sombrío.

—Sí, yo también estoy contento de verte, pero ¡no he estado fuera tanto tiempo! —replicó él acariciándole el cuello—. Dime, ¿te apetece hacer un vuelo de reconocimiento sobre la isla mientras nosotros decidimos cómo proceder?

El dragón soltó un silbido exultante y se restregó tan fuerte contra Sombrío que casi lo hizo caer; luego, con un movimiento elegante, abrió las alas.

Un instante después, ya estaba volando, libre, sin silla, con sus grandes ojos amarillos fijos en la isla para escrutar cada detalle.

Sombrío suspiró y echó una mirada a los bultos desperdigados por la playa.

—¿Que estabais haciendo hace un momento? —le preguntó a Spica.

—Oh, matábamos el tiempo. El mar ha arrastrado cerca de la orilla unas cajas viejas que probablemente formaban parte del cargamento de algún barco hundido. *Colamocha* las ha empujado hasta aquí con el morro... Estábamos mirando lo que contienen.

—¿Y has encontrado algo útil? —quiso saber él acercándose a lo que quedaba de las cajas.

—Hay muchos tarros de confitura de arándanos y pan para viajes, sellado en recipientes de metal. Y luego gasas y algún instrumental médico que no sabría cómo usar. —Por primera vez en la mañana, Spica le sonrió—. Y tú, ¿qué has visto de camino al arroyo? ¿Hay algo interesante allí?

La expresión del chico se ensombreció.

—Todo está petrificado, Spica. Todo. Hombres, mujeres, animales, hasta las plantas. A lo largo de la orilla pedregosa y en los escollos había arbustos... petrificados también. Y la hierba, allí donde hay, es fina, gris y se pulveriza bajo los pies. Da escalofríos. Lo único que se mueve es el agua. Si las personas siguen vivas, si dentro de la piedra ven y oyen... debe de ser una prisión terrorífica. No poder moverse, no poder siquiera gritar de rabia... —murmuró.

Spica sintió que se le encogía el corazón al oír esas palabras, pero trató de darse ánimos.

—Por eso tenemos que actuar de prisa. ¿Qué te parecería si empezáramos a explorar el pueblo e intentáramos llegar a la fortaleza? —propuso—. Tu padre decía que el escudo estaba en el Salón de los Caballeros.

—Tienes razón. Llevemos con nosotros unas provisiones y luego volvamos aquí para pasar la noche.

—¿Y *Colamocha*? —le preguntó Spica.

—Está volando, nos verá. Y silbaré para llamarlo si hace falta.

Luego, rápidamente, tomaron una de las alforjas y el odre pequeño y se encaminaron al pueblo situado a los pies de la Ciudadela de los Caballeros.



Las calles principales eran amplias y estaban pavimentadas con losas de piedra negra de aristas biseladas. Sombrío y Spica siguieron una de las calles que, desde el puerto, conducían al interior de la isla y pronto empezaron a subir por una larga avenida en la que había casas y palacios.

Las fachadas mostraban aún las señales de los incendios provocados por los

hechizos de las brujas. Los tejados de paja de las viviendas de pescadores habían quedado calcinados por el fuego. Una gran cantidad de flechas astilladas y piedras fragmentadas invadía la calle.

De vez en cuando, el goteo rítmico de una fuente rompía aquel silencio absoluto. Todo estaba insólitamente quieto.

Luego vieron a los primeros habitantes petrificados y se quedaron sin habla.

Brujaxa no había tenido piedad de nadie. Una madre con un niño en brazos, un elfo anciano con bastón, una muchacha con lo que quedaba de un cesto en las manos. Cerca de unos soportales, dos jóvenes reclutas de la guardia corrían sosteniéndose recíprocamente y, poco más allá, se asomaba a una ventana el rostro estupefacto de un gnomo con una capa en la mano... Todos paralizados en sus gestos más cotidianos.



Algunos, sin embargo, parecían haberse dado cuenta del ataque de las brujas y aún tenían impreso en la cara el horror de esa visión: un gato huyendo, un elfo cogido mientras corría con un bulto al hombro, una elfa que se protegía la cara con las manos. Los vigías de las torretas que Sombrío había visto a los lados del puerto debían de haber sido los primeros en avistar la llegada de las brujas y habrían dado la voz de alarma, así que algunos habitantes habían huido rápidamente hacia la Ciudadela para buscar refugio y salvación en ella.

Pero no les había dado tiempo.

Sombrío se sentía terriblemente frustrado. Avanzaba con la mano sobre la empuñadura de *Veneno*.

De golpe, un rugido furioso de *Colamocha* resonó entre las casas, en las calles. El chico tomó de la mano a Spica y corrió hacia su amigo.

Lo encontraron posado en la única pared que quedaba en pie de una casa a las

afueras del pueblo, miraba unos enormes huesos rodeados de grandes escamas azules. Una vieja silla de montar, lisa, recordaba que había sido un dragón de combate y, en las inmediaciones, Sombrío vio una espada rota, una espada muy similar a la que su padre le había legado a él... El caballero que la empuñaba debía de haber muerto en vuelo, cuando intentaba defender la isla y a sus habitantes.

Sombrío apretó los dientes con un nudo en la garganta.

—Ven... —le dijo a Spica, que parecía paralizada de horror.

Enseguida desembocaron en la plaza principal.

Él se detuvo delante de las primeras estatuas y, con todo el aire de sus pulmones y toda la rabia de su pecho, les gritó a aquellas formas petrificadas:

—¡Estamos aquí para ayudaros! Si entre vosotros hay alguien que pueda oírme, quiero que sepáis que estamos aquí para liberaros.

La estrella de su frente brilló de decisión y firmeza como nunca antes. Spica añadió:

—¡No tengáis miedo! ¡Estamos aquí por encargo de Floridiana! ¡No os ha olvidado! ¡Nadie os ha olvidado!

Como para confirmar las palabras de sus amigos, *Colamocha* alzó la cabeza y rugió con una tristeza y una furia infinitas.

Y sus voces se propagaron por los caminos de la isla, se colaron por los callejones más estrechos, atravesaron las ruinas que lo cubrían todo.

El silencio que siguió fue más duro que un mazazo, pero de repente algo se removió.

Una especie de aullido surgió de las profundidades de la isla, del corazón de la tierra.

La isla tembló.

EL ATAQUE DEL MAR



L zumbido que subía del subsuelo era horripilante. Un leve temblor sacudió la tierra.

En menos de un segundo, *Colamocha* asió a Sombrío por la cota de malla, cerró su garra alrededor de la joven elfa y alzó el vuelo.

Spica estaba segura de que la isla estaba a punto de ser tragada por el mar, pero en cuanto estuvo en lo alto del cielo, agarrada al dragón, vio que seguía allí y parecía tan quieta como siempre.

Los chicos se encontraron sobrevolando en vuelo rasante el bosque, cuyos árboles, al igual que toda forma viviente, habían sido transformados en roca, y se acercaron a la Ciudadela con el corazón en un puño.

Colamocha depositó a su jinete sobre su lomo, luego cogió delicadamente a Spica con, los dientes y la deslizó detrás de Sombrío. Éste seguía ordenándole que aterrizara, pero el dragón no quería ni oír hablar de ello, en aquella isla había algo que lo enervaba y no saber qué era lo enervaba todavía más. No bajaría la guardia. Por el momento, los dos elfos estarían más seguros volando que en tierra.

—¡*Colamocha* —repitió Sombrío—, debes dejarnos bajar!

El dragón bramó, molesto.

—Tenemos que ensillarte, no podemos viajar así, podríamos caernos.



Colamocha soltó un resoplido de irritación, pero ralentizó su vuelo. Sombrío esperó que le hiciese caso.

—Además, no podemos estar volando siempre, ¡tendremos que descender a tierra si queremos ayudar a esta gente!

El dragón siguió volando. Su amigo era una criatura complicada. A veces era tan terco que inspiraba ternura. Sombrío sabía bien que sólo quería protegerlos, pero no podía comportarse así cada vez que se presentaba un peligro.

Spica miró abajo, con el cabello rubio revoloteándole alrededor de la cara y casi

perdió el equilibrio a causa del vértigo. Sin estribos ni asideros, se sentía particularmente insegura. Siguió mirando y se dio cuenta de que *Colamocha* estaba sobrevolando el último pico rocoso antes del viejo puerto de la isla y estaba descendiendo hacia su campamento.

Con ojos vigilantes, el dragón escrutó la orilla y voló en círculos un buen rato, durante el cual su jinete no dijo nada más. Al final, lentamente y de mala gana, aterrizó y dejó que los dos chicos lo ensillaran.

Mientras ellos apretaban rápidamente las cinchas de la silla y tomaban algo de comer, nadie los atacó. *Veneno* permaneció inmutable al costado de Sombrío y el anillo inerte bajo la cota de malla. Todo parecía tan tranquilo que producía una extraña sensación de irrealidad.

Luego saltaron otra vez al lomo del dragón para inspeccionar a fondo la isla hasta que la luz del sol se lo permitiera.

Pasaron unas horas. Estaban sobrevolando las costas orientales, muy atentos al menor movimiento, cuando se dejó oír otro aullido. Sombrío vio temblar un pináculo rocoso para después desplomarse sobre el agua como una fruta madura que se desprende de la rama. Casi tuvo la Impresión de que la isla estaba viva... Pero era un pensamiento absurdo.

—¿Has visto? —preguntó Spica, tirándole suavemente de la manga.

Él asintió. También *Colamocha* lo había visto, porque enseñó los dientes con expresión torva.

—¿Un terremoto como el de antes? —preguntó la chica.

—No lo sé. Este aullido parecía particularmente potente —respondió Sombrío. Con el ceño fruncido, mantenía los ojos muy fijos en la accidentada costa—. Quizá alguna criatura se esconde entre las rocas... Estate preparada.

Spica se aseguró de estar enganchada a la cuerda de seguridad, luego aferró el arco y una flecha, preparándose para lo peor. Sombrío empuñó la ballesta de vuelo y contuvo la respiración.

—¡Vamos a echar una ojeada allá abajo! —le ordenó a *Colamocha*.

El dragón Inmovilizó las alas para seguir las corrientes. Superaron las rocas que formaban los acantilados sobre el mar y, justo detrás de un escollo cuya forma recordaba el mascarón de un barco, descubrieron una gruta abierta en el flanco rocoso de la isla. *Colamocha* la sobrevoló varias veces mientras Sombrío y Spica trataban de ver algo más allá de la baja entrada de piedra, en la oscuridad de la caverna.

Precisamente cuando estaban a punto de acercarse se produjo otra sacudida, seguida de un rugido horrible. Una violenta racha de viento y salpicaduras de agua los alcanzó y, por un instante, *Colamocha* vaciló y rugió, como si respondiera a un ataque, pero de la gruta sólo salió un borboteo espumoso, como el de un conducto atrancado, y luego nada más. Instantes después, la gruta desapareció bajo la superficie del agua.



Sombrío puso la mano en el lomo del dragón para tranquilizarlo.

—Todo va bien.

—¿Cómo que todo va bien? ¿Qué puede haber ahí? ¿Qué criatura profiere un sonido tan horrible? —intervino Spica.

Sombrío esbozó una sonrisa.

—Me había olvidado de que lo leí en el diario de mi padre. En alguna parte escribió que había una gruta, en un lado de la isla, que con la marea produce sonidos siniestros. Es porque, cuando sube la marea, el agua, al retirarse tras cada ola, causa una especie de aspiración. Probablemente, lo que hemos notado antes sólo era un terremoto. Estoy convencido de que no hay ninguna criatura. Ahora volvamos al puerto, se está naciendo de noche y estamos cansados.

El dragón llevó a los chicos a la playa de grava. Mientras Spica encendía un fuego con la piedra de llamas, Sombrío ató a la silla de *Colamocha* todo el equipaje; así, en caso de peligro, podrían despegar enseguida sin dejarse nada atrás.

—¿Crees que es el agua lo que hace temblar la isla? ¿Podría ser ésa la razón por la que Floridiana dijo que la isla está en peligro? Si cediera, se hundiría en el mar y ya no se podría salvar a los petrificados —observo Spica después de cenar, entre bostezo y bostezo.

Sombrío no contestó. *Colamocha* soltó un gruñido delicado para llamar la atención de la chica: sólo entonces ella se dio cuenta de que su amigo se había dormido. Sonrió para sí y se restregó los ojos.

—Sí, tienes razón. Hoy ha tenido un día duro. Todos lo hemos tenido, pero para él, ver la isla y a sus habitantes debe de haber sido aún más terrible, ¿no crees? Me parece que anoche no durmió mucho... Y además, y no te ofendas, en vuelo no se

descansa bien —dijo suspirando, mirando el mar que relucía bajo las estrellas, siempre igual y siempre distinto.

El dragón gorjeó bajito y luego apoyó el morro en la grava sin dejar de mirar a Spica con sus ojos amarillos y atentos. A la joven elfa le dio la impresión de que la entendía.

—Yo haré la guardia esta noche. Sombrío se merece un poco de descanso. ¡Y si tú también quieres dormir, no te preocupes! —dijo en un arranque de ternura y valentía.

En aquella isla tenía miedo, pero en realidad no había nada que temer. La habían sobrevolado durante horas con el mayor detenimiento. Y además ella ya era mayor para tener miedo de aquel silencio absoluto, sólo roto por el sonido de las olas. Sombrío y *Colamocha* estaban allí, a su lado, le bastaría con gritar para que acudieran. Por el momento, lo único que podía hacer por ellos era dejarlos dormir en paz.

—Por favor, duérmete tú también —le insistió a *Colamocha*—. Sé muy bien que estás exhausto. Te llamaré cuando me sienta demasiado cansada, así podrás hacerme el relevo.

El dragón resopló y Spica lo interpretó como un sí. Se levantó pues, fue a mojarse la cara y volvió a sentarse, sintiéndose por fin un poco útil. No iba a ser difícil resistirse al sueño, ¡la grava era incomodísima!

Pero la noche se hizo muy pronto tan oscura que incluso las estrellas parecieron demasiado distantes para iluminarla.

Y en el silencio, el chapoteo de las olas, tan plácido, tan repetitivo, acunó a Spica, que, vencida por el cansancio, cayó dormida sin darse cuenta.



Colamocha levantó la cabeza y miró el muelle. Algo lo había despertado, algo se había movido.

En la oscuridad de la noche no veía tan bien como durante el día, faltaban colores y sombras que dieran profundidad. Podía confiar en otros sentidos, como en su capacidad de percibir el calor y los olores de lo que lo rodeaba.

No había señales de vida en la isla.

En el extremo del viejo muelle, algo más caliente que el agua del mar se movió de nuevo y él se agitó. Echó un vistazo a la playa. En aquel silencio total, se dio cuenta de que la chica se había quedado dormida, pese a lo prometido. No lo había llamado.

Silbó contrariado. Ahora le tocaba a él vigilar. Haciendo crujir la grava bajo sus grandes patas con garras, se levantó y volvió a mirar.

Nada. Pero entonces, ¿serían peces?

Con un rápido salto, se plantó en la lengua de piedra que se adentraba en el mar y se deslizó hacia adelante, agazapado, olfateando el aire, buscando un rastro de

peligro.

Sólo percibió el olor a peces y cascos de barco podridos. Se asomó para escudriñar el agua y vio destellar algo bajo la superficie. Observó mejor y, de repente, un sonido a grava removida y madera rota llegó a sus oídos. ¡Lo sabía! ¡No habría tenido que llevar a tierra a Sombrío y a la chica!

Se volvió a tiempo de ver un relampagueo verde y rugió furioso.



Sombrío no supo nunca si lo había despertado la vibración violenta de *Veneno*, la punzada helada del anillo de luz, el ruido de grava removida o el crujido de madera rota, pero cuando se puso en pie, lo poco que vio a la tenue luz de las estrellas bastó para que se le pasara totalmente el sueño: algo viscoso y plateado se estaba deslizando hacia él.

A toda prisa, el elfo retrocedió, sacó su espada y, con un rápido movimiento, cortó por la mitad a la extraña criatura. La cabeza de una larga serpiente plateada cayó al suelo y ensució la grava con una sustancia oscura y espesa. El chico observó el gran ojo redondo de mirada fija y la boca llena de minúsculos dientes aguzados. *Colamocha* rugió a lo lejos y, en aquel mismo instante, la luz verde de *Veneno* iluminó la figura de *Spica*, en el suelo, que luchaba contra otra serpiente plateada.

La chica, incapaz ahora de gritar, intentaba soltarse de su abrazo, que la estaba asfixiando, y se debatía salvajemente. Se la veía aterrorizada y la luz de la estrella de su frente flameó débilmente.

Sombrío se precipitó hacia ella y dio repetidos tajos en el cuerpo de la serpiente, pero la criatura que la envolvía no soltaba su presa. ¿O es que había más de una?

—¡Aguanta! —gritó Sombrío.

Los resplandores verdes de la espada daban a *Spica* un aspecto exangüe y, mientras él golpeaba y golpeaba, los rayos de *Veneno* iluminaron otras serpientes de plata, retorcidas y repugnantes bestias marinas que salían del agua en dirección a su pequeño campamento.

Angustiado, siguió asestando tajos, esperando no herir a *Spica*. La serpiente, se arrojó entonces sobre él y, mientras *Colamocha* aterrizaba a su espalda, lo mordió en el antebrazo con sus dientes afiladísimos. A punto estuvo de escapársele *Veneno* de las manos.

El chico contuvo un grito y luego, con la fuerza que da la desesperación, aferró la empuñadura con la otra mano, descargó la espada y cortó de un tajo la cabeza de la bestia.



El abrazo en torno al cuerpo de Spica se aflojó, pero la luz de su frente casi se había apagado. Sombrío le gritó a su amigo el dragón:

—¡Rápido! ¡Va sabes qué hacer!

Luego, con un esfuerzo inmenso, levantó en brazos a la chica y ascendió hacia el interior de la isla.

A su espalda, un rayo cegador devastó la playa con un trueno seco: con un único y rabioso ataque de *Colamocha*, las serpientes fueron derrotadas.

Inscripciones y deducciones



PICA se reanimó de pronto y carraspeó sofocada, como si alguien la hubiera sacudido vigorosamente.

Entre los párpados entornados vislumbró el rostro de Sombrío, inclinado sobre ella; el chico le sujetaba un paño frío sobre la garganta. Rebuscó en su memoria, pero no recordó nada salvo sus dificultades para respirar. Y la oscuridad.

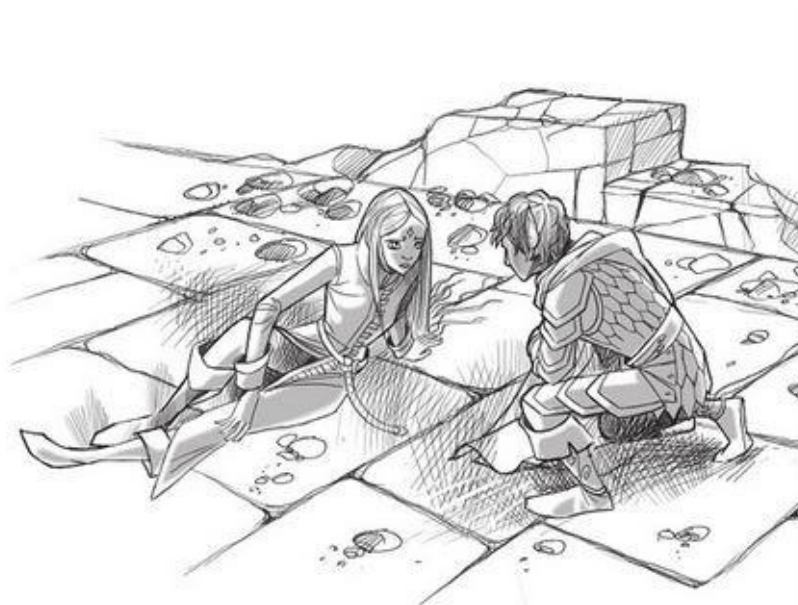
—Sí, muy bien, Spica... ¡Venga, así, despiértate! Di algo... —murmuraba él.

Ella tosió y parpadeó para disipar aquella niebla lechosa que difuminaba aún el rostro de su amigo. Nunca lo había visto tan turbado, debían de encontrarse en serios apuros. Le dolía mucho la cabeza y, al tragar, sentía una herida lacerante; no obstante, no recordaba gran cosa. Había soñado que se ahogaba... Sí, era a causa del hilo negro embrujado de Brujaxa, todavía estaba en su castillo, rodeada de sus esclavas... Y luego había llegado Sombrío para salvarla. Pero tal vez hubiera sido un sueño. ¿Dónde se encontraban? ¿Qué había sucedido?

—Agua. —Fue lo primero que dijo, agarrando el antebrazo de Sombrío.

El chico se estremeció de dolor y por fin pareció darse cuenta de que Spica se había recuperado. Rápidamente, le levantó la cabeza y le acercó el odre pequeño de agua. Ella se la bebió de un trago, como si no hubiera bebido desde hacía años, y al final, temblando de pies a cabeza, miró a Sombrío a los ojos y murmuró su nombre.

Él sonrió, triste.



—Sí, aquí estoy.

Una sensación de seguridad y tranquilidad inundó su corazón. Probó a hablar de nuevo.

—¿Qué ha ocurrido?

Cada palabra le infligía un profundo dolor en la garganta y su voz sonaba ronca.

—¡Chist! No hables, estás medio ahogada. Ella asintió y vio que un vendaje improvisado ceñía el brazo de Sombrío. Estaba ligeramente manchado de sangre. Frunció el ceño.

—No es nada, no te preocupes —le aseguró él, aliviado al ver que Spica se estaba recuperando—. Nos han atacado. Creo que eran serpientes marinas... Nos han pillado por sorpresa.

Y de golpe, ella recordó; la culpa había sido suya, solamente suya. Notó que se ponía colorada. Más allá del hombro de Sombrío podía ver los ojos amarillos de *Colamocha*, que la miraba severamente, y se sintió insignificante.

—Ha sido culpa mía —susurró, bajando la voz—. Tú dormías y no he querido despertarte. He decidido —añadió fatigosamente— que podía hacer yo la guardia y, en cambio, no he logrado mantenerme despierta... Me he dormido como una tonta.

Con su ligereza y presunción casi había hecho que los mataran a todos.

El dragón resopló, pero Sombrío negó con la cabeza, como si lo que acababa de decir Spica no tuviese importancia.

—No lo entiendes..., la estrella. La estrella de tu frente casi se había apagado. Creía..., pensaba que... —tartamudeó, con la voz rota.

—Estoy bien —dijo entonces Spica, mientras trataba de sonreír, en cierto modo contenta al ver cuánto se había inquietado por ella.

—Aquí arriba parece que, por el momento, no hay peligro, pero no volveré a bajar la guardia tan incautamente... No volverá a ocurrir —declaró Sombrío.

Spica movió despacio la cabeza y sintió mil dolorosos pinchazos en el cuello.

—¿Aquí arriba?

Todavía no podía levantar la cabeza y no veía nada de lo que la rodeaba salvo el color rosa pálido de la aurora.

—En la Ciudadela de los Caballeros. Estamos en una de las plataformas para los dragones —respondió Sombrío.

Spica no sabía qué decir. Una vez más, él la había salvado. Pero llegaría un día en que sería capaz de arreglárselas sola, pensó con un temblor de orgullo e impaciencia. Un día en que no sería una carga para Sombrío, sino una ayuda válida. Ese día, se prometió, llegaría pronto. Y a lo mejor sería ella quien le salvara a él la vida.

El sol salió rápidamente. Demasiado cansados para moverse, ambos se sentaron contra el costado de *Colamocha*, que vigilaba los alrededores como un centinela incansable.

Después de algún tiempo, Spica pudo moverse. «Es más fuerte de lo que parece», pensó Sombrío. Incluso insistió en curarle con su ungüento el brazo que le había mordido la serpiente.

Decidieron que era el momento de explorar la fortaleza. En ella se encontraba el Salón de los Caballeros y, en su interior, quizá parte del escudo de piedra roto.

Para poder recomponerlo, sin embargo, había que comprender antes qué era exactamente.

—Pareces pensativo —susurró Spica, mientras bajaban de la plataforma de los dragones por una serie de escaleras. Por todas partes había caballeros convertidos en piedra, inmovilizados en una carrera desesperada o mientras gritaban con la espada desenvainada.

Sombrío meneó la cabeza.

—En su cuaderno, mi padre sugería que alguien había escondido los trozos en la Cripta de la Historia, con la esperanza de que, un día, el escudo pudiera recomponerse.

—Probablemente sucedió tal como pensaba tu padre. En el fondo, es el símbolo mismo de la isla y de los caballeros de la rosa. Cualquier caballero habría hecho todo lo posible para preservarlo.

—De todos modos, recomponer el escudo, signifique lo que signifique, resultará difícil. Ninguno de nosotros pertenece a la isla, no conocemos sus secretos ni sus leyendas, somos forasteros.

—Eso es cierto. Pero también es verdad que Floridiana predijo que tú harías renacer la Orden de los Caballeros de la Rosa, ¿recuerdas?

Por primera vez, Sombrío trató de ver las cosas desde esa perspectiva. Quizá Spica tenía razón, aquél era su destino, de otro modo, tiempo atrás, Floridiana le habría confiado la misión a su padre, que desde luego no la habría rechazado.

La Ciudadela de los Caballeros resultó ser enorme, pensada para acoger casi en todas partes tanto a caballeros como a dragones. Así que *Colamocha* pudo caminar al lado de sus amigos, eso le dio la seguridad de poder intervenir a tiempo en caso de ataque.

A veces, Sombrío le reprochaba ese comportamiento suyo tan protector, pero aquel día lo hacía sentir seguro.

Mientras exploraban las salas en ruinas, encontraron decenas de habitantes petrificados, Incluidos algunos grandes dragones azules y otros dragones más pequeños, con la cresta enhiesta en señal de desafío. Pero sobre todo caballeros, de todos los pueblos y edades.



Atravesaron las gigantescas cocinas y, cuando entraron en la que debió de ser la biblioteca, se quedaron boquiabiertos: el techo se había desplomado y un incendio lo había quemado todo. Los rayos del sol que entraban por las grandes ventanas iluminaban las cenizas revueltas por el viento, lo único que parecía capaz de moverse.

—Ya verás, conseguiremos recomponer el escudo —dijo Sombrío—. ¡Y cuando la isla esté otra vez viva, volveremos a llenar de libros estos estantes!

Dicho esto, su estómago protestó ruidosamente, así que decidieron detenerse para comer. Se sentaron bajo una columnata en ruinas. Frente a ellos se extendía lo que antaño era un jardín.

—Este lugar debía de ser realmente espléndido —murmuró Spica con los ojos brillándole a la luz del sol.

Por todas partes había huellas de un pasado glorioso, mezcladas con las señales de una invasión imprevista. Quemaduras debidas a los rayos, los encantamientos y la brujería marcaban las paredes como arañazos malignos.

Sombrío miró a su alrededor.

—Si ésa es la biblioteca, apuesto a que no estamos lejos del Salón de los

Caballeros.

Tuvieron que callejear más, en las primeras horas de la tarde, y lo encontraron sólo cuando la luz del sol empezaba a decaer.

El Salón de los Caballeros debía de haber sido majestuoso y precioso en otro tiempo. Ahora, el techo se había derrumbado, huesos de dragón yacían esparcidos por todas partes, muchas columnas estaban rotas y por una pared derruida se veía el mar resplandeciente.

En los muros aún enteros destacaban los escudos de los pueblos que habían servido a Floridiana con honor y el centro de la sala estaba ocupado por una especie de tarima redonda de mármol blanco, de una decena de peldaños de altura; debía de ser el palco desde el que cada caballero podía hablar a los demás, reunidos en asamblea, para expresar su opinión o informar de alguna misión. Alrededor estaban dispuestas dos filas de asientos, también de mármol, donde probablemente se acomodaban los demás caballeros para escuchar.

«También mi padre se sentaría aquí», pensó Sombrío. Y seguramente también él habría hablado desde aquel palco, al menos cuando pronunció su juramento como caballero de la rosa. Debió de jurar ante toda la asamblea... ¡y sobre el escudo de piedra!

Sin esconder su nerviosismo, Sombrío se dirigió inmediatamente hacia los escalones.

Allí debía de estar el Escudo de los Caballeros, o al menos lo que quedara de él. Y era allí donde Sombrío debería comprender cómo salvar la isla y a sus habitantes.

De repente, se sobresaltó.

—¿Todo bien? —le preguntó Spica.

—Sí, estoy bien —contestó despacio.

Había encontrado el escudo. O, mejor, lo que quedaba de él. Se trataba de una piedra de granito circular, del tamaño de un escudo normal. Tenía grabado el emblema de los caballeros, una rosa estilizada. Encima del dibujo de la flor se distinguían claramente cuatro huecos en los que encajaban cuatro pétalos en relieve; sólo uno de ellos estaba intacto y en su lugar. Los otros tres no eran más que un espacio vacío en la roca, allí debían de hallarse los fragmentos perdidos cuando el escudo se había roto, como la promesa de alianza de los caballeros con Floridiana, por la traición del general Altomar.

—¡Es precioso! —observó Spica.

—Mi padre escribió que se había elegido un escudo porque los caballeros habían nacido para defender a los inocentes y, por tanto, era justo que juraran sobre un escudo, una arma de protección, y no sobre una espada o un código...



Spica pasó los dedos por el borde realzado.

El granito era granulado y resaltaba de modo especial en medio de la blancura del mármol, como para recordar la verdadera materia de la que estaba hecha la isla y la variedad de los pueblos que servían en la Orden de los Caballeros de la Rosa.

No el refinado mármol, no la basta piedra gris de las brujas, sino el granito. Duro y casi imposible de quebrar.

Casi, justamente.

Sombrío no conseguía apartar la mirada. Había algo en aquel pétalo de piedra todavía encajado en el escudo que parecía hablarle.

Colamocha asomó detrás de él, curioso por saber qué encontraba tan interesante en aquella piedra.

El joven elfo puso una mano sobre el escudo y deslizó los dedos por el borde. Sin saber por qué, tuvo la impresión de que sentía un palpito que traspasaba la fría piedra, pero justo en ese momento un temblor sacudió de nuevo la tierra, el agua borboteó en la gruta de la parte oriental y se alzó el aullido ensordecedor de la isla.

La tierra empezó a temblar despacio, como el día anterior. *Colamocha* se erizó, soplando y haciendo rechinar los dientes mientras miraba alrededor, listo para

combatir. Se enrolló en torno a los chicos para protegerlos, pero no ocurrió nada.

Sombrío acarició el cuello del dragón para tranquilizarlo y esperó hasta que, muy lentamente, la marea volvió a subir y el gemido ululante de la isla cesó.

Mientras caía la noche, Sombrío y Spica decidieron pasarla en el Salón de los Caballeros.

LA HISTORIA DEL ESCUDO



A mañana siguiente sorprendió a los chicos y a *Colamocha* ocupados en la búsqueda de los trozos del escudo en el Salón de los Caballeros.

Por desgracia, como era de esperar, no encontraron nada. En el suelo solamente había pedazos de mármol, huesos, flechas rotas y espadas hechas trizas. Así, mientras el sol teñía las paredes de reflejos dorados, Sombrío y Spica se sentaron en unos viejos asientos, comieron algo y estudiaron una vez más el cuaderno de Corazón Tenaz.

Sombrío pensaba continuamente en una de las últimas frases que su padre había escrito:... *hay algunas pistas para salvar el reino y a los caballeros, ¡o lo que los caballeros fueron en otro tiempo! Si no yo, alguien las utilizará. ¡Allí donde la luna reluce en el día del nacimiento de la isla, allí donde Floridiana vigilaba, sublime e invencible, quizá esté la única respuesta!*

Por mucho que se esforzara, no conseguía entender esa última frase. ¿Dónde estaba el lugar que la luna ilumina sólo un día determinado? Seguramente se refería a la Cripta de la Historia, pero ¿dónde se encontraba?

—Para tu padre esto significaría algo, pero a nosotros no nos dice mucho —se lamentó Spica, interrumpiendo los pensamientos de Sombrío.

—Es cierto. Probablemente, la luna ilumina la cripta una sola vez al mes... o puede que al año. Pero no sabemos cuándo, puesto que ni siquiera sabemos cuál fue el día del nacimiento de la isla —dijo él. Se pasó una mano por el pelo y la cara para aliviar su sensación de cansancio.

—¡... *allí donde Floridiana vigilaba, sublime e invencible, quizá esté la única respuesta!* Ni siquiera menciona los trozos. ¿Y por qué usa el pasado? —reflexionó Spica en voz alta, cruzando los brazos.

—El Escudo de los Caballeros era el símbolo de la alianza entre Floridiana y los caballeros, por eso el día en que se rompió fue como si la reina de las hadas hubiese dejado de vigilar esta tierra. Creo que ése es el significado de sus palabras.

—Sí, tienes razón —asintió la joven elfa, convencida—. Aunque según tú, ¿qué significa «el día del nacimiento de la isla»? ¿El día en que los caballeros se establecieron en ella?

—Me parece la única posibilidad —asintió el chico—. Pero en el diario de mi padre no hay ninguna referencia a una fecha concreta... Lo que me confunde es que él sabía que las brujas se habían llevado todos los libros, así que también sabía que quien no hubiera estudiado la historia de la isla no podía conocer esa fecha. Sin embargo, declara que, si no él, algún otro, siguiendo sus notas, podría buscar los trozos en la cripta...

—Entonces empecemos desde el principio —propuso Spica—. Veamos, él dice que todos los caballeros, si querían, podían acceder a la cripta, por lo tanto no era un lugar secreto.

—En efecto. Pero era un lugar oculto para quienes no pertenecían a la orden y con el tiempo casi todos ellos lo olvidaron también.

—Pero él había estado.

—Sí, de joven, tal vez de niño. Lo había llevado aquel elfo de mar para que comprendiera la importancia del mar y su peligrosidad.

Spica asintió:

—Sí. También Marea nos ha dicho algo bastante parecido, ¿recuerdas? He tenido la impresión —añadió sonriendo— que no es igual que las demás hadas, que es más... severa.

—En el fondo es una hada del mar, y el mar puede cambiar de rostro de un instante a otro, por eso hay que conocerlo y respetarlo, para poder aventurarse en él sin peligro. También nos ha dicho que, sin su ayuda, la isla no habría podido convertirse en lo que era.

—Entonces, según lo que escribe tu padre, los elfos de mar tenían un pasadizo reservado hasta la cripta que podían abrir y cerrar a voluntad. Y también los demás pueblos. Por tanto, eran muchos los pasadizos que conducían a esa estancia —suspiró Spica—. El problema es que no dice dónde están ni cómo se abren.

—Quizá no lo consideraba necesario —observó Sombrío—. Tal vez no sean tan difíciles de encontrar una vez aquí. —Miró a su alrededor y de golpe dio con la clave—. ¡Pues claro! ¡Los escudos de piedra de las paredes!

—¡Sí, tienes razón! —exclamó Spica poniéndose en pie—. ¡¿Cómo no lo hemos pensado enseguida?!

Los chicos se pusieron a examinar de prisa las inscripciones y los escudos de las paredes.

El sol estaba poniéndose cuando Spica se detuvo. Estaba cansada y las palabras empezaban a bailarle en la cabeza sin que lograra hallar un significado o por lo menos una pista útil. Sombrío, en cambio, no parecía sentir el cansancio y buscaba con vigor cualquier posible indicio.

Llevaban todo el día examinando las inscripciones y sólo habían encontrado frases sibilinas como *EL MAR ES EL ÚNICO CAMINO* encima del escudo resquebrajado de los elfos de mar, o bien *EL CINCEL RECORDARÁ SIEMPRE*, encima del de los gnomos de las montañas, o *EL HIELO ES EL COFRE ETERNO* del Reino de los Hielos Perennes.

La estrella de la frente de Sombrío brillaba con reflejos rojos. El chico estaba observando el escudo de los elfos negros y el lema esculpido encima de él: *CUANDO EL DÍA Y LA NOCHE SON UNO*.

—Cuando el día y la noche son uno —susurró, recalcando la última palabra. Lo había entendido.

—¡Mira cómo está escrita la última palabra, Spica! La O de uno encierra un símbolo... ¡Otra vez el eclipse! ¡Es idéntico a éste! —Se entusiasmó y, con mano temblorosa, le enseñó el medallón de los elfos negros que llevaba al cuello—. Siempre me he preguntado por qué el sol y la luna están labrados con tanto realce. Ahora lo entiendo. ¡Se trata de una especie de llave!



Respiró profundamente, luego se quitó el medallón del cuello y lo presionó contra el interior de la O esculpida en el lema. Ésta se hundió en la pared y produjo un chasquido, pero no ocurrió nada más.

El silencio pareció volverse más agobiante.

—Prueba a girarlo —sugirió entonces la joven elfa muy emocionada.

Sombrío asintió y giró el medallón. Como si hubiera sido la pieza central de un rompecabezas, también la piedra giró. A su espalda, los peldaños de la base de la tarima empezaron a moverse, deslizándose hacia atrás unos sobre otros, como las varillas de un abanico. Finalmente, la tarima entera retrocedió y dejó al descubierto un pasadizo a los subterráneos.

La Cripta de la Historia estaba allí abajo. ¿En qué otro sitio habría podido encontrarse sino bajo el escudo, el símbolo del fuerte lazo que unía a Floridiana y sus caballeros? Los dos chicos Intercambiaron una mirada y luego Sombrío, nervioso, empezó a bajar.

Spica iba a llamarlo, pero ya había desaparecido en las sombras del pasadizo. La chica se estremeció al ver caer rodando huesos y fragmentos de roca. Se acercó: una

escalera estrecha y larga bajaba adosada al muro y se perdía en la oscuridad.



Recuperada del asombro, la joven elfa corrió detrás de Sombrío.

La sala bajo el escudo resultó ser pequeña y circular. Estaba medio a oscuras y llena de nichos profundos que contenían esculturas y bajorrelieves. Pinturas con colores vivos destacaban pese a la luz tan débil del ocaso. Los pocos rayos que se filtraban por la abertura iluminaban la estancia con extraños e inquietantes reflejos.

Sombrío pasó los dedos por las esculturas de mármol al tiempo que murmuraba:

—Éste lugar es el más antiguo de la isla... —Luego se acercó a una pintura y la estudió unos instantes antes de exclamar—: Marea construyó la isla prácticamente en torno al escudo del primer caballero, ¡por eso es tan importante!

Spica contemplaba los bajorrelieves con expresión absorta.

—Pero ¿por qué?

—Mira aquí... —dijo el chico, señalando los bajorrelieves que describían la historia de la isla—. El primer caballero defendió a Floridiana con su escudo...

—... y ella otorgó poderes mágicos al escudo como agradecimiento. ¿Y qué sucedió luego?

—Un día, mientras el primer caballero navegaba, su barco naufragó a causa de una tormenta. —Contaba Sombrío con expresión concentrada, tocando el bajorrelieve que representaba la furia de una terrible tempestad, semejante a la que habían afrontado juntos—. Unos pocos se salvaron del hundimiento encaramándose a un escollo. Entonces, el primer caballero dejó el escudo sobre la roca de granito e invocó el auxilio de las hadas.

—¡Fue entonces cuando Marea lo ayudó, mira! Ésta es ella... ¡Hizo que la isla entera emergiera del agua bajo el escudo! —exclamó Spica indicando el bajorrelieve

que representaba a Marea, que había acudido a la llamada del primer caballero y había hecho surgir la isla bajo el escudo.

Ambos estaban estupefactos.

¡Así pues, la isla de los Caballeros había nacido de un pequeño escollo batido por las olas y de la gratitud de Floridiana por un acto de valor!

Durante los años en que el escudo, su fundamento, llevaba roto, la isla, obviamente, se había debilitado y ahora volvía al mar.

Sombrío comprendió finalmente por qué el escudo estaba tan ligado a la supervivencia de la isla de los Caballeros. Observó la cripta con mayor atención. ¿Sería posible que alguien hubiese escondido en aquel lugar los trozos del escudo?

Los chicos Inspeccionaron con gran atención cada centímetro de la estancia en busca de los fragmentos, pero no encontraron nada. Entonces, Sombrío cogió el cuaderno de Corazón Tenaz.

—La respuesta debe de estar aquí. Estoy completamente seguro. Tenemos que releer lo que escribió mi padre. ¡Ven, necesitamos un poco de luz! —dijo y subió corriendo la escalera hasta llegar de nuevo al Salón de los Caballeros. Se sentó en una piedra y le hizo señas a Spica de que se acercara.

—Sin embargo, no lo entiendo —murmuró insegura la chica—. De acuerdo, la isla y sus cimientos dependen del escudo, pero las personas y los dragones que fueron convertidos en piedra, ¿qué tienen que ver con él? ¿De verdad se verán libres del sortilegio si lo recompusiéramos?

—Fíjate en la historia de la isla: nació para salvar a unos inocentes de una muerte segura...

—Tal vez, con el escudo recompuesto, la isla tendrá la fuerza de hacerlo de nuevo —contestó el joven elfo, abriendo una vez más el cuaderno.

Spica sonrió y se sentó junto a él.

Luego, juntos, se pusieron a releer las notas de Corazón Tenaz.

EL FRAGMENTO

MUY pronto, la tarde se convirtió en noche. La luna asomó entre los muros agrietados y su luz plateada se mezcló con la luz rojiza del fuego que habían encendido con la piedra de llamas que les había dado Alablanca. Los dos chicos no habían encontrado más pistas, pero unas palabras seguían sonando de forma continuada en la mente de Sombrío.

En el día del nacimiento de la isla.

Spica reprimió un bostezo.

—Si hay alguna pista, no doy con ella... Quizá deberíamos recurrir al reclamo de los mares.

Sombrío se levantó. Eso atrajo la atención de *Colamocha*, que alzó la cabeza.

—¿Qué haces? —le preguntó Spica.

—Quiero ver una cosa... —le contestó él, mientras se acercaba al lugar de la pared donde estaba la inscripción sobre el escudo de los elfos negros: *CUANDO EL DÍA Y LA NOCHE SON UNO*.

—¿Crees que la frase oculta algo más?

—No lo sé. Creo que mi padre sabía dónde buscar en la pequeña cripta... Quizá haya un escondite.

—¿Un escondite?

—Podría ser...

Ni siquiera él tenía las ideas demasiado claras. Luego tuvo una iluminación que le infundió esperanzas. Volvió aprisa junto al fuego para releer el cuaderno. *Allí donde la luna resplandece en el día del nacimiento de la isla.*

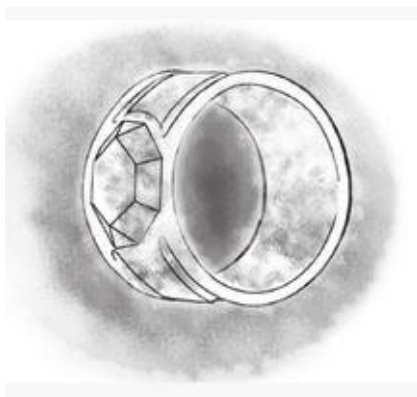
—Sí... El día podría indicar un punto exacto de la Cripta de la Historia. Los bajorrelieves representan la historia de la isla, quizá *el día del nacimiento de la isla* se refiera al punto en que se narra ese día. ¡Es ahí donde deberíamos centrar nuestra búsqueda!

En ese instante, el anillo de luz colgado del cuello de Sombrío pareció volverse de hielo y el chico se quedó unos instantes sin respiración. Lo sacó de debajo de la cota de malla y vio que brillaba con una Intensa luz plateada. Era como si lo llamara, como si entre el objeto mágico y él hubiese una comunicación secreta, íntima. Otra

vez.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Spica, al ver que se había quedado inmóvil de repente.

—Se ha enfriado —murmuró Sombrío frunciendo el ceño y enseñándole el anillo.



¿Aquello quería decir que tenía razón? ¿O quizá que estaba sucediendo algo en ese momento? *Veneno* no vibraba, así que no podía ser una amenaza, pero no podía estar seguro. El joven elfo se llevó la mano a la empuñadura de la espada y se volvió hacia el dragón, que había levantado la cabeza con aire cauteloso.

—*Colamocha*, vigila aquí arriba, nosotros vamos a bajar de nuevo a la cripta —dijo, con voz llena de ansiedad. Luego, volviéndose a la chica, le preguntó—: ¿Recuerdas las palabras de mi padre, Spica?

—¿Cuáles?

—*Allí donde la luna resplandece en el día del nacimiento de la isla...* ¡La luna, Spica, la luna!

—¿La luna?

—¡Mira!

Sombrío señaló el cielo: la luna acababa de alcanzar la abertura en la pared. Era una luna casi llena y brillaba con una delicada luz plateada.

—Sí, pero la luna no puede iluminar la cripta, mira qué baja está en el horizonte —respondió Spica.

Sombrío negó con la cabeza y, con creciente nerviosismo, la tomó de la mano y juntos volvieron a bajar la escalera. Ella tuvo que correr para seguir su paso.

Y, mientras bajaban, ocurrió algo asombroso: la luz de la luna, tan distante solo momentos antes, penetró en la cripta y, al traspasar pequeños cristales encantados colgados del techo que los chicos no habían visto hasta entonces, difundió una luz maravillosa.

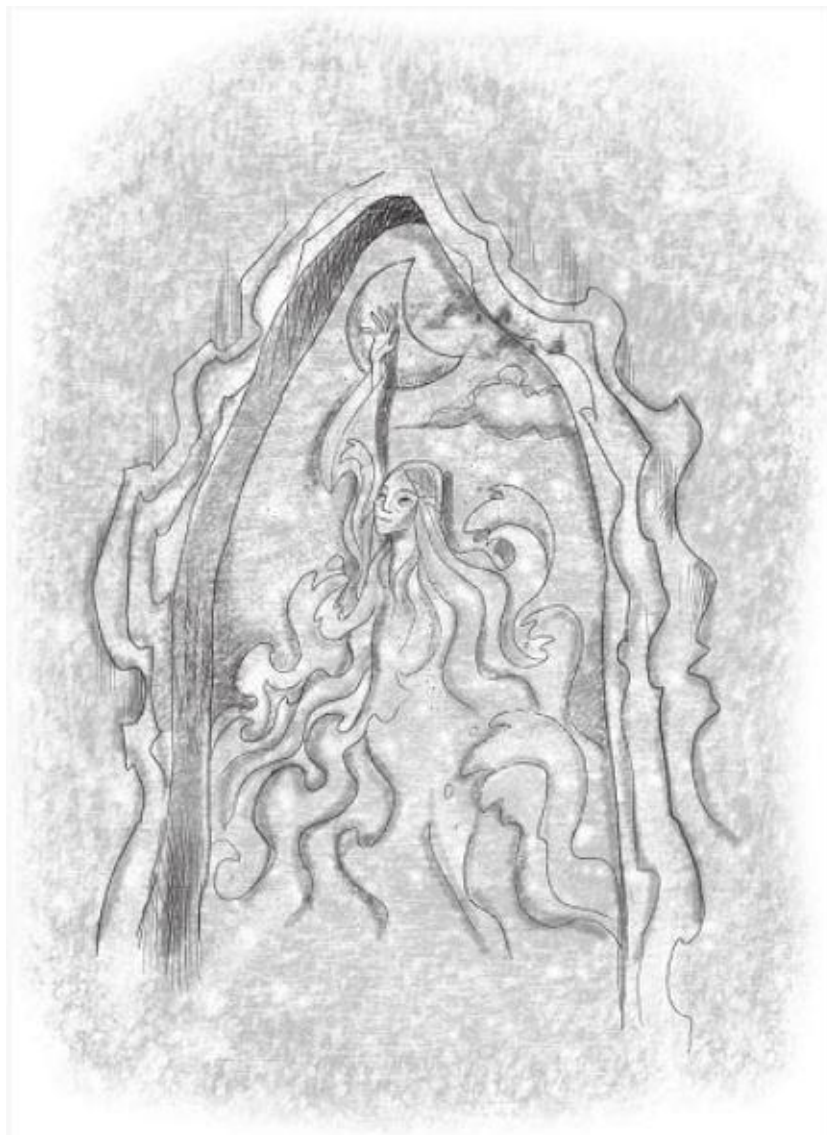
—¿Qué...?! —exclamó Spica, estupefacta—. ¿Qué está ocurriendo?

La luz fluctuaba y los bajorrelieves parecían sumergidos en agua.

—¡Mira! —Sombrío señaló otro—. Hay un agujero en la roca y la luz de la luna lo atraviesa y llega hasta aquí. El anillo lo sabía y era lo que quería comunicarme.

Avanzó en medio de la luz móvil de la estancia, cautivado por aquella magia.

Instantes después, la luz de la luna se hizo más débil, hasta desaparecer por fin. De todos modos, los cristales mágicos siguieron centelleando e iluminaban la cripta como si fuera de día.



Los chicos se acercaron al bajorrelieve que representaba el nacimiento de la isla. Sombrío rozó la piedra, pero su mano pasó a través de ella. Se sobresaltó y, por un instante, se quedó quieto.

—¡No es roca! ¡Mira, puedo pasar a través de ella! ¡Hay... un vacío detrás!

—¿Un vacío detrás?

—¡Sí! ¡Debe de ser esa extraña luz la que crea la magia! Da a la piedra la consistencia del agua...

Y metió la mano hasta el otro lado de lo que aquella tarde aparecía tan sólidamente esculpido en la roca, creando amplias ondas de luz sobre la Imagen de la isla naciente y, a su vez, haciendo ondular la de Marea.

Hundiendo más el brazo, los dedos de Sombrío encontraron algo, un gran fragmento de piedra... ¡Un fragmento del Escudo de los Caballeros! Precisamente en el día en que la isla había surgido del mar, como había escrito su padre. El joven elfo

metió también la otra mano, agarró la piedra de bordes bastos y cortantes, casi tan grande como un libro, y la sacó de su escondite.

Con ayuda de Spica, sostuvo el trozo de granito y lo llevó arriba.

El anillo de luz se enfriaba cada vez más conforme se acercaban a la tarima. Las reverberaciones movedizas del fuego del Salón de los Caballeros iluminaron lo que quedaba del escudo y hasta *Colamocha* se acercó para curiosarse.

Tras subir trabajosamente los escalones, los chicos dejaron la piedra en el borde del escudo. Era grande, pero no lo bastante para cubrir todo el hueco vacío. Faltaban aún dos trozos, a saber dónde estarían. ¿Cómo podrían encontrarlos?

Spica y Sombrío se miraron a los ojos, demasiado emocionados para hablar, y empujaron el fragmento hasta su sitio.

El trozo se soldó al escudo. En ese instante, el pasaje a la cripta se volvió a cerrar solo, con un ruido sordo. La tarima empezó a girar y los dos se agarraron al escudo mientras un rayo de luz caía sobre ellos.

De repente, Sombrío fue impulsado hacia atrás por una fuerza extraordinaria.

Cayó y se golpeó la cabeza. Vio un rayo, luego oyó un trueno lejanísimo y Floridiana, la reina de las hadas, apareció encima del escudo, preciosa. Una figura de luz radiante, como siempre. Y tan distante también como siempre.

—¡Bravo, Audaz Sombrío! —dijo la reina de las hadas con su voz cristalina—. *Has encontrado el primer fragmento, el que representa el pasado de la isla; un pasado largo y glorioso sin el cual no sería posible poner los cimientos de un futuro duradero. Este fragmento unirá a los nuevos caballeros en el recuerdo de lo que eran. Nadie, de hecho, puede saber adónde ir si no sabe de dónde viene. Si los injustos que traicionaron representan el camino a evitar, los justos que desempeñaron con honor su papel de caballeros indican el camino a seguir.*

Sombrío trató de moverse, de hablar, de preguntar dónde podían encontrar los otros fragmentos... Pero era como si algo lo atenazara. La luz de la sonrisa de la reina de las hadas lo deslumbró, se volvió casi insoportable. Y en medio de aquella luz, Floridiana desapareció.

Todo se convirtió en oscuridad.

EL RECLAMO DE LOS MARES



OMBRÍO se despertó por la mañana con dolor de cabeza y el recuerdo de Floridiana todavía vivo en su mente. Tenía la impresión de salir de un profundo pozo donde no entraba ni un solo rayo de sol y volver ahora a la luz.

Abrió los ojos. La joven elfa estaba mojándole la frente con un paño húmedo, pero tenía la mirada puesta en el cielo. *Colamocha* había posado su gigantesco morro junto a él y lo miraba, inquieto y turbado. En cuanto vio que estaba mejor, resopló y levantó la cabeza.

Spica se volvió con la cara pálida y preocupada.

—¡Oh, por fin te recuperas! —gimió.

Sombrío le apretó una mano y sonrió.

—Sí, estoy bien... Pero ¿por qué esas caras largas?

Trató de sentarse, pero las sienes le palpitaron dolorosamente y tuvo que apoyarse en una de las grandes patas de *Colamocha*.

El dragón le puso el morro en las rodillas, contento, mientras Spica trataba de sonreír, aunque sin conseguirlo.

—¿No... te acuerdas? —le preguntó—. Cuando encajamos en su sitio el fragmento, se levantó un viento terrible, yo rodé por los peldaños, pero tú saliste despedido y te golpeaste la cabeza. Llevas toda la noche sin sentido... Estaba preocupada.

Sombrío guardó silencio largo rato, tratando de recordar. Vio unas gasas manchadas de sangre a su lado y se pasó la mano por la nuca. Estaba herido.



—Spica...

—¿Sí?

—¿Tú no la has visto?

—¿De qué hablas?

—El rayo... El escudo... Floridiana... —farfulló él, buscando una postura en que no sintiera dolor. Luego se dio cuenta de que llevaba el anillo de luz en el dedo anular izquierdo. Frunció el ceño, tal vez

porque había comprendido lo ocurrido.

—No, tú no la viste, ¿verdad? —siguió diciendo—. Era un nuevo mensaje para mí, lo ha enviado a través del anillo. No recordaba que me lo había puesto...

—¿Viste a Floridiana? —preguntó ella, conteniendo la respiración—. ¿Qué te dijo?

Sombrío le contó lo que había visto y oído. Poco a poco, entre tanto, el color volvía a las mejillas de la chica. Al final sonrió.

—Sin embargo, no tenemos ninguna pista más... ¿no es cierto?

—No, no recuerdo ninguna —dijo él—. Pero ya me había dicho que no podría ayudarme, que esta misión era cosa mía. Y tuya, que quisiste acompañarme... Pero quizá ahora comprendo por qué. Un caballero traicionó el espíritu del Escudo de Piedra de la isla, imposibilitando así la protección de Floridiana y dejando vía libre a Brujaxa, que con su hechizo malvado petrificó el alma de todos los seres vivos, no sólo personas y animales, también convirtió en fría piedra la savia de las plantas, borrando así todo color... Las hadas no pueden hacer nada por la isla, ni siquiera Floridiana en persona. Ella sólo puede encaminar nuestros pasos...

—Entiendo muy bien lo que quieres decir —asintió Spica—. Solamente un acto desinteresado de valentía de otro caballero podrá recomponer el escudo y consolidar la isla...

—Eso parece. Y después de la petrificación de mi padre, soy el único descendiente de un caballero.

Spica suspiró.

—He reflexionado mucho esta noche, mientras estabas desmayado, y he vuelto a estudiar el cuaderno de tu padre. Aparte de su vida y sus observaciones, es una especie de lista de cosas que hacer, según lo que iba sabiendo gracias a las hadas y a los testigos que veía. Recogió muchas pistas, teniendo en cuenta que estaba confinado en el Reino de los Bosques, pero... sólo sobre este fragmento. ¡Tu padre no tenía ni idea de dónde se encontraban los otros! Así que ni siquiera él nos puede ayudar. ¿Qué vamos a hacer?

—Lo sé, lo sé muy bien. Pero por el momento, hemos encontrado el primero y estoy seguro de que también los otros dos están aquí, en la isla. En algún sitio.



Durante dos días, Sombrío y Spica, con ayuda de *Colamocha*, exploraron palmo a palmo la isla, desde el pueblo hasta el bosque petrificado, con sus acantilados azotados por las olas. Allí, sobre un acantilado, encontraron una construcción rodeada de varias zonas acondicionadas para el aterrizaje de los dragones. Quizá se tratase de un campo de adiestramiento. En el interior, todo estaba destruido, salvo algunos objetos de metal limpio y brillante, como si nunca hubieran dejado de utilizarse, y un

gran catalejo con el que escrutaron el mar hacia el este.

Desde que el primer fragmento fue devuelto a su sitio, los terremotos se habían hecho menos intensos, pero todas las tardes, con el cambio de marea, de la cueva volvía a alzarse el aullido amenazador del mar. Sombrío y Spica casi se habían acostumbrado. El único que todavía se ponía nervioso era *Colamocha*, pero cuanto más tiempo pasaba sin que sucediera nada, más tranquilo estaba.

Finalmente, el tercer día, los chicos volvieron al puerto, donde exploraron a fondo cada construcción, ruina por ruina, almacén por almacén, piedra por piedra, sin encontrar nada, escoltados por *Colamocha*, que los seguía a todas partes.

Así, aquella tarde, mientras el sol se ponía, coloreando de rojo las aguas de los Mares Orientales, Sombrío se decidió: suspirando, cogió la caracola que Marea les había entregado y fue hasta donde rompían las olas. El agua susurraba y levantaba una ligera espuma al batir contra la playa de grava donde los habían atacado.



El dragón lo seguía de cerca, llevando a Spica sobre el lomo, listo para asir a Sombrío por la túnica y huir en cuanto sus ojos agudos vieran aparecer más serpientes plateadas.

Pero todo estaba tan tranquilo aquella tarde que la agresión de hacía unos días parecía algo imaginario.

Sombrío dejó que el agua le llegara a las piernas y, con la esperanza de estar haciendo lo correcto, se acercó el reclamo a los labios y sopló.

De la gran caracola salió un sonido profundo que lo envolvió todo. *Colamocha* aulló.

Las olas, entonces, dejaron de arrojarse contra el muelle y el mar, de repente, pareció detenerse en espera de algo. En el aire inmóvil, la luz roja del ocaso lo incendió todo, mostrando una extensión de agua plana e innatural, lisa como el aceite.

—Pero ¿qué ocurre? —preguntó Spica.

Su voz le llegó a Sombrío débil y lejana, el breve rugido del dragón fue como un murmullo a su espalda. De golpe, el agua se volvió a mover, pero no hacia la costa: una ola majestuosa se levantó a lo lejos, por encima de un islote alto y solitario, donde descollaba el faro en ruinas. Luego, otras olas acudieron desde todas direcciones para abatirse sobre el islote con un estruendo potente, una tras otra.

Aquella era la respuesta del reclamo de los mares.

El agua les había indicado el camino y ahora volvía a embestir la costa con sus olas.

—Pues claro... ¡Nos habíamos olvidado del faro! —murmuró el joven elfo, saliendo de su estado de ensoñación.

Con su intensa mirada muda, *Colamocha* le preguntó qué quería hacer.

Sombrío sonrió.

—Mañana por la mañana, amigo mío. Todavía no hemos explorado ese islote del faro y ahora sería peligroso aventurarse a ir allí, dentro de poco será de noche... Pero mañana iremos a buscar el segundo fragmento del escudo, ¡estoy seguro de que se encuentra en ese islote!

Luego montó y, mientras *Colamocha* alzaba el vuelo hacia la Ciudadela de los Caballeros, por un Instante, Sombrío se sintió más sereno.

Como si de repente todo le resultara claro.

Como si el futuro, en este momento, tuviera un objetivo bien definido.

Como si el reclamo de los mares hubiese despertado en él la certidumbre de que la isla renacería.

Después de todo, el mar estaba de su lado, al igual que Marea y Floridiana. Pero nadie podía hacer lo que a él le correspondía.

En ese Instante, el último rayo de sol se hundió en el mar, que parecía arder con resplandores rojizos. Luego, como tragada por las aguas, la luz desapareció y el crepúsculo se volvió de repente oscuro y lúgubre.



PARTE CUARTA

· ~ ·

FRAGMENTOS

EL ISLOTE DEL FARO

POCO antes de que amaneciera, después de un desayuno rápido, Sombrío cargó la última alforja, la aseguró a los enganches de la silla, saltó sobre *Colamocha* y le tendió la mano a Spica. La chica, ya experimentada, apoyó un pie en la pata del dragón, puso el otro en el estribo, agarró la mano de Sombrío y, en un instante, estuvo sentada detrás de él. Por la abertura de la pared miró el Salón de los Caballeros, donde habían pasado la noche, y sonrió.

—¡Estoy lista! —anunció.

Sombrío le dio la señal de marcha a *Colamocha*, que inmediatamente alzó el vuelo con elegancia. En cuanto encontró una corriente que subía en el aire fresco de la mañana, sus grandes alas azules se desplegaron y se dejaron Impulsar como velas, como si siguieran un camino Invisible trazado en el cielo.

Sobre el mar aún había niebla, pero se disiparía nada más salir el sol con los fuertes vientos que soplaban sobre la isla. Las estrellas Iban desapareciendo una a una en el color vago de la aurora. En breve, el sol inundaría el cielo estival con su luz poderosa y caliente.

Ahora, *Colamocha* conocía ya la isla: su cielo, su mar...

Volando, Sombrío se sentía casi tan libre y seguro como su dragón. Sin embargo, aquella mañana se sentía fuera de lugar, como cuando, de pequeño, se había encontrado de golpe al otro lado de la Puerta de Jade tras una arriesgada huida del Reino de los Bosques. Esta vez, no obstante, no estaba solo, tenía a Spica y *Colamocha* a su lado. Además, las hadas velaban por él: Floridiana se le había vuelto a aparecer, aunque fuera en sueños, y Marea le había respondido cuando había invocado su ayuda.

Quizá fuera el anillo de luz lo que le producía aquella sensación: no sólo no recordaba habérselo puesto, sino que ni siquiera se lo había podido quitar luego.

También Spica estaba sumida en sus pensamientos cuando una maniobra imprevista de *Colamocha* llamó su atención. El vuelo tendría que haber sido muy breve, en cambio, el sol había salido y ellos todavía no habían llegado. El dragón parecía dudar en aterrizar en el islote.

Se había acercado en vuelo rasante y lo había sobrevolado durante unos minutos,

planeando, para poder estudiar detalladamente aquella extraña construcción desde todos los ángulos.

También las bandadas de gaviotas parecían evitarlo y preferían hacer sus nidos en los demás islotes y pescar en otros sitios, como si aquel faro fuera peligroso.

Sombrío buscaba un punto idóneo para aterrizar, pero la única solución parecía un pequeño espacio llano, probablemente una vieja plataforma para dragones, que afloraba con la marea baja; aunque era un poco pequeña para *Colamocha*, cuyas alas eran realmente imponentes.

Mientras el dragón daba la enésima vuelta en torno a la torre petrificada, la joven elfa frunció el ceño.



—¿Estamos seguros de que es un faro? Mira la superficie de los muros, parece toda esculpida, decorada...

—Es verdad —dijo Sombrío—. Pero ¿qué otra cosa podría ser?

Spica tuvo que reconocer que él tenía razón.

—Pero los muros son muy raros... ¿Crees que el faro está esculpido en la roca del islote?

—No, no es el mismo granito de la base. Es de piedra gris, como la del bosque...

Sólo entonces Spica distinguió en la superficie pequeñas formas que parecían hojas.

—¡Plantas! ¡El faro estaba cubierto de enredaderas que se petrificaron como el resto de la isla! —Interesada en verificar su descubrimiento, preguntó—: ¿Dónde

piensas aterrizar?

Sombrío señaló la plataforma que, entre tanto, empezaba a emerger del agua.

—Allí abajo, no hay otra alternativa. Puede que también en tiempos de mi padre se llegara aquí de esta manera.

Spica aguzó la vista y sólo entonces percibió la estrechísima escalera que, desde la plataforma, subía por un lado del islote hasta el faro, escondida a trechos por la piedra y las sombras. Luego vio unos salientes.

—¡Mira! Debía de haber también un puente que unía el faro con la isla. Ésos parecen pilares.

—Parece ser que para llegar al faro desde la isla había un camino... que ahora termina en la nada. ¿Echamos un vistazo? ¿Te molesta, amigo? —le preguntó Sombrío a *Colamocha*.

El dragón, contento por poder mostrar su habilidad, descendió en picado hacia el mar, corrigió su dirección en el último momento, poniéndole un nudo en la garganta a Spica, y prosiguió en vuelo rasante hasta la isla de los Caballeros.

Con el aire azotándoles el rostro, los chicos vieron los restos de un puente de cuerda ahora quemado.

—Parece que no hay otro modo de llegar hasta el islote como no sea volando y tampoco otro lugar donde pueda posarse un dragón salvo esa roca plana que hemos visto antes —dijo Sombrío, mientras volvían hacia el faro—. En el islote hay muy poco espacio para ti, *Colamocha*, a menos que quieras trepar desde la plataforma hasta aquel peñasco saliente que hay junto a la torre.

El dragón profirió un grito de asentimiento y Sombrío le replicó sonriendo:

—De acuerdo, amigo mío, pero si quieres encaramarte allí, tendrás que hacerlo solo. Para nosotros sería demasiado peligroso seguir en la silla mientras subes, corremos el peligro de caernos al agua.

—He estado mirando pero desde aquí no he visto ninguna puerta, ¿y tú? —preguntó Spica.

Sombrío negó con la cabeza.

—Yo tampoco, pero quizá mirando de cerca... ¡Adelante, *Colamocha*! ¡Déjanos ahí ahora que la marea está baja!

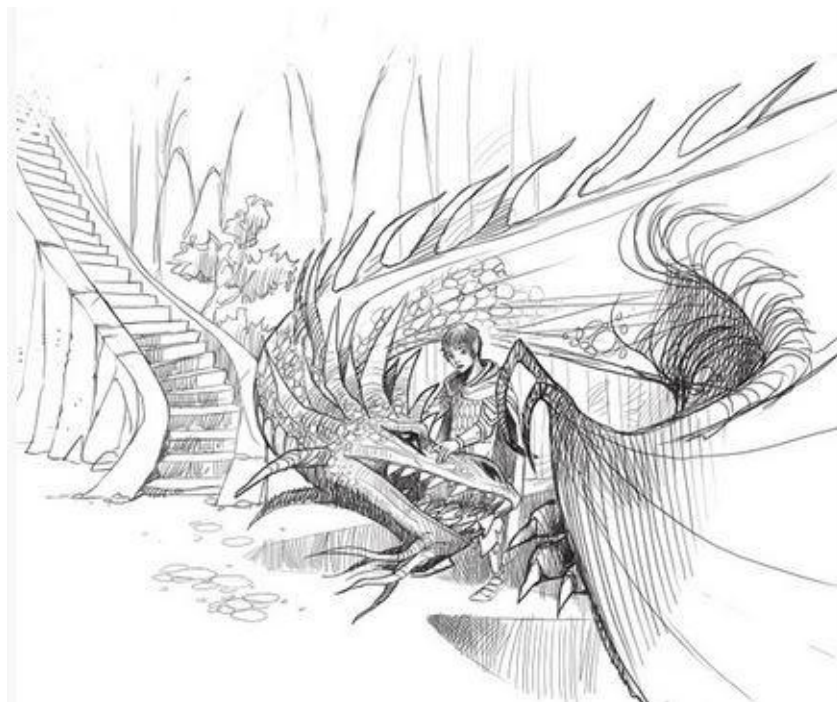
El dragón bufó y luego, de mala gana, empezó a descender. No entendía cómo razonaba su joven amigo: con dos aleteos, los habría llevado tranquilamente a lo alto de aquella extraña e inquietante construcción. De todos modos, tal vez su caballero tuviera razón, allí arriba no había suficiente espacio para poder aterrizar. En realidad, estaba preocupado, depositarlos allí abajo significaba dejarlos proseguir solos y no poder protegerlos, pero tenía que fiarse de su caballero.

Cuando puso las patas en la plataforma, la roca resultó terriblemente resbaladiza y *Colamocha* estuvo a punto de caer al agua. Consiguió recuperar el equilibrio a fuerza de arañar la piedra con sus garras, mientras Sombrío y Spica se sujetaban a la silla. Los chicos pudieron bajar por fin a tierra y prepararse para subir la estrecha escalera

que llevaba a lo alto del islote.

Colamocha rodeó a Sombrío con su largo cuello y se dejó acariciar entre los ojos con expresión de desaliento.

—Nosotros nos vamos. Si decides seguirnos trepando por las rocas, ten cuidado, son muy resbaladizas —le aconsejó el chico—. Tal vez fuera mejor que te quedases aquí o siguieras volando. En todo caso, no te preocupes por nosotros. Si te necesitamos, te llamaré.



El dragón suspiró de resignación. Sombrío sonrió, le hizo una última caricia y, junto con Spica, empezó a subir los peldaños estrechos e irregulares.

El sol era despiadado, pero al menos el estruendo de las olas, que al principio era casi insoportable, había disminuido tras unos minutos de subida. Sombrío se enjugó la frente y se volvió hacia Spica, que parecía fatigada. Se detuvo para esperarla en un punto en que la angosta escalera se ensanchaba un poco y se asomó para mirar la isla.

—Es preciosa, ¿verdad? —dijo la chica, jadeante, cuando llegó a su lado.

Él sonrió.

—Lo será más cuando recobre la vida.

—Esta mañana, mientras volábamos, trataba de imaginármela... Los bosques verde oscuro, los prados de color esmeralda, salpicados de flores... Las banderas ondeando sobre las torres de la fortaleza... Los dragones alzando el vuelo... Las barcas de los pescadores y los mercaderes amarradas en el puerto... En el pueblo, el aroma del pan recién hecho y las casas llenas de vida, voces y tiestos de flores en las ventanas.

Sombrío sonrió con alegría.

—¡Eres increíble! Dos palabras tuyas y casi me parece ver la isla de los Caballeros en los tiempos de mi padre.

Spica enrojeció.

—Bueno, en realidad trataba de imaginármela como será, no como era. ¿A ti cómo te gustaría que fuese?

Sombrío, pillado por sorpresa, no contestó enseguida. No lo había pensado. Su misión era despertar a la isla de su sueño de piedra, pero... ¿y luego?

—No lo sé... Me gustaría que todos los habitantes pudieran volver a abrazar a los supervivientes y recordar a los muertos con todos los honores. Me gustaría que pudieran vivir serenamente. Y también que los caballeros volvieran a tener su función.

—Sí, tienes razón —dijo Spica con los ojos fijos en el resplandor del mar azul—. Pero eres tu quien podrá decidir el destino de la isla después. Lo sabes, ¿verdad? Esta gente te elegirá para que los guíes, porque es a ti a quien ha elegido Floridiana. Y eso me hace sentir más tranquila.

Sombrío se echó a reír.

—¡A mí, en cambio, me hace el efecto contrario! —Luego, poniéndose serio de nuevo, añadió—: Si tomara una decisión equivocada, aunque lo hiciera por consejo de Floridiana, la responsabilidad sería solamente mía. Si por un error mío murieran personas, yo...

—Mi padre diría: *No se puede tener la certeza de hacer lo correcto...*

—... *pero ¡siempre hay que intentarlo!* —concluyo Sombrío con un suspiro—. Sí, lo sé.

Spica asintió gravemente.

—Yo confío en tus decisiones. Y estoy segura de que en la isla todos te querrán por las decisiones que hayas tomado y por las que tomarás; tanto, que desearán que seas su guía.

Sombrío se sintió reconfortado. Iba a contestar cuando un rugido ahogado llamó su atención. *Colamocha* apareció entre las rocas y parecía invitarlos a proseguir la subida sin perder tiempo.

Spica se echó a reír.

—¿Sabes?, creo que *Colamocha* se pone un poco celoso cuando nos quedamos solos.

Sombrío hizo un gesto para tranquilizar al dragón, que los miraba preocupado.

—Bueno, en realidad, no puedo hacer nada, ¡tendrá que acostumbrarse!

Las mejillas de Spica enrojecieron y Sombrío, a su vez, sintió que se ruborizaba; dio media vuelta y reanudó la subida. Unos escalones más y alcanzarían el faro.

LA PRISIÓN DE PIEDRA



PICA, al observar la planta petrificada que rodeaba la torre hasta el tejado, exclamó:

—¡Zarzaparrilla! ¡No me lo puedo creer, este faro estaba completamente cubierto de ramas de zarzaparrilla!

Un estrecho camino de ronda con pasamanos discurría por la base de la torre y los salientes del islote formaban una irregular corona alrededor.

Colamocha estaba abrazado al espolón particularmente avanzado, que habían visto desde el aire, con las alas semiabiertas para mantener el precario equilibrio y miraba con curiosidad la construcción.

—¿Zarzaparrilla? —preguntó, con curiosidad, Sombrío—. ¿Cómo lo sabes?

—Bueno, es que enseñar a los elfos pequeños significa aprender antes muchas cosas, incluso sobre la zarzaparrilla. Es una de las plantas que cultivo con los niños en los invernaderos reales. ¡Mira, estaba llena de frutos! Debía de ser otoño cuando la isla de los Caballeros fue petrificada. El faro sería precioso visto desde lejos, ¡una mancha verde llena de bayas rojas que se recortaba contra el azul del mar!

Comieron algo rápido y luego inspeccionaron el camino de ronda que rodeaba el faro, y así descubrieron la puerta, enmarcada por la enredadera petrificada. Pero no se abría.

Alguien había tratado ya de forzarla; las plantas rotas y la piedra ennegrecida alrededor revelaban que las brujas habían utilizado hechizos en su intento de abrirla.

Sombrío y Spica intentaron entrar de todas las formas posibles, incluso a golpes de hombro, pero la hoja, de gruesa madera de roble, no cedía. Parecía como si algo la bloqueara por dentro.

Los chicos buscaron entonces alguna otra solución. Las ventanas, más parecidas en realidad a saeteras, estaban muy altas y el ramaje tupido y espinoso de la zarzaparrilla cubría cualquier asidero y hacía imposible escalar con las manos desnudas. ¡El viejo faro era ahora un impenetrable bastión de piedra!

—¿Cómo hacemos para entrar? ¿El anillo de luz no te indica nada? —preguntó Spica, preocupada.

El sol, que caía a plomo, volvía cegadora incluso la piedra gris embrujada.

Sombrío se refugió en la escasa sombra de la torre y se puso a reflexionar.

Mirando las alforjas, se le ocurrió una idea:

—Tenemos una cuerda, podríamos llegar hasta las ventanas de más arriba y luego dejarnos caer dentro —murmuró, levantando los ojos a la cima del faro, que parecía muy lejana.

—¿Y cómo hacemos para llegar a ellas? —preguntó la joven elfa—. ¡Esta planta está llena de espinas incluso petrificada!

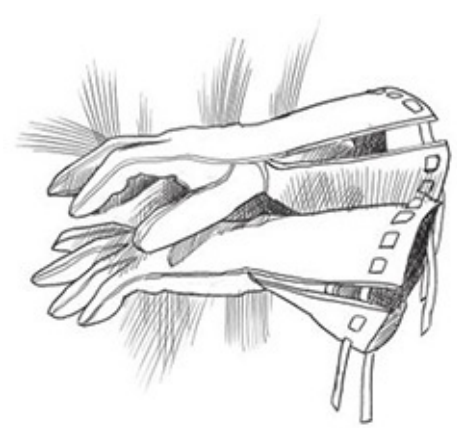
—Tengo mis guantes... —contestó él.

—¿Los guantes de caballero?

—Claro. Si son lo bastante resistentes para no rajarse con las escamas de dragón, aguantarán también las enredaderas de piedra. Pero tendrás que esperarme aquí. Una vez arriba, te tiraré la cuerda o bien abriré la puerta desde dentro.

—De acuerdo. Pero antes deberías mandar a *Colamocha* a echar un vistazo, ¿no crees? O mejor, ¿no podrías hacer que te lleve él?

—Tendría que posarse para que yo bajara y no creo que el techo pueda resistir su peso. Pero tienes razón, podría ser útil echar un vistazo de cerca... Y él parece opinar lo mismo —dijo—. Está bien, *Colamocha*, ve allá arriba para comprobar. Pero ¡no te poses, no quisiera que cedieran las piedras!



El dragón levantó su gran cabeza, abrió bien las alas, las ejercitó unos instantes y luego alzó el vuelo, describiendo una espiral en torno al faro con breves aleteos.

Al llegar a la cima, se aferró a la zarzaparrilla del borde del tejado con sus gruesas garras y permaneció allí un momento; luego se dio impulso y subió al tejado, haciendo caer algunas piedras rotas.

Desde abajo, Sombrío veía sus enormes alas recortándose como una sombra negra contra el cielo casi blanco.

—¿Qué estás haciendo? ¡Baja! —le gritó.

Pero el dragón resopló sin obedecer. Comprobó de nuevo la firmeza del tejado con sus enormes garras y las alas semiabiertas listas para volar. El tejado crujió espantosamente, y zarzaparrilla petrificada se despeñó por un costado del faro..., pero el tejado resistió.

Durante largo rato no se oyó nada, luego, el serpenteante cuello de *Colamocha* asomó y el dragón bufó con satisfacción.

—¡Creo que quiere decirte que te has equivocado! Parece que el tejado aguanta su peso —se burló la joven Spica.

Sombrío no pudo evitar sonreír.

—Mejor así. —Luego le gritó a su amigo—: ¿Hay algún sitio por el que yo pueda entrar?

Colamocha rugió y desplegó las alas, como diciendo «¡Voy a buscarte!». Se dio impulso para el despegue y Sombrío le gritó:

—¡No, espera!

Pero era demasiado tarde.

Su impulso lo hizo crujir todo y, con un estruendo seco, el tejado se derrumbó bajo las patas del dragón, que sintió cómo el suelo se hundía bajo sus patas.

Los chicos vieron que se les venía encima una lluvia de ramas de zarzaparrilla y Sombrío protegió a Spica cubriéndola con su cuerpo. Oyeron que algo se estrellaba detrás de la puerta, dentro del faro.

Sin dejar de rugir, el dragón cayó de lado, con una pata atrapada en el tejado. Emitió un quejido y trató de soltarse, pero no lo logró.



Sombrío fue hasta un lugar donde el dragón pudiera verlo.

—¡Ahora quédate quieto, *Colamocha*! ¿Lo has entendido? Escúchame... ¡quédate quieto!

El dragón dobló el cuello hacia él, lanzó un gemido rabioso y, con los dientes y las patas anteriores, intentó soltarse de nuevo. Crujidos inquietantes recorrieron el faro hasta su base y se oyeron más derrumbes en el interior.

—¡Escúchame! Ya sé que te has quedado atascado, pero si haces eso, lo único que conseguirás será empeorar la situación —gritó Sombrío—. ¡El faro podría desplomársenos encima! Ahora iré donde estás y te ayudaré a soltarte, ¿de acuerdo? Pero ¡tú quédate quieto, no te muevas!

—¿Quieres trepar hasta allá arriba? —le pregunto Spica.

—No tengo más remedio. Después de todo, no debe de ser muy difícil subir por estas ramas de zarzaparrilla con los guantes; aparte de las espinas, parecen puestas adrede. Me sostendrán, ¡soy más liviano que *Colamocha*!

Sombrío sonrió y le hizo un gesto de complicidad a Spica.

—Todo saldrá bien. Tengo que llegar hasta él o hará que todo se derrumbe de verdad... Tú procura buscar un sitio más protegido y quédate en él, ¿de acuerdo?

Al principio, Spica no quiso hacerle caso, pero luego asintió.

Sombrío empezó a trepar precavidamente. El faro tenía muchos asideros, pero la escalada era más trabajosa de lo que había imaginado.

Al llegar a la mitad de la torre se detuvo para tomar aliento. El sol, que pegaba en la piedra y en su cabeza, no mejoraba la situación.

Estaba exhausto y preocupado por *Colamocha*. Nunca lo había visto así, ni siquiera cuando estaba prisionero en el cerco de piedra.

—Tranquilo, ya llego. ¡Me falta poco! —le gritó.

Luego reanudó la escalada, tratando de no pensar en el precipicio con rocas cortantes al fondo que se abría debajo de él. Trepó sin hacer más paradas, arañándose

la cara e incluso estropeando los guantes en su lucha contra la zarzaparrilla petrificada.

Al final, con un último esfuerzo que pareció agotar toda su energía, alcanzó la cima del faro.

Allí se dio cuenta de lo que había ocurrido. Algunas vigas de madera del tejado, apoyadas en las columnas cubiertas de enredadera, se habían roto y habían caído sobre la linterna donde en otro tiempo se encendía el fuego para orientar a los navegantes. Y *Colamocha* se había caído. El suelo había cedido y la pata de su amigo se había hundido más, encajándose entre las baldosas de piedra. Los cascotes que se habían precipitado sobre su pata habían empeorado la situación, pues la extremidad de *Colamocha* empezaba a hincharse.

El derrumbe había obstruido también la única vía para bajar a los pisos inferiores del faro, una escalerita de madera medio podrida. Pero en eso pensaría después, primero había que soltar a *Colamocha*.

Acarició el cuello del dragón hablándole en voz baja y despacio para que se calmara, luego se acercó a la pata, poniendo mucho cuidado en dónde pisaba. Todo el suelo era inestable.

Encontró un punto que parecía resistente y desde allí empezó a retirar los cascotes de la pata de su amigo. Al final, *Colamocha* consiguió soltarse y se lamió la herida.

Sombrío lo dejó hacer; no tenía ni idea de cómo curar las heridas de los dragones, pero *Colamocha* tenía muchas cicatrices que le recordaban los malos tratos que le habían infligido los orcos... Probablemente sabía curarse mejor de lo que él hubiera podido hacerlo.

El dragón se levantó sobre sus tres patas sanas y lanzó un ronco silbido de agradecimiento.

—De nada, amigo mío. Pero no creas que hemos terminado. Ahora tengo que encontrar la manera de bajar al interior del faro.

Precisamente en ese instante, como si el faro hubiera comprendido sus palabras, se produjo un crujido. Se abrió una grieta y el suelo cedió bajo los pies del chico, que se hundió.

Consiguió agarrarse un momento a las piedras, pero éstas no resistieron su peso. *Colamocha* lo aferró por una manga con sus afilados dientes, pero la tela se rasgó y su caballero se precipitó al vacío.

Como en un sueño, el joven elfo oyó a *Colamocha* rugir furioso allá arriba.

Luego todo se volvió oscuro.



SPICA Y COLAMOCHA



PICA oyó un sonido horrible, un chillido, un rugido tremendo y, por último, un golpe sordo, otro y otro más.

De repente, una lluvia de piedrecitas le cayó encima, mientras que de la rendija bajo la puerta salía una nube de polvo. La chica tosió y, con la cara cubierta de polvo, gritó:

—¡Sombrío!

Se arrojó contra la puerta y la golpeó con los puños y el hombro sin dejar de llamar lo más fuerte que podía. El miedo la asaltó como una ráfaga helada y le faltó el aire.

Sentía que las piernas le temblaban, como si fuera ella la que se hubiera despeñado.

Sombrío no podía estar muerto.

¡No *debía* estar muerto!

Tosiendo aún, encontró la fuerza para golpear de nuevo la puerta de madera.

—¡Sombrío! ¡Por favor, responde!



Un rugido y un aleteo levantaron otra nube de piedra pulverizada. Spica se volvió y anheló, durante largos momentos, ver aparecer a Sombrío montado en su dragón. Pero la nube se disipó y los ojos de la joven estrellada descubrieron un morro triste y

dos ojos vacíos y silenciosos.

Colamocha se había posado en un saliente, con las alas semiabiertas para guardar el equilibrio, tenía una pata herida y... estaba solo.

Su jinete había caído al interior del faro.



Durante largo rato, sólo se oyeron las olas rompiendo contra los escollos, como una letanía sin significado. Spica se sentía tan perdida que apenas podía respirar.

Pero al oír el leve zumbido de la electricidad corriendo por las escamas del dragón, se puso en pie y se plantó entre él y la puerta de roble.

—¡No! ¡No, por favor, *Colamocha*! ¡No puedes usar tus rayos con el faro, todo se derrumbaría y podrías herir también a Sombrío!

El dragón permaneció tenso unos instantes más, concentrado en el esfuerzo del ataque, luego soltó una especie de suspiro lento. Sus ojos amarillos, reducidos a dos rendijas, contemplaron a la elfa.

Temblando como una hoja de la cabeza a los pies, Spica asintió despacio.

La gran cabeza llena de escamas se acercó lentamente a ella y volvió a observarla. Spica tuvo la impresión de que le estaba preguntando qué pretendía hacer. Tragó saliva mientras buscaba una respuesta.

—No puedes, echar esta puerta abajo —murmuró—. Él podría haber caído justo detrás... ¿Comprendes? Sí, estoy segura de que lo entiendes.

Pero *Colamocha* no parecía entender. Echó atrás la cabeza con un lamento que a ella le puso la piel de gallina, luego lanzó un soplido en su dirección, abrió las fauces y erizó las escamas en posición de ataque.

—Trata de comprenderme, por favor... ¡No estoy diciendo que quiera rendirme! —exclamó angustiada—. Yo también le quiero. Escucha, estoy segura de que sigue vivo. Tiene que estar vivo. Y nosotros lo salvaremos, pero deberás... sí, deberás confiar en mí.

Esas palabras parecieron surtir efecto. El dragón se quedó inmóvil un momento y finalmente las escamas de su cabeza bajaron levemente. Quizá había percibido la chispa de luz en los ojos de la elfa.

—Entraré dentro del faro por el mismo lugar por el que él se ha caído —le explicó, esforzándose por mostrarse segura—. Pero no puedo hacerlo sola. Necesitaré tu ayuda, tendrás que llevarme a lo alto del faro y permanecer allí, en el aire. Yo ataré la cuerda a la silla y bajaré por ella para buscar a Sombrío. En cuanto lo encuentre, lo sujetaré a la cuerda conmigo y tú nos subirás. No podrás apoyarte en el muro porque podría desmoronarse más. ¿Crees que podrás permanecer suspendido en el aire, en el mismo punto, mientras llego hasta Sombrío?

El dragón asintió con un ligero aleteo.

—Entonces démonos prisa —dijo.

Comprobó que llevaba consigo la cuerda y el arco, luego le hizo una seña al dragón, que la cogió delicadamente entre los dientes y la depositó sobre la silla.

Ella ató la cuerda y anunció:

—¡Estoy lista, vamos!

Colamocha alzó el vuelo enseguida. Pensaba en Sombrío, allí en el fondo de la torre. Sentía que un rayo le subía por la garganta, deseaba desfogar su rabia, su miedo, su preocupación. Le habría gustado destruir aquel islote piedra por piedra.

Rugió rabioso y en solamente unos instantes estuvo sobre el faro.



OMBRÍO volvió en sí tiritando. Tenía frío. Oía extraños crujidos y rumores a su alrededor, pero no comprendía qué los producía. Quizá solamente era el eco de las olas del mar rompiendo contra la costa.

La luz se filtraba por las altas ventanas formando rodales dorados y dibujando formas en continuo movimiento sobre él.

«Me he caído», pensó, mientras su vista, borrosa, se iba aclarando poco a poco. La impresión de que las grandes baldosas de piedra se rompían bajo sus pies, la imagen de los ojos de *Colamocha* dilatados por el horror y el tirón de su manga cuando intentó sujetarlo, retornaron a su cerebro como clavos que le punzaran dolorosamente.

«Pero estoy vivo», pensó justo después.

Levantó la cabeza, desplazando fragmentos de madera y piedra. Necesitó unos instantes para comprender cómo era que aún estaba vivo. La caída había sido frenada y amortiguada por los tablones de madera podrida que había ido rompiendo entre piso y piso. Afortunadamente, ninguna piedra o viga de las que se habían derrumbado después de él le había caído encima. Confuso y aturdido, trató de sentarse, pero un dolor lacerante lo obligó a quedarse quieto.

La cabeza le daba vueltas y le dolía todo el cuerpo, pero sólo el brazo izquierdo parecía herido de gravedad, no conseguía moverlo.

Se pasó la mano derecha por la frente y descubrió que estaba sangrando. Se enjugó la sangre aprisa, como si no le importara, y valoró la situación. En el fondo, había tenido suerte. ¡Estaba dentro del faro!

En ese instante se dio cuenta de que no tenía a *Veneno* en el costado y que la mano izquierda no sólo le dolía, sino que la tenía helada. El anillo trataba de advertirlo, pero ¿de qué?

El contacto helado lo hizo ponerse en pie torpemente. Con el rabillo del ojo vio un resplandor plateado entre las piedras y las vigas rotas...

¡Serpientes marinas!

—¡Sombrío! ¿Me oyes? ¡Estoy bajando a donde estás! —Le llegó desde arriba la voz de Spica.

El chico entrevió una sombra moviéndose a la luz del sol.

—No. —Intentó gritar, retrocediendo ante las serpientes, pero su voz era débil—. ¡No! —gritó más fuerte, haciendo acopio de todas sus fuerzas—. ¡Aquí abajo hay serpientes!

Oyó el rugido de *Colamocha* encima de él.

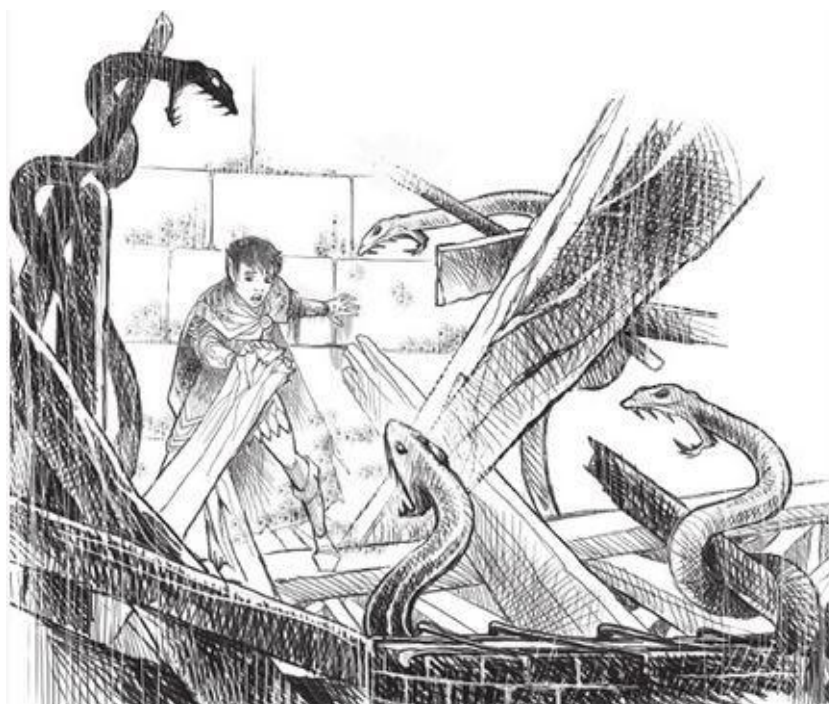
Mientras buscaba con los ojos una vía de escape, vio por fin a *Veneno*; la espada seguía sujeta a su cinturón, pero éste se le había desprendido y colgaba de una gruesa viga desplomada en medio de la estancia, justo encima de un pozo cerrado con una ancha rejilla de hierro. El tenue centelleo de la espada propagaba alrededor reflejos verdosos.

—¿Estás bien? —le preguntó Spica.

—¡Sí, sí, pero no bajas! —repitió él, pensando qué hacer.

Las serpientes, largas y plateadas, con sus grandes ojos inexpresivos y sus dientes puntiagudos, salían arrastrándose del pozo una tras otra. Precisamente a través del agujero llegaba el burbujeo del agua de la marea, que probablemente estaba subiendo. Parecía como si las serpientes de plata supiesen exactamente qué buscar allí dentro: a él.

Enrollándose en espiral en torno a los maderos rotos, avanzaban rápidamente. Tal vez percibían simplemente el olor de una criatura viva, o puede que Brujaxe las hubiera dejado allí para guardar la isla y notaran la presencia del anillo de luz... En cualquier caso, ya eran muchas y su número seguía aumentando conforme subía el agua en el pozo a causa de la marea.



Sombrío retrocedió más y se encontró con la espalda contra la pared. Se deslizó de lado sin desprenderse de ella y luego subió a las vigas más estables, donde las serpientes no podían alcanzarlo.

Procurando mantener el equilibrio, trató de acercarse a *Veneno*; la espada era su más poderosa aliada y no podía permitirse perderla. Sólo con *Veneno* tendría esperanzas de vencer en la lucha.

—¡Te tiro la cuerda! —gritó Spica desde arriba.

Su voz le pareció terriblemente lejana.

—¡Quédate donde estás! —le grito él.

Trató de no perder la calma. Las serpientes, silbando y deslizándose unas sobre otras, se estaban aproximando.

Sombrío miró a su alrededor.

Una viga menos podrida que las demás parecía hecha a propósito para que la empujara; caería de través en el pozo y era tan gruesa que lo taparía parcialmente y eso haría más difícil pasar a las serpientes. Y él podría andar encima de ella para recuperar a *Veneno*.

El leve ruido de unas fauces atacando lo distrajo de sus planes justo a tiempo para apartar la pierna y evitar recibir un mordisco.

Se movió de lado y, mientras las serpientes silbaban bajo él, irritadas, empujó la viga con todas sus fuerzas.

La viga se desplomó y Sombrío se agarró a la madera. En su caída, trató desesperadamente de aferrar la espada, pero falló por muy poco.

Como había calculado, la viga aterrizó con un golpe sordo justo sobre el pozo, pero el rebote hizo que él cayera cerca de una gran serpiente, que inmediatamente le mordió un tobillo. Sus dientes perforaron las botas de cuero con facilidad y tuvo que reprimir un grito. Agarró una piedra y golpeó a la serpiente con todas sus fuerzas, luego se levantó y, de un salto, logró recuperar a *Veneno*. La desenvainó justo cuando las serpientes lo rodeaban y se arrojaban contra él.

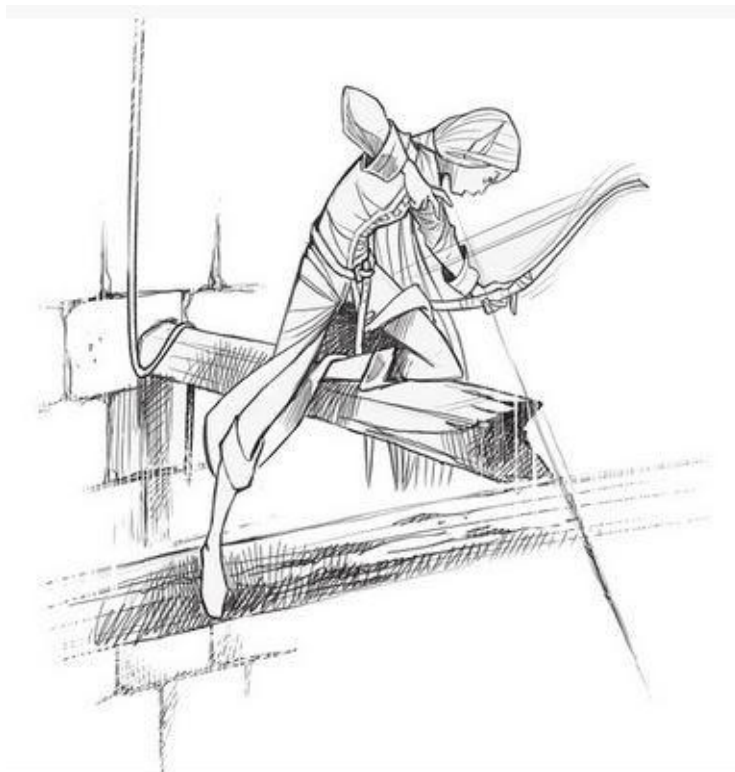
Preso de la desesperación, la rabia y el deseo vehemente de seguir vivo, reaccionó.

En ese instante sucedieron muchas cosas a la vez.

La hoja de *Veneno* centelleó con una vívida luz verde y, con un grito, Sombrío traspasó a la primera serpiente. Una flecha de plata silbó en el aire y una, dos, tres serpientes cayeron al suelo sin vida.

Las piedras se mancharon de sangre negruzca.

Sombrío alzó los ojos y vio a Spica disparar flechas con su arco, concentrada y certera. La chica no se había resignado a quedarse donde estaba y había descendido por la torre con la cuerda.



Sin dejar de descargar la espada sobre las serpientes que se acercaban, Sombrío se arrastró hasta una baldosa redonda y la hizo rodar hasta el hueco restante del pozo con la esperanza de que bastara para impedir salir a las demás serpientes.

Spica abatió a las últimas serpientes aún vivas y así, mientras el joven hacía rodar la baldosa redonda para que el pozo quedara bien cerrado, todo cayó en el más denso y absoluto silencio.

Su respiración jadeante, la sangre que corría por su cara, el dolor agudo en el brazo y la cabeza..., le pareció que todo aumentaba de Intensidad. Y la voz de Spica pareció llenarlo todo.

—Sombrío, ¿estás bien?

Él titubeó, con una repentina sensación de vértigo.

—Bueno..., estoy vivo —dijo solamente.

—Pero ¿estás herido?

—Algún arañazo, no es nada. Sólo me duele el brazo..., pero no parece roto.

Miró hacia arriba y vio las alas azules de su amigo el dragón batiendo incesantemente sobre el faro. Spica, por tanto, había bajado atada a la silla.

La chica se apoyó en un trozo de madera que sobresalía de la pared, puso los pies en el suelo y, con cautela, soltó la cuerda que le ceñía la cintura.

—Gracias —susurró él, mirándola con admiración—. Sin ti...

—No hables —lo interrumpió ella, ruborizándose—. Lo importante es que estés a salvo.

Sombrío se quedó callado, vacilante.

—De una manera u otra, hemos entrado; ahora que estamos aquí, podemos probar a abrir la puerta desde dentro y buscar el fragmento de escudo, ¿qué dices? —propuso

ella.

—Sí, de acuer...

—Pero no antes de que yo haya cogido un poco de ungüento para curarte las heridas —lo interrumpió Spica—. No resultarías demasiado útil si no te tuvieras en pie, ¿no?

—Está bien —dijo Sombrío, reprimiendo una sonrisa.

... Y MÁS ABAJO TODAVÍA

 N cuanto retiraron la mayor parte de los escombros, Sombrío y Spica descubrieron por qué no habían podido abrir la puerta. Estaba bloqueada por dentro por un habitante de la isla petrificado en el momento en que intentaba desesperadamente mantener cerrada la entrada al faro.

El encantamiento de Brujaxe lo había sorprendido mientras apuntalaba la puerta con su cuerpo para impedir entrar a alguien y ahora, años después, todavía estaba allí, perpetuando aquel gesto desesperado.

—Debe de ser un medio gigante —insinuó Spica observando su poderoso físico.

Tenía la expresión fatigada y perdida de quien sabe que sus últimas esperanzas se están esfumando, pero no por ello tiene intención de rendirse. Llevaba un puñal al costado, pero no lo había desenvainado.

Los dos jóvenes elfos se quedaron mirándolo largo rato, conmovidos por aquel silencioso sacrificio.

—No parece un guerrero —añadió Spica—. No lleva armadura. Pero tiene la rosa de los caballeros bordada en el jubón. Quizá se trate de un aprendiz o un escudero...

—Fuera quien fuese, el hechizo de Brujaxe lo alcanzó incluso aquí...

Los dos chicos tuvieron que emplear tiempo y esfuerzo para mover la pesada estatua hasta la pared. Cuando por fin lograron abrir la puerta, las primeras estrellas empezaban a aparecer en el cielo.

Colamocha los recibió con júbilo y Sombrío le correspondió con un tembloroso abrazo.

Luego, tras colocar lo mejor posible la tapa del pozo para evitar que otras serpientes invadieran el faro, Sombrío y Spica, ya de noche, hicieron que el dragón los llevara de vuelta a la Ciudadela.



Colamocha insistió en montar guardia, se enroscó en torno a los chicos y, con delicadeza pero también con decisión, rodeó con su cola a Sombrío para mayor protección. Al elfo le agradó poder acurrucarse contra sus escamas, a resguardo, y durmió serenamente.

Consciente de su responsabilidad, el dragón veló el sueño de los dos chicos toda la noche, escrutando la oscuridad como sólo los dragones pueden hacerlo.

Un pensamiento lo tranquilizaba: su caballero estaba vivo y también la chica, que ahora dormía con la cabeza sobre el hombro de Sombrío.

Éste había arriesgado su vida para ayudarlo en lo alto de la torre y la chica había hecho lo mismo para salvar a Sombrío.

Ahora le tocaba a él ayudarlos a ellos.



—¡Empiezo a dudar de que vayamos a encontrarlo! —murmuró Spica al día siguiente, mientras observaba el último cascote de su montón de escombros, conteniendo un bostezo.

Llevaban trabajando duramente desde el amanecer dentro del faro, en busca del segundo fragmento del Escudo de los Caballeros.

Asomado a la puerta, *Colamocha* gruñó señalando con el morro otro montón de restos. Sombrío se apartó del suyo y se estiró.

—Son una auténtica montaña, es verdad, pero no tenemos alternativa. Tenemos que buscar en todos, uno por uno, si no, podría escapársenos justamente el trozo que buscamos.

Trabajaba sin dar señales de cansancio, con el brazo en cabestrillo y las demás heridas casi curadas gracias al ungüento que Spica había tenido la precaución de coger antes del viaje.

—Sí, lo sé. Y aquí, después de todo, es donde Marea nos sugirió que buscáramos —reconoció, resignada a tener que rebuscar entre piedras rotas y astillas de madera durante no se sabía cuántas horas más—. ¿Y si se ha dañado irreparablemente con todos estos derrumbes?

Sombrío suspiró.

—Entonces, estaríamos en un buen lío. Pero el granito del que está hecho es resistente —añadió, arrugando la frente, en la que resplandecía con fuerza la estrella —, estoy seguro de que está entero.

Spica se acercó a la estatua de piedra del medio gigante sin armadura. Pasó las manos por su sólido brazo, limpiándole el polvo.

—Si tú pudieras hablar, amigo, nos dirías dónde escondiste el fragmento... Porque fuiste tú quien lo pusiste a salvo, ¿verdad?

Pero la estatua permaneció muda, con su perpetua expresión de decisión y sufrimiento y Spica no tuvo más remedio que volver al trabajo.

Mientras la luz empezaba a disminuir y la marea subía, unos golpes sordos procedentes de las profundidades del pozo Indicaron que más serpientes marinas estaban Intentando entrar.

Los jóvenes elfos pusieron todavía más peso encima de la tapa y después volvieron de nuevo a buscar el trozo del escudo.

Cuando Sombrío levantó la última piedra, la tiró con un gesto de impaciencia.

—Nada... ¿Cómo es posible? —masculló, pasándose una mano por la cara con cansancio.

Fue Spica quien suspiró esta vez.

—¡Hemos mirado en todas partes! Puede que hayas interpretado mal la indicación de Marea... Quizá el fragmento no esté aquí...

Del pozo les llegaron nuevos golpes y la Improvisada trampilla se estremeció. Sombrío se volvió y las palabras de Spica pasaron una a una por su mente: *¡Hemos mirado en todas partes!*

En realidad no era cierto, no habían mirado dentro del pozo.



—¡No lo dirás en serlo! —gimió Spica.

Sombrío suspiró, se agarró a la barandilla que rodeaba el faro y cruzó una mirada con *Colamocha*, que estaba posado en el acostumbrado saliente de piedra.

—¿Por qué no? Tú misma lo has dicho, hemos mirado en todas partes menos en el pozo...

—Pero ¿es que no las oyes? —protestó ella—. ¡Eso está lleno de serpientes marinas! A nadie se le habría pasado nunca por la cabeza tirar ahí el fragmento... Y además, ¡cualquiera sabe lo hondo que es!

—Creo que entonces no había serpientes. Brujaxa debió de dejarlas ahí después de petrificar la isla, como guardianas. Creo que las atrae la magia de las hadas, porque saben que quien la lleva consigo es enemigo de la Reina Negra. Piénsalo: el arco que te dio Floridiana, el anillo de luz, la piedra de llamas de Alablanca y también el reclamo de los mares de Marea... Por ellos nos encontraron en la playa y luego aquí dentro. Pero no pueden alejarse demasiado del agua, no han llegado a la fortaleza y no estaban dentro del faro cuando perdí el sentido, si no, no habría tenido escapatoria. Llegaron luego, con la marea, probablemente notaron la presencia del anillo.

—¿Y ahora? ¿Qué es lo que las atrae? Tú no estás ahí dentro, y yo tampoco. —Se enfadó ella, que esperaba disuadir al chico de sus intenciones.

En el silencio volvieron a oírse golpes contra la improvisada trampilla del pozo.

—Pero ahí dentro debe de estar uno de los fragmentos, porque el reclamo de los mares nos señaló el faro y hemos buscado en todos los demás sitios sin encontrarlo.

—Está bien..., pero si tienes razón, ¿cómo piensas recuperarlo?

Una vibración eléctrica recorrió las escamas del dragón. Sombrío la percibió y sonrió.

—No, amigo mío, no tengo intención de hacerlo todo solo. ¡Esta vez te dejaré hacer a ti!

Spica miró al dragón y luego a Sombrío con los ojos como platos.

—¿Cómo...?

—Tendrá que fulminar este faro. El fragmento es de granito, no se dañará.

Cola mocha movió las alas con satisfacción.

—Antes, sin embargo, ¡tendrás que echarnos una mano para sacar fuera esa estatua! —El chico sonrió otra vez y le dijo a Spica—: ¿Sigues teniendo la cuerda?

Juntos volvieron a entrar en el faro y, con cuidado, pasaron la cuerda por la cintura del caballero petrificado. Luego, ayudados por *Colamocha*, lograron sacarlo fuera.

Sombrío le dijo entonces al dragón:

—Ahora te toca a ti, pero, antes de lanzar tu rayo contra el pozo, espera a que nos hayamos alejado, ¿de acuerdo?

Tomó a Spica de la mano y bajaron de prisa la escalera por la que habían llegado.

Con un rugido de advertencia, *Colamocha* alzó el vuelo y lanzó uno de sus terroríficos rayos.

El estruendo fue tal que a los chicos les retumbaron los oídos durante un buen rato. Cuando llegó hasta ellos el olor a quemado, Sombrío volvió a subir, se aseguró de que la estatua estaba todavía allí, intacta, y corrió hacia el pozo.

La viga de madera que lo cubría había quedado destruida, pero ninguna serpiente

había salido del agua. Todo estaba tranquilo y *Veneno* no vibraba.

Colamocha volvió a posarse en el islote, esperando agradecimiento. Sombrío le puso una mano en el morro y le dio las gracias.

Ahora que la marea estaba bajando, el chico estaba seguro de que no vería ya a las serpientes plateadas, al menos hasta el día siguiente.



Pasados largos instantes, Sombrío salió del agua del pozo empapado y jadeante.

Ya era casi de noche. Las serpientes habían sido pulverizadas por el rayo de *Colamocha* y, como había supuesto, ¡en el fondo del pozo yacía el fragmento del escudo!

—El pozo era el lugar donde los caballeros, en caso de necesidad, podían llamar a Marea. —Fue lo primero que les dijo a sus amigos al salir, después de haberse arrastrado por el suelo y haber recobrado el aliento.

—¿Llamar a Marea? ¿Y cómo?

—En el fondo hay una baldosa con una inscripción: *Lláname, caballero, cuando alta la marea esté.*



El faro del mar soy yo, el susurro del mar te salvará. Debían de ser las palabras con que los caballeros la Invocaban... Después de todo, ella fue quien creó la isla. Y el medio gigante que quedó atrapado aquí tal vez tenía la esperanza de llamar a Marea en su auxilio. Pero no lo logró...

—¿Y el fragmento del escudo?

—¡Aquí lo tienes! Estaba ahí abajo de verdad —dijo, tendiéndoselo a Spica—. Marea debe de haberlo protegido todos estos años. Estoy seguro de que es mérito suyo que no esté estropeado.

—Lo ha protegido para ti —comentó Spica, dándole vueltas al fragmento entre las manos, feliz y triste al mismo tiempo.

—Para nosotros, querrás decir...

Y, por fin, después de días de tensión, miedo y angustia, Spica volvió a sonreír. Y su sonrisa le pareció a Sombrío lo más bonito que nunca había visto.

Los dos chicos hicieron que *Colamocha* los transportara a la Ciudadela, donde, ante los ojos vigilantes y atentos del dragón y de la joven elfa, Sombrío encajó en el Escudo de los Caballeros el segundo fragmento, que se soldó perfectamente ala piedra.

En ese mismo instante, como había ocurrido con el primer fragmento, un relámpago lo cegó, el anillo de luz de su dedo pareció volverse de hielo y un viento repentino le cortó la respiración.

Y de nuevo apareció Floridiana en medio de la luz, de pie sobre el escudo, con una sonrisa limpia y serena.

Alargó la mano y empezó a hablar, con voz tranquila y melodiosa:

—*¡Muy bien, Audaz Sombrío! Has encontrado y obtenido el segundo fragmento, el que representa el futuro de la isla. Recuerda siempre cómo lo has conseguido, con la ayuda y el afecto de tus amigos, pues sin la colaboración y la amistad la isla de los Caballeros no podrá ser devuelta a su esplendor; estás construyendo la nueva isla de los Caballeros sobre este escudo, Audaz Sombrío, y sin todo esto no podrías llegar muy lejos. Nadie, en efecto, puede saber qué será de él si no sabe con quién contar. Busca más, pues... Encuentra el tercer fragmento y tendrás la llave del presente; simboliza tu vida, tus sueños y tu corazón. Será la tarea más ardua. ¡No traiciones a tus amigos y la isla revivirá! ¡No te traiciones a ti mismo y encontrarás tu camino!*

Luego, mientras la voz de Floridiana se desvanecía, Sombrío se dio cuenta de lo que le había revelado la reina de las hadas: el tercer y último fragmento sería otra prueba... ¡La más difícil!

NUBES Y AGUACEROS



PICA pasó la mano por los fragmentos mágicamente soldados al escudo de piedra. Parecía que siempre hubieran estado allí y, a la luz del nuevo día, el escudo parecía aún más bonito.

Sombrío le había hablado del tercer fragmento que faltaba, el último y el más difícil de recuperar. La chica había suspirado, tratando de no mostrarse preocupada. Pero ¿cómo podía no estarlo? Sombrío ya había puesto en peligro su vida para encontrar los otros dos..., y su vida no era la única que estaba en juego. La isla y todos sus habitantes dependían de él y, aunque en una pequeñísima parte, también de ella. Sólo esperaba poder resultar útil.

Sombrío la sacó de sus pensamientos.

—Ya he terminado, *Colamocha* está listo.

Su voz parecía haberse vuelto más firme y sus ojos, más decididos y oscuros. Las heridas se le habían cerrado pronto gracias al ungüento y también su brazo mejoraba a ojos vista, tal vez ayudado por el anillo de luz.

Echó un vistazo al escudo por encima del hombro de Spica.

—Es bonito, ¿verdad?

Ella asintió.

—Es como si fuera un trozo del Reino de las Hadas traído aquí, en medio del mar —siguió diciendo él.

—Sí, produce una sensación de quietud y paz inmensas... —susurró Spica—, la misma que sentí delante de Floridiana. Es como si dijera que puede haber un mundo sin injusticias.

—Los caballeros juraban por eso —recordó Sombrío.

Ella le sonrió.

—Y por eso lucharemos nosotros también, ¿verdad?

—Sí —respondió el joven—. Al lado de las hadas y de quien quiera apoyarnos.

Colamocha emitió un suave rugido detrás de ellos y los chicos fueron hasta él y le pasaron la mano por el cuello.

Luego, con un profundo suspiro, Sombrío añadió:

—Y ahora, vamos. Todavía no hemos acabado... La isla aún no es estable del

todo y sus habitantes siguen petrificados.

Instantes después, los chicos volvían a volar, con el aire con olor a mar acariciándolos y el sol centelleando en las escamas de *Colamocha*.

Spica saboreó la maravillosa sensación de volar y se sintió feliz.

«¿Qué ocurrirá después de recuperar el tercer fragmento?», se preguntó por primera vez desde que habían partido. Quién sabía si allí encontraría un sitio para ella... ¿donde seguir volando tan arriba!

Miró la isla y tuvo la impresión de que había algo distinto.

—¡Eh... mira el bosque! —le dijo al joven elfo, estupefacta.

Él echó un vistazo al bosque petrificado: siempre había parecido devastado, como un acantilado escarpado, pero ahora, por alguna razón, parecía menos gris. Menos rudo. Le pidió a *Colamocha* que se aproximara y el dragón hizo un vuelo rasante, con las patas rozando las hojas.

—Parecen casi... ¡más coloridas! ¿Es posible? —se preguntó Sombrío, frunciendo el ceño.

Y al tiempo que lo decía, un aleteo del dragón hizo crujir algunas ramas. Los chicos contuvieron la respiración, conmocionados por una inmensa alegría. Aquí y allá, en medio de la extensión gris de piedra, se veían aflorar manchas verde claro y su corazón se inundó de esperanza.



—¡Las hojas! ¡Ya no son de piedra! —gritó Spica.

—¡Rápido, vamos al pueblo! —ordenó Sombrío a *Colamocha* mientras, bajo ellos, la isla recobraba sus colores con extrema lentitud.

Pero la esperanza de que las personas petrificadas estuvieran volviendo también a

la vida se esfumó enseguida.

Colamocha soltó un gemido entristecido mientras los chicos miraban a su alrededor.

—Sólo las plantas han renacido... —murmuró Sombrío.

Spica le puso una mano en el hombro y le sonrió.

—Por ahora, sólo las plantas. Pero pronto será el turno de todas estas personas. Todavía nos falta un fragmento, ¿no? Puede que sea el momento de recurrir de nuevo al reclamo de los mares.

Sombrío alzó los ojos hacia ella y asintió, más decidido que nunca.



En la playa, el elfo dejó que las olas le bañaran los pies y, despacio, se llevó la caracola a los labios.

Cuando sopló, la caracola sonó en el aire con su timbre profundo y casi violento. En cuanto la última nota del reclamo cesó, un brutal golpe de viento embistió a los chicos.

Colamocha emitió un rugido.

En cuestión de instantes, el cielo se nubló y, con la rapidez con que cambia el tiempo en el mar, densas nubes de tormenta aparecieron en el horizonte. El sol desapareció rápidamente detrás de una nube amenazadora, el viento se volvió frío y las olas se encresparon.

—Pero... ¡¿qué ocurre?! —gritó Spica, para hacerse oír por encima del viento—. ¡Hace un momento hacía sol!

—¡No lo sé! —contestó Sombrío llegando hasta ella, que estaba cerca de un rugiente *Colamocha*—. Probablemente, la tormenta sea la pista que debemos seguir... ¡*Colamocha*! Llévanos a la casa que exploramos el otro día. ¿Podrás?

Spica frunció el ceño.

—Es la única casa que conserva el tejado, nos resguardará. Además, allí había un catalejo, ¿te acuerdas? Podremos observar mejor la tormenta —le explicó Sombrío.

El dragón los cargó a toda prisa y emprendió el vuelo, luchando contra las potentes ráfagas para no ser sacudido de un lado a otro como una rama. Consiguió aterrizar cerca de la casa y levantó el cuello, fascinado, para admirar la terrorífica borrasca que se abatía sobre el mar.

Jamás había visto nada parecido. Allí, en el corazón de la tormenta, las ráfagas debían de ser fortísimas. Los rayos caían uno tras otro en una danza de luces amarillas y violetas, llenando el aire de truenos.

Las escamas de *Colamocha* se erizaron a causa de la electricidad del aire y una disimulada Impaciencia empezó a enervarlo.

Sombrío, entre tanto, había entrado y miraba el mismo espectáculo a través del

catalejo.

—¡Por todas las estrellas! Pero ¿qué puede indicarnos una tempestad así? —protestó Spica, atisbando preocupada por la ventana rota, rodeándose el cuerpo con los brazos para protegerse del frío.

—No lo sé, pero está descargando sobre el mar... —Sombrío no había terminado de responderle cuando oyó el rugido de *Colamocha*. Un momento después, lo vio alzar el vuelo de nuevo.

—¿Adónde va...? —Se preocupó Spica.

Sombrío corrió fuera y lo llamó una, dos, tres veces... El viento pareció llevarse sus palabras y el pensamiento de que no volvería a verlo le pasó por la cabeza. Luego, descubriendo a su amigo dragón surcando las corrientes, saltando de una a otra como un acróbata, lo comprendió.



Colamocha los había dejado a resguardo, lejos del mar y también de las serpientes, pero ahora debía acatar su instinto.

No temía al temporal y los rayos no le harían ningún daño. También durante la tormenta anterior había sabido qué hacer.

Más rayos podían significar otros dragones, dragones vivos, no petrificados. No habría podido impedirle que fuera a ver... ¿Y qué derecho habría tenido para ello?

—¿Por qué ha salido volando? —le preguntó Spica, acercándose a él, con el pelo alborotado por el fuerte viento.

—Mira qué rayos... —contestó Sombrío y, al mirarlos, sintió que la estrella de su frente se volvía cálida y tranquilizadora.

De golpe, fue como si la mente del dragón estuviese en la suya y se asombró de aquella fuerza y aquella intensidad de sensaciones. *Colamocha* era terriblemente *feliz* en aquella tempestad, era su elemento natural... Pero volvería.

—Volverá a buscarnos, no temas.

De una de las alforjas sacó una manta y envolvió a Spica con ella para protegerla del viento.

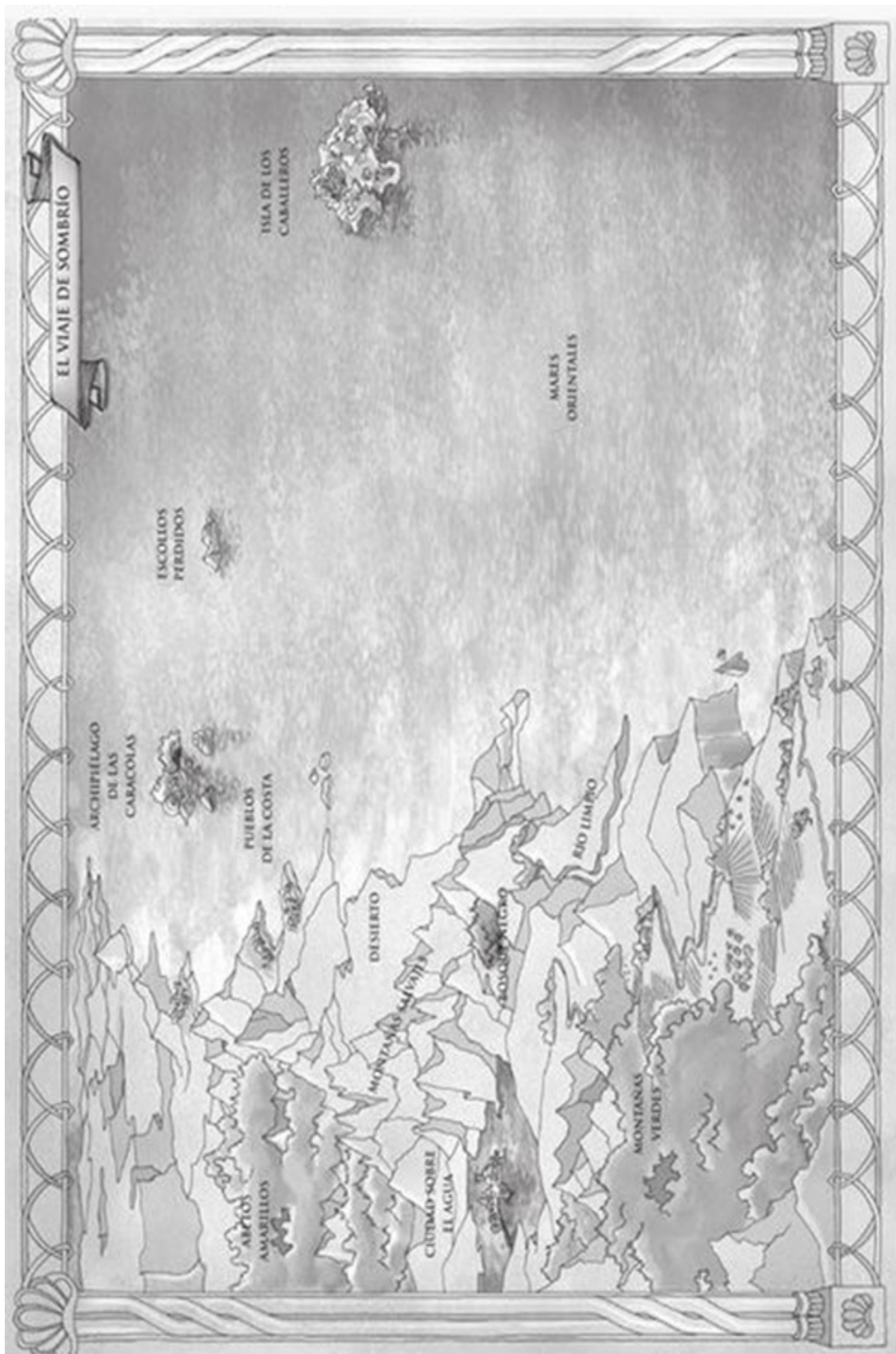
—Mientras, nosotros nos quedaremos aquí, seguros —le dijo, sin dejar de mirar hacia la horrible borrasca, que se volvía cada vez más violenta, levantaba olas altísimas y agitaba las ramas de los árboles. El mar rugía como un viejo monstruo feroz y gris que envolvía la isla con su amenazador abrazo.

Pero Sombrío se sentía tranquilo. *Colamocha* volvería con ellos.

Sólo tenían que esperar.

*«Quien aún no sabe,
quien entre vosotros quiera saber,
que se siente y cierre los ojos.
Podrá ver al dragón Colamocha
planear al viento, entre los rayos,
más allá del azul del cielo más azul.
Si entre vosotros hay quienes,
antes de conocer el futuro,
quiere escribir su presente,
entonces contaré cómo acabó
esta larga y vieja historia
de padres e hijos, corazones y piedras,
amistad y amor, ¡y decisiones valientes!
Puesto que, si mucho se había hecho,
mucho quedaba aún por hacer para disipar las nubes
y comprender que a veces el mundo
puede cambiar tan rápido como un rayo,
y que incluso la más terrible de las tormentas
puede anunciar la salida del nuevo sol».*

*Mago Fábulus, Crónicas del Reino de la Fantasía,
fin del Libro Quinto.*







De pie delante de las ruinas del castillo negro, Sombrio se pregunta qué queda de todo aquello al final.

El Mal está derrotado, Brujaxe, la reina de las brujas, yace bajo las ruinas de su propia fortaleza.

¿Cuántos se han sacrificado para llegar hasta allí? ¿Y si Brujaxe no estuviese derrotada del todo? El Reino de la Fantasía es libre de nuevo, pero ¿qué queda ahora, Sombrio?

¿Un padre reencontrado y perdido? A veces se tiene la impresión de que, en el fondo, no quedan más que...

Frágiles Ilusiones

- LA MISIÓN DE SOMBRIO -



Sombrio piensa a veces que quizá debiera relajarse.

Después de todo, el día de hoy se recordará como un día de fiesta.



Ninguna pesadilla turbará ya el sueño de los habitantes del Reino de la Fantasía.



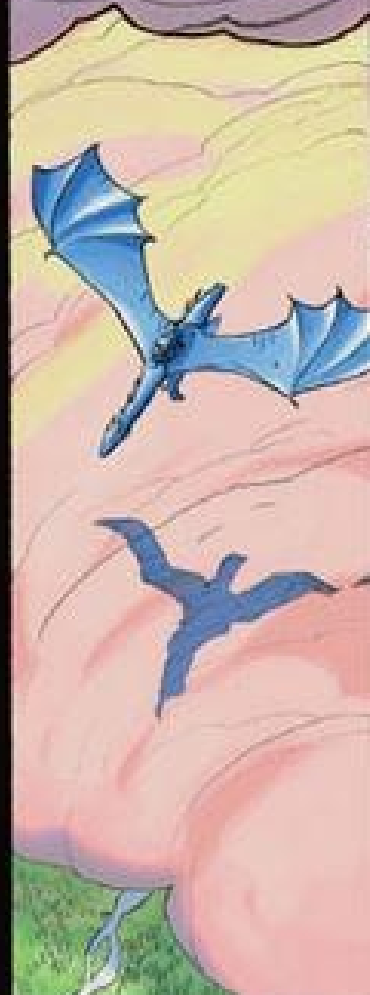


Se acabó de verdad,
piensa Sombrio.

Dos meses después.



Sombrio ha entrado a formar parte de la Guardia del Rey de los elfos estrellados, una función muy importante y de gran responsabilidad.





Responsabilidad que incluye también tranquilizar a los diplomáticos no acostumbrados a volar.



Su papel es apreciado en toda la corte.

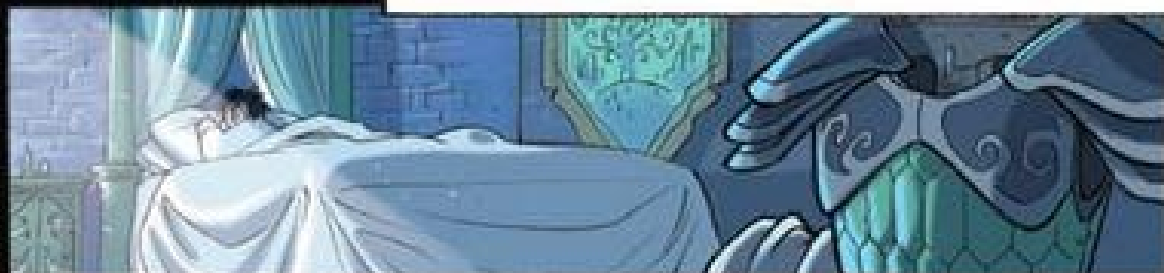




Los meses pasan de prisa y muchas cosas han cambiado. La vida de Sombrio y la de sus amigos, por ejemplo.



Spica se ha hecho maestra. Robinia y Régulus están en el Reino de los Bosques. ¿Y Stellarius? De él nadie sabe nada. Algunos dicen que ha vuelto a la Academia de los Magos; otros, que se ha retirado.



Pero Sombrio está a punto de descubrir que la realidad es muy distinta.

Stellarius lo llama. Es una petición de ayuda:
el mago está prisionero en el Reino de los Trolls
de las Cuevas. Ha descubierto algo importante.
Algo sobre la isla petrificada.



La visión se desvanece
en un suspiro. ¿Un
sueño? ¿Una pesadilla?
No, tal vez un mensaje:
Stellarius lo necesita.



Pero ¿y si fuese
una trampa?



Pero si Stellarius sabe algo sobre la isla petrificada, podría salvarle la vida a su padre, Corazón Tenaz, convertido en piedra por las malvadas brujas.



Trampa o no, lo descubriría en el Reino de los Trolls de las Cuevas.





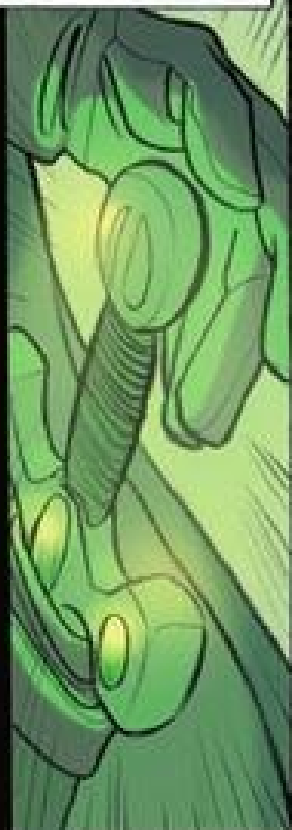
Un reino duro, frío y cortante
como la hoja de una espada.



La Cueva sin Retorno. Un nombre
poco tranquilizador, piensa
Sombrio, sobre todo cuando se
debe entrar en sus profundidades.



Sombrio percibiría
el peligro de aquel
lugar aunque
Veneno no vibrase
tanto en su puño.



Colamocha no puede entrar,
es demasiado grande. Esta vez,
Sombrio deberá ir solo.







Guiado por la luz de su frente, Sombrio penetra en el corazón de la cueva.



El recorrido es largo y lleno de obstáculos.



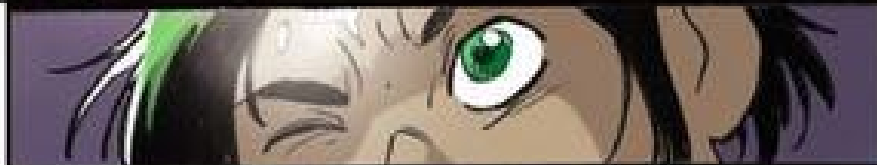
Y de enemigos que acechan en la oscuridad.



Sombrio sabe bien que su mayor enemigo es el miedo.

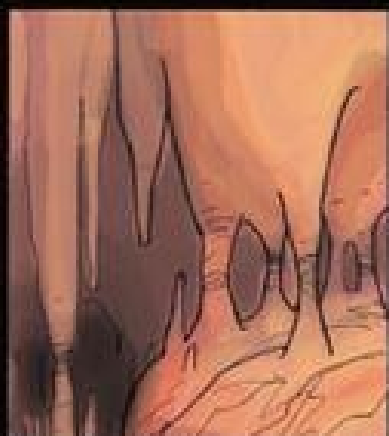


Y no tiene intenciones de rendirse fácilmente.

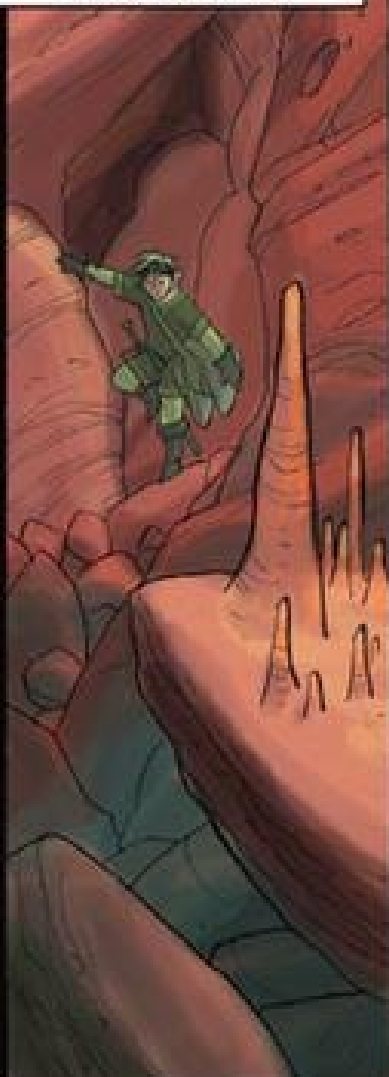


Los enemigos tendrán que seguir esperando.

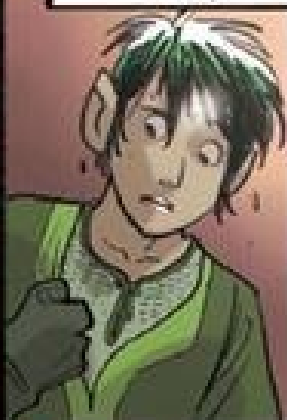




El viaje al corazón de la cueva prosigue. Dejándose llevar por su intuición, Sombrio sabe que va por el buen camino.



La humedad perla de sudor la frente de Sombrio y el calor es sofocante. Piensa que lo mejor es aligerarse de ropa.



Luego, el joven se lleva una agradable sorpresa.



Un lago subterráneo que puede aliviarlo un poco del calor.

Una breve pausa puede resultar útil.



Demasiada tensión enerva.



Demasiado poca, en cambio...



... ¡puede ser fatal! Sombrio es atacado por los uranos, las criaturas que pueblan estos lugares, seres habituados a la oscuridad y la humedad.



Criaturas letales,
hambrientas.



En todo caso, su hambre
tendrá que esperar para ser
saciada.





Al menos,
eso anhela
Sombrio.

Mientras, *Colamocha* resopla. Está angustiado, han pasado varias horas y ni rastro de Sombrio. No le gusta estarse quieto, esperando.



Nota algo peligroso en el aire. Su instinto rara vez lo engaña.



Sentía que aquel lugar era malvado.

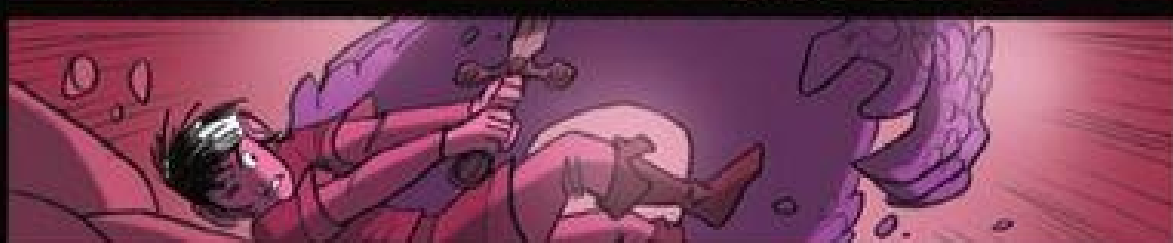


Tendría que haber seguido a Sombrio.





En los últimos meses, Sombrio ha aprendido el arte de la lucha en la escuela de los guardias reales.



El chico era uno de los mejores alumnos.



Quitarse la cota de malla ha sido una ingenuidad. Mejor soportar el calor de la cueva que arriesgarse a ser herido.



No hay tiempo de descansar.



Stellarius no debe de estar muy lejos.



En efecto, ahí está, encadenado,
prisionero en cuerpo y alma.

Sea quien sea el culpable,
será un enemigo
al que no subestimar.



A menos que...



... esto no sea una trampa.



Un engaño.



Un juego de humos
y espejos.



Una frágil ilusión.



Ése no es Stellarius. Es Cornalina, la bruja
de las ilusiones. Ha atraído a Sombrio
aprovechando su punto débil: el deseo
de liberar la isla petrificada.



Del verdadero Stellarius no hay
ni rastro. Al menos hasta ahora.



Sombrio no se perdona haber caído tan fácilmente en la trampa.



Pero es inútil lamentarse.



Es hora de combatir.



Mientras tanto, el verdadero Stellarius ha llegado al Reino de los Trolls de las Cuevas. Colamocha ya no está solo.

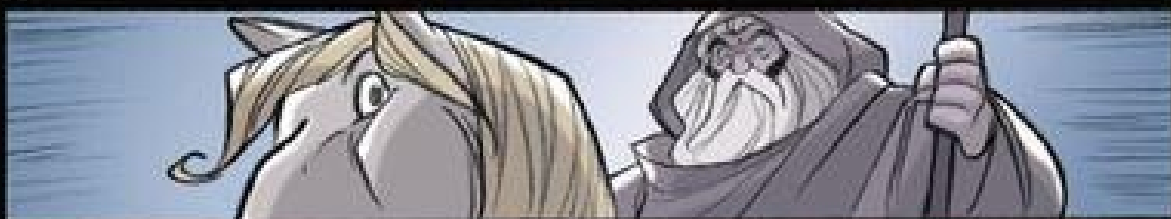
Sin embargo, siguen
siendo dos contra mil.



¿Cuánta magia será necesaria
para vencerlos a todos?



En aquella
garganta,
el tamaño
de *Colamocha*
es su punto débil.



El espíritu justiciero guía a
Sombrio, que reacciona al
engaño con todas sus fuerzas.





Pero la última ilusión
va a producirse...

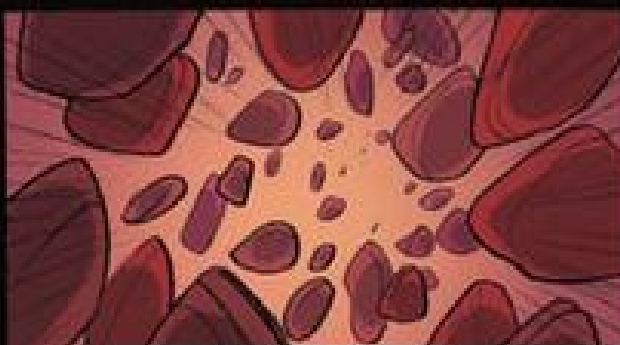




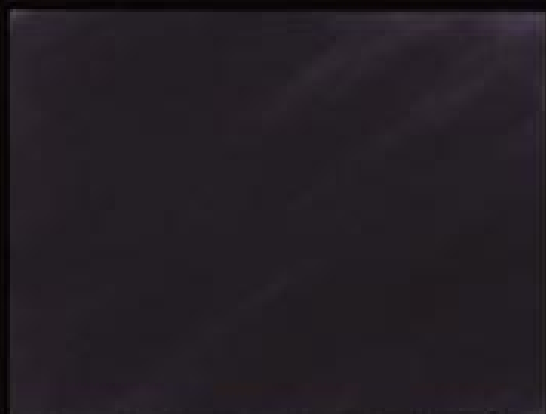
La ilusión
de la victoria.



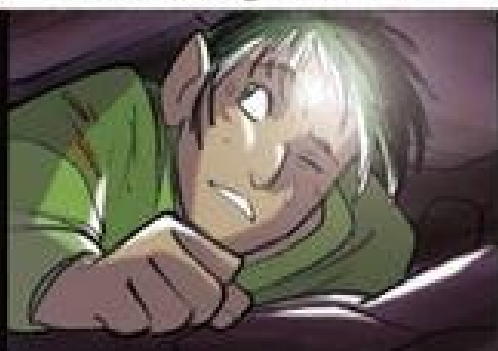
La victoria acariciada
por Sombrio, que ve cómo
Cornalina escapa ante
sus ojos.



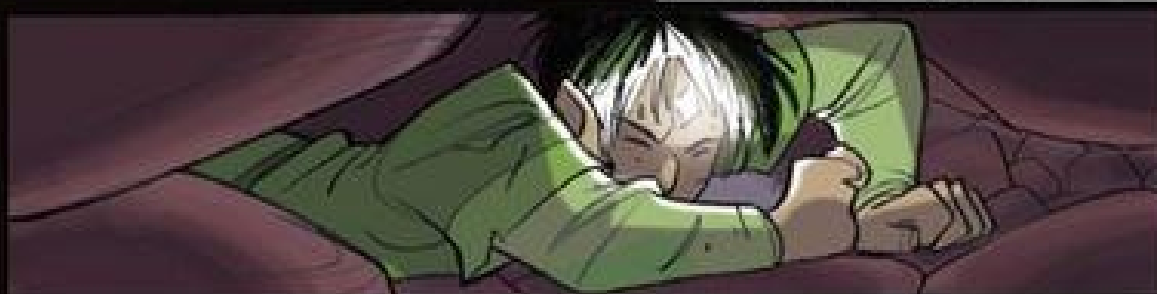
Y la acariciada por *Colamocha*, que
ha derrotado a los trolls pero no sabe
que ha condenado a su mejor amigo.



Cuando todo parece
sentenciado, la estrella
de Sombrio sigue brillando.



Incluso bajo cientos de toneladas
de piedra, la luz guía a Sombrio.

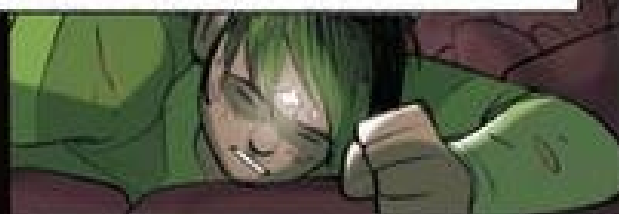


A pesar del miedo, el dolor
y el cansancio,



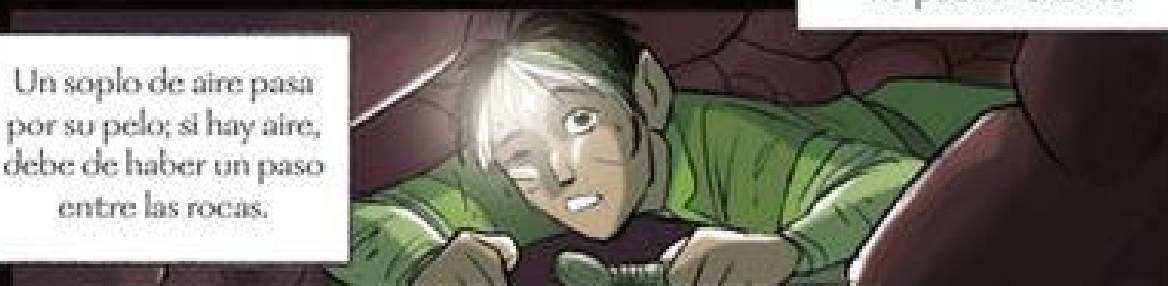


No hay aire. El oxígeno se acaba.
Y el calor lo está sofocando.
Las heridas le palpitan de dolor.



Sombrio sabe que
no puede rendirse.

Un soplo de aire pasa
por su pelo; si hay aire,
debe de haber un paso
entre las rocas.



Tiene que confiar.



Tiene...

... que...

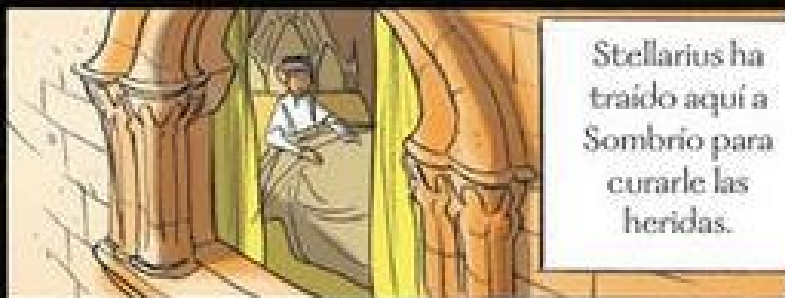
... confiar.



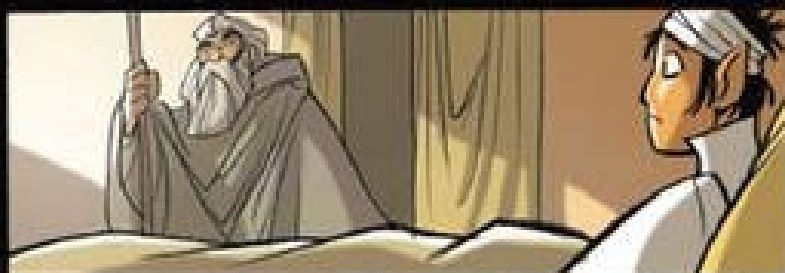
Sus compañeros, sus amigos
de siempre, han venido
en su ayuda.



Tres días después,
en el palacio de
Floridiana en el Reino
de las Hadas.

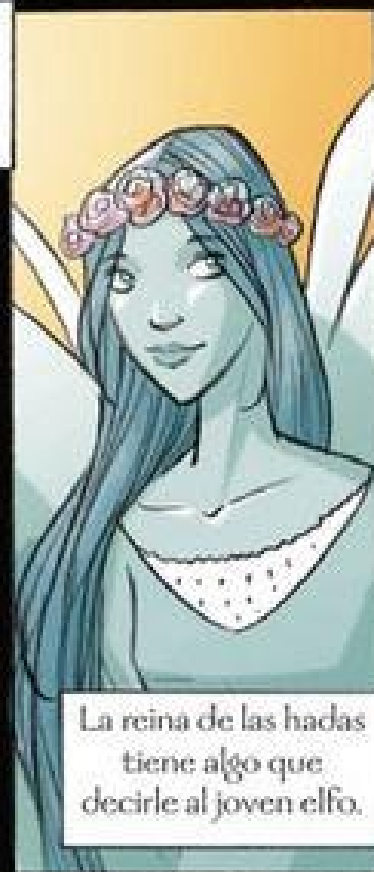


Stellarius ha
traído aquí a
Sombrio para
curarle las
heridas.



El mago
le recrimina
su
imprudencia.

Hay otro motivo por el que
Sombrio ha sido conducido
aquí: Floridiana.



La reina de las hadas
tiene algo que
decirle al joven elfo.

Floridiana sabe cuánto desea Sombrio salvar la isla petrificada.



Pese a la derrota de Brujaxa, quedan muchas brujas que quisieran ocupar su lugar. Stellarius las está buscando para derrotarlas.



Para Sombrio, caer en trampas como la de Cornalina habría podido significar el fin para quienes Brujaxa convirtió en estatuas.



Solamente el chico podrá desvelar el misterio de la isla. Si Stellarius no lo hubiese salvado, si hubiese muerto, nadie habría podido romper el maleficio.

El joven elfo promete que a partir de hoy esperará con paciencia su momento.



Sólo cuando Floridiana, y nadie más, se ponga en contacto con él, Sombrio sabrá que ha llegado el momento de actuar.



El rostro de Corazón Tenaz se ve decidido. Libre de todo engaño. Sombrio tiene mucho que aprender de esa mirada. Ante la estatua de su padre, vuelve a prometerse que nadie lo engañará otra vez. El tiempo de las frágiles ilusiones ha terminado.



GERONIMO STILTON. Nacido en Ratonía (Isla de los Ratones), es licenciado en Ratología de la Literatura Ratónica y en Filosofía Arquerrratónica Comparada. Desde hace 20 años dirige El Eco del Roedor, el periódico con más difusión de Ratonía. Ha sido galardonado con el Premio Ratitzer por su reportaje «El misterio del tesoro desaparecido». Geronimo también obtuvo el Premio Andersen 2001 como personaje del año y uno de sus libros ganó el premio eBook Award 2002 como mejor libro electrónico de literatura juvenil. En su tiempo libre, Geronimo colecciona cortezas de parmesano del Renacimiento, juega al golf, pero sobre todo adora contarle cuentos a su sobrino Benjamín.

Geronimo Stilton es un seudónimo utilizado por la escritora italiana Elisabetta Dami.